

BOLETÍN

DE LA

REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA



TOMO LIII



MADRID

Imprenta del Patronato de Huérfanos de Administración Militar.

Travesía de San Mateo, número 1.

1911

REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

PRESIDENTE DE HONOR

S. A. R. el Infante D. Carlos.

PRESIDENTE HONORARIO

Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra.

JUNTA DIRECTIVA

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Marcelo de Azcárraga.

VICEPRESIDENTES

Ilmo. Sr. D. Adolfo de Motta.....	Cd.
Excmo. Sr. D. Manuel Benítez y Parodi.....	C.
Excmo. Sr. D. Manuel de Foronda.....	P.
Excmo. Sr. D. Javier Ugarte.....	G.

SECRETARIO GENERAL

Excmo. Sr. D. Ricardo Beltrán y Rózpide.

SECRETARIOS ADJUNTOS

Sr. D. Luis Tur y Palau.
Ilmo. Sr. D. Vicente Vera.

BIBLIOTECARIO

Sr. D. Antonio Blázquez.

VOCALES NATOS

Excmo. Sr. Director general del Instituto Geográfico y Estadístico.
Sr. Jefe del Depósito de la Guerra.
Excmo. Sr. Director de la Comisión del Mapa Geológico de España.
Excmo. Sr. Director jefe del Depósito Hidrográfico.
Sr. Jefe del Depósito Topográfico de Ingenieros.

VOCALES ELECTIVOS

Sr. D. Emilio Bonelli.....	Cd.	Excmo. Sr. D. Angel de Altolaguirre	C.
Sr. D. Joaquín de la Llave.....	P.	Sr. Conde de Villamonte.....	C.
Sr. D. Eduardo Caballero de Puga.	G.	Sr. D. Emilio Borrajo.....	P.
Sr. D. Felipe Pérez del Toro.....	P.	Sr. D. Juan Antonio Güell y López.	P.
Sr. D. José Gutiérrez Sobral.....	Cd.	Excmo. Sr. Marqués de Olivart...	P.
Sr. Marqués de Villasante.....	C.	Sr. D. Eduardo Cañizares.....	P.
Sr. D. Alejandro de Arriola.....	P.	Sr. D. Eloy Bullón.....	Cd.
Excmo. Sr. D. Rafael Alvarez Se-		Sr. D. Carlos García Alonso.....	C.
reix.....	G.	Sr. D. León Martín Peinador.....	P.
Sr. D. Manuel Conrotte (<i>Contador</i>).	G.	Sr. D. Jerónimo Becker.....	C.
Sr. D. Eusebio Jiménez Lluesma.	P.	Sr. D. Domingo Mendizábal.....	P.
Sr. D. Enrique d'Almonte.....	P.	Excmo. Sr. D. José Centaño y An-	
Sr. D. Gonzalo García Blanes.....	P.	chorena.....	P.

Director de excursiones y Tesorero, Sr. D. Joaquín de Ciria y Vinent.

NOTA. Con las iniciales C., P., G. y Cd., se designan los individuos que pertenecen, respectivamente, á las Secciones de Correspondencia, Publicaciones Gobierno Interior y Contabilidad.

BOLETÍN
DE LA
REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

ADVERTENCIA

Según lo acordado por la Junta directiva, á continuación, y por vía de recuerdo, se da un sucinto resumen de las reglas de pronunciación figurada, aprobadas para las publicaciones de la Sociedad Geográfica, é insertas en el primer número del BOLETÍN, así como un cuadro que expresa las diferencias de longitud entre el meridiano de Greenwich, el de Hierro y los que pasan por los Observatorios más importantes.

REGLAS DE PRONUNCIACIÓN FIGURADA

Para expresar con alguna propiedad los nombres extranjeros se han adoptado, subrayadas en la impresión y en los mapas, las consonantes h, ll, x, y, z (ó bien con la raya encima).

La h se pronunciará aspirada, ó como una *j* muy suave.

La ll como doble *ele* y no como *elle*.

La x parecida á la *ch* francesa, ó sea como *x* ó *j* en los dialectos catalán ó gallego.

La y algo parecida á la *g* francesa, y más bien como la *g* catalana en la palabra *Sitges*.

La z como *z* francesa ó *ds* suave.

PREVENIR SE LA BIBLIOTECA DE LA REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE BARCELONA

**Cuadro de diferencias de longitud
referidas al meridiano de Greenwich.**

Greenwich.....	0° 0' 0''
Madrid.....	3° 41' 17'' Oeste (W.)
San Fernando.....	6° 12' 20'' Oeste (W.)
Lisboa.....	9° 11' 11'' Oeste (W.)
Punta de Orchilla (occidental de la isla de Hierro).....	18° 9' 46'' Oeste (W.)
Wáshington.....	77° 3' 57'' Oeste (W.)
París.....	2° 20' 14'' Este.
Pulkova.....	30° 19' 39'' Este.

LOS MONTES DEL KARAKORAM EN EL HIMALAYA OCCIDENTAL

Noticia extractada y traducida de la conferencia que S. A. R. el Príncipe Luis Amadeo de Saboya, Duque de los Abruzos, leyó en el teatro Víctor Manuel, de Turín, el 16 de Febrero de 1910 (1)

POR

María de la Gloria Giner García,

alumna de la Escuela Superior del Magisterio, en Madrid.

La expedición dirigida por el Duque de los Abruzos tuvo por objeto subir al monte K 2, llamado también Godwin Austen, la cima culminante del Karakoram, en el Himalaya occidental, ó en el caso de que fuese inaccesible este monte, intentar la ascensión de otro de los más elevados en las mismas montañas. Claro es que al cumplir este fin principal habría de completarse el conocimiento de la topografía de las montañas y glaciares que se fueran visitando.

Sabido es que las cumbres más elevadas de la Tierra se encuentran en Asia. Son las que los geógrafos llaman Everest, de 8.840 metros de altura; K 2, de 8.610, y Kangchenyunga, de 8.580. Por razones políticas estuvo siempre vedado para los europeos, y aun lo está, penetrar en el Nepal y el Tibet; por tanto, la conquista de la cima más alta del globo es impracticable. En cambio el Kangchenyunga y el

(1). Publicó esta conferencia la *Rivista del Club Alpino Italiano*.

K 2, situados en regiones accesibles á los europeos, han sido ya explorados por varias expediciones. El Coronel Godwin Austen, que en 1861 exploró la cadena del Karakoram, representa al K 2 como una masa cónica, con los lados tan verticales que no permiten que la nieve persista allí mucho tiempo. La expedición de Sir W. Martin Conway (1892) al mismo sitio remontó todo el glaciar Baltoro; pero en vez de ir por el ramal que lleva al K 2, exploró el que va por el pie del monte Golden Throne, dando por este motivo pocas noticias sobre aquél. Una expedición mixta de ingleses, austriacos y suizos llegó por vez primera en 1902 á la falda del K 2, permaneciendo acampada cerca de cuarenta días en el ramal oriental del glaciar Godwin Austen. El Doctor Jacot-Guillarmod, narrador de esta expedición, al indicar la imposibilidad de subir al K 2 por el paso del monte Staircase, admite la posibilidad de una tentativa por la vertiente meridional.

Tal intento de ascensión debía ofrecer grandes dificultades alpinistas, aumentadas por condiciones meteorológicas poco favorables si se hacía en los meses de Julio y Agosto. En vez de visitar la cadena en el mes de Septiembre, cuando son los días más hermosos, aunque fríos y cortos, el Duque de los Abruzos decidió anticipar la exploración á principios de Junio, en que los días son largos, aunque la montaña ofrece condiciones menos propicias.

La expedición dejó á Marsella, á bordo del *Oceana*, de la P. & O., el 26 de Marzo de 1909. La formaban el Duque de los Abruzos, el Marqués Federico Negrotto, el caballero Víctor Sella, el Doctor Felipe De Filippi, tres guías y cuatro mozos ó bagajeros del Courmayeur, y un ayudante fotógrafo.

El 9 de Abril desembarcaban en Bombay, y llegaban á Rawalpindi en la noche del 11. De aquí parte el camino más directo para ir á Srinagar (á 192 millas), capital del Cachemir, camino transitable para carruajes y de pendientes poco fuertes. Durante las lluvias los derrumbes y hundimientos interrumpen con frecuencia las comunicaciones. Hay va-

rios *bungalows*, ó sea casas de refugio ó albergues, á lo largo del camino, y en ellos puede el viajero hallar víveres y alojamiento.

En la mañana del 13 salía la expedición de Rawalpindi, dividida en dos grupos y con diferencia de veinticuatro horas, porque la escasez de caballerías no permitía otra cosa. Los expedicionarios iban en coches, los guías en *tongas*, especie de carricoches de dos ruedas, y el equipaje en *ekkas*, otro tipo de vehículo de la localidad.

El camino va primero por un plano ligeramente inclinado; después sube rápidamente á Murree, dominando con amplias revueltas los extensos y elevados montes, á través de hermosísimos bosques de pinos mezclados con álamos blancos y cerezos en flor. Desde esta admirable estación estival se descende al del valle Jelam en Kohala. Aquí, atravesando el río, se deja la India para entrar en el Estado independiente del Cachemir. Desde Kohala á Baramula, población situada á la entrada del gran valle del Cachemir, se sigue siempre la orilla izquierda del Jelam. El paisaje de este valle no es muy distinto del que ofrecen nuestros Alpes. La flora, sin embargo, se anticipa en él á la nuestra, estando ya en flor todas las plantas á mediados de Abril. Antes de llegar á Baramula se pasa cerca de la gran estación hidroeléctrica que por ahora suministra sólo la luz á Srinagar, pero que pronto producirá también fuerza motriz para el ferrocarril eléctrico en proyecto entre Cachemir y la llanura india.

Más allá de Baramula el valle del Jelam se extiende por el amplísimo llano del Cachemir, donde surge la capital, Srinagar. Es un llano circundado de montañas á unos 1.600 metros de altura, con superficie de más de 2.000 kms.² En la antigüedad debió ser un lago; ahora presenta extensos cultivos de arroz y otros cereales, regados por innumerables canales, interrumpidos acá y allá por pequeños lagos. Llegaba la expedición al medio día del 15 de Abril, y galantemente hospedaba á los viajeros el Presidente Sir Francisco Young Husband y Lady Young Husband.

Srinagar está atravesada por ancho canal que la da cierta semejanza con Venecia. Los edificios que la flanquean, aun siendo pintorescos, no son ciertamente modelo de arquitectura. La mayoría están contruídos como si fueran de cemento armado, con la diferencia de que al hierro sustituye la madera. Las embarcaciones son planas, como las de las lagunas italianas.

Los habitantes tienen alta estatura, buenas proporciones, rasgos europeos y magníficos ojos. Dejan bastante que desear en cuanto á limpieza.

El barrio europeo se levanta en la orilla derecha del río, y se compone de algunas casas contruídas á los lados de la explanada del juego del «polo». Son pocos los europeos que tienen residencia fija en Srinagar. El centenar de personas que visitan esta Suiza de la India en verano viven casi todos en los *houseboats*.

Dos son los caminos que desde Srinagar conducen á Askoley, último pueblo del valle Braldoh. Uno remonta el valle del Sind, baja al del Indo y sigue por los de Xigar y Braldoh, empleándose en recorrerlo veintidós días, mientras que el otro conduce en catorce á Askoley, pero no es practicable hasta fines de Junio. Por esta causa la expedición siguió el primer camino, reservando el segundo para la vuelta.

Los medios de transporte en la India son más costosos que en Africa, pero siempre relativamente económicos: cuatro annas (40 céntimos) por hombre y por jornada, ocho annas (0'80) por *poney* ó caballería. La carga normal de un hombre es de 50 libras, de 150 la de un *poney*.

Los expedicionarios dejaban á Srinagar al medio día del 23 de Abril en rápidas canoas durante toda la primera jornada, llegando la misma noche á Gunderbul.

En la mañana del 24 emprendían la marcha por el valle del Sind y siguieron 20 jornadas desde Gunderbul hasta Askoley, á 290 millas. Salían por la mañana entre seis y

siete, haciendo un breve alto para tomar un refrigerio á las diez, y se acampaba entre las trece y las catorce.

Antes de la hora de la cena el campamento se veía invadido por muchos enfermos, que acudían á buscar remedio á sus males al enterarse de la presencia del médico de la caravana. Terminados los trabajos del día, y después de la cena, no tardaban los viajeros en buscar descanso bajo sus tiendas.

Llegaron á Dras los viajeros, remontando el valle del Sind, fértil y risueño, que en su parte superior ofrece mucha semejanza con algunos de los valles alpinos en invierno, y pasando el collado de Zo-ji-la (3.444 metros), que en verano puede atravesarse á caballo; mas la caravana lo encontró todavía impracticable para las caballerías á causa de la nieve, que llegaba al fondo de los valles hasta Goond por una vertiente y por la opuesta casi hasta Dras. En esta población los recibió el Sr. Baines, inglés que habita en Cachemir hace muchos años, designado por el Residente Sir Francisco Young Husband para acompañarles y servirles con su perfecto conocimiento de la lengua y la región.

A diferencia del valle del Sind, el del Dras es árido, pedregoso y monótono. Allí la vegetación está únicamente representada por grupos de plantas que crecen alrededor de terreno cultivado en las inmediaciones de escasos y pequeños pueblecillos. El árbol que predomina es el albaricquero, que en el período de la floración primaveral forma verdaderos oasis de color azul ceniciento que recrean la vista, cansada de la continua monótona sucesión de vertientes roquizas.

Entre Oltingthang y Jarmang se entra en el valle del Indo, viéndose por primera vez el histórico y majestuoso río, que en dicho lugar, por sus proporciones aun limitadas, no produce gran emoción. El valle del Indo, en la parte recorrida por la expedición, no se diferencia mucho del valle del Dras. Sin embargo, á medida que se baja hacia Skardo se observan trozos de terreno cultivado más extensos y pueblos de mayor importancia. Pero donde el hombre no

ha ayudado á la vegetación con canales y otros trabajos, la naturaleza aparece desierta y estéril. El aspecto general del valle, en suma, si bien grandioso y animado aquí y allá por pequeñas manchas de vegetación, es desolado y monótono.

Mas bien estrecho al principio, el valle del gran río se ensancha en su confluencia con el del Xigar. En esta cuenca, rodeada de altas montañas, aun todas cubiertas de nieve y al abrigo de un promontorio peñascoso, se encuentra Skardo, capital del Baltistán.

En sus rasgos generales y en sus trajes no se diferencian mucho las gentes del Baltistán de los del Cachemir. Profesan casi todos la religión de Mahoma. Son hábiles jinetes y apasionados del juego del «pelo», en el cual se ejercitan dos veces por semana en campos á propósito, en presencia de toda la población. En Tolti, Skardo y Xigar asistieron los expedicionarios á algunas partidas jugadas en su honor, y en ellas pudieron conocer bien á los habitantes del país, que ofrecen hermoso tipo ario ó turanio. Los baltos no tienen la nariz aplastada ni la barba rala como los tibetanos. Como los mahometanos, se afeitan la cabeza solamente en parte; muchos dejan crecer en las sienes largos mechones. Con sus gorras redondas y sus hopalandas, tienen un aire pintoresco y recuerdan algunas figuras clásicas pintadas por los artistas italianos del siglo XIV.

Dejó la caravana á Skardo el 9 de Mayo para remontar en seis jornadas los valles del Xigar y Braldoh. La parte inferior del valle del Xigar, á diferencia de la del Indo recorrida por la expedición, aparece cultivada en toda su extensión de trigo, cebada, mijo y otros cereales, y los campos y senderos, entre aldea y aldea, se hallan orillados de árboles frutales de todas clases: albaricoques en gran cantidad y perales. En los valles secundarios y confluentes pastan rebaños considerables, y con razón se tiene á Xigar como la región más alegre y fértil de todo el Baltistán.

El cauce del río Xigar es inmenso, pero á principios de la primavera el agua era escasa. Esta falta de agua permitía atravesar el Braldoh fácilmente más abajo de Dusso en la

entrada de su valle, y en Gomboro sobre puentes improvisados con árboles. Los expedicionarios, dejando los caballos en Dusso, prosiguieron á pie por el valle del Braldoh que sube rápidamente estrecho y tortuoso. La vegetación se torna escasa y el camino es malo, con rápidas pendientes, precipicios y torrentes de fango que, afortunadamente, dada la estación, se hallaban secos; mas durante la época de las lluvias pueden constituir un obstáculo serio y peligroso.

En Pakoro tuvieron los viajeros que pasar por un puente de cuerda de lianas; paso difícil cuando sopla fuerte viento, que imprime al puente oscilaciones muy molestas.

El día 14 de Mayo, después de una deliciosa parada en los manantiales sulfurosos del Chongo, y de haber tomado un baño caliente en aquellas piscinas naturales, llegaron á Askoley (3.039 metros).

Hasta aquí no habían pensado en la provisión de víveres por la facilidad en encontrar ovejas, gallinas, huevos y leche. Pasado Askoley no se podía pensar más que en los víveres transportables, y por tanto tenían que llevar consigo animales vivos y harina, ésta á razón de un kilogramo por día y cabeza. Esta harina la convertían los bagajeros en panes llamados «chupatis».

La expedición anglo-austriaca que había precedido á la del Duque de los Abruzos empleó cuatro días en ganar el término del Baltoro, y atravesando el glaciar hasta el pie del K 2, hizo seis altos y otros tantos días de marcha. Al principio se estableció el campo-base en Payú, al pie del Baltoro, y más tarde se transportó á Rdokas, á tres días de camino de Payú y á seis del K 2. Convenía ahora mucho establecer el campo-base principal con todas las provisiones en el lugar más alto posible. Se decidió, pues, llevarlo á Rdokas, después de asegurar provisiones y leña. El 16 dejaba á Askoley la caravana, compuesta de cerca de 360 hombres.

El cielo, ligeramente velado, favorecía la marcha, y cumbres y valles eran visibles á las ávidas miradas de los expedicionarios. A la derecha se veía la embocadura del valle

que conduce á Skoro-la; á la izquierda se descubría la desembocadura del glaciar Biafo que con su orilla terminal atraviesa el valle, casi obstruyéndolo, y en lo alto, á la izquierda del Mango Gusor, sobresalían las elevadas y soberbias cimas de la cadena que separa la cuenca de Baltoro de la de Punmah. Aunque los expedicionarios se hallaban ya á una altura de 3.000 metros, hasta entonces no habían entrado en la cadena del Karakoram; veintidós días de marcha á través de varios valles no les habían permitido escalar más que los primeros contrafuertes del gigante que iban á visitar.

La travesía del borde del glaciar Biafo exigió cerca de una hora. Continuaron después subiendo por el valle, hasta Payú por la orilla derecha, casi siempre sobre la parte arenosa del lecho del torrente que estaba seca. El torrente Punmah se vadeó fácilmente por estar el agua bajísima, y acamparon cerca del vado, á la vista del Mango Gusor, que desde allí aparecía con sus líneas atrevidísimas y recordaba al Cervino. Poco antes de llegar á Payú se ve por primera vez al glaciar Baltoro. El frente terminal del glaciar alcanza una altura de unos 100 metros y está escondido, casi sepultado, bajo los detritos caídos desde las innumerables cimas que limitan el glaciar en su largo curso de más de 60 kilómetros.

Payú, donde alzó las tiendas la caravana al terminar la segunda jornada, es un pequeño oasis lleno de verdura; en él, además de los comunes enebros y cipreses que se encuentran en esta parte del valle, crecen también frondosos sauces y grandes rosales que encontraron los expedicionarios, á su vuelta, floridos y fragantes.

El 16 de Mayo subían al Baltoro. Lo atravesaron oblicuamente, para pasar de la ladera derecha á la izquierda, evitando así la interrupción producida por la confluencia de glaciares secundarios que se vertían en aquel lado. Plantaron el tercer campamento en el valle de los lagos del Liligo, en una explanada al fondo de un escarpado desfiladero dentro del cual no penetraba el glaciar; desfiladero rodeado

por muros de rocas casi cortadas á pique por el lado del monte, y por el otro lado por la alta y negra pared del glaciar, que se elevaba unos 60 metros.

El 19, siempre favorecida por el buen tiempo, continuó avanzando la expedición por el lado izquierdo del glaciar Baltoro, unas veces por el canal, entre el glaciar y el declive roqueño del lado izquierdo; otras por el mismo glaciar. Atravesaron los lagos del Liligo y el campo de los Rhobutse, llegando al medio día al campo de Rdokas (4.023 metros).

Rdokas es lugar que se presta admirablemente para establecer en él un buen campamento. Numerosas rocas que forman techo pueden prestar resguardo á todos los bagajeros, y una ladera cubierta de hierba y de verdes matas ofrece suficiente pasto para los animales y leña en abundancia para una caravana. Se instalaron las tiendas en una pequeña meseta elevada á un centenar de metros sobre la superficie del glaciar. Desde allí se disfrutaba de una espléndida vista sobre el bajo Baltoro, en tanto que la parte superior quedaba oculta por el declive del Rdokas. Las montañas del lado derecho son graníticas, de paredes verticales y picos de formas soberbias y fantásticas, unos á modo de torres gigantescas, otros cual pirámides puntiagudas.

Cuatro inmensos glaciares, Biale, Dunge, Tramgo, Uli Biaho, se precipitan sobre el Baltoro á través de las hendiduras de esta enorme muralla roqueña.

Los montes, á la izquierda de esta parte inferior del Baltoro, son menos escarpados y vierten glaciares de menos importancia. El alto Baltoro y las grandes cimas no eran visibles desde el campamento; sólo se entreveía la cúspide de la Torre Mustag, al occidente de la cual se abre el paseo por donde los indígenas del valle Braldoh atraviesan la cadena; el primer europeo que lo utilizó fué Sir Francisco Young Husband.

Decidieron los viajeros detenerse un día en Rdokas para descansar y cocer el pan necesario antes de llegar al K 2. Pero el mal tiempo que sobrevino por vez primera les

obligó á permanecer allí tres días. Bajo el blanco manto de la nieve, aquel sitio, tan alegre á la llegada, tomó aspecto de desolación y tristeza, aumentadas por la niebla que les envolvía y por el graznar de los cuervos que volaban sobre el campamento.

En la mañana del 23 pareció desvanecerse la niebla, y hacia las siete se renovó la marcha. Subieron por el glaciar y lo atravesaron oblicuamente con objeto de ganar la orilla derecha. La nieve caída recientemente había recubierto de una ligera capa blanquísima todo el Baltoro, y para evitar casos de oftalmía se distribuyeron los anteojos ahumados.

La parte superior del glaciar Baltoro, que era invisible en Rdokas, se descubría entonces á las ávidas miradas de los excursionistas; á medida que subían, la vista del majestuoso Gusherbrum (7.925 metros) y del Masherbrum excelso (7.820 metros), aunque en parte velados por la niebla, impresionaban profundamente.

A la izquierda, más allá del glaciar Biale, las montañas perdían aquel aspecto hórrido que ofrecían en la parte inferior del Baltoro, y hasta en algunos sitios se descubrían sobre sus pendientes indicios de vegetación; mas en conjunto la región conservaba siempre un aspecto invernal, debido también á la reciente nevada.

El Duque de los Abruzos juzgó imposible llegar antes de la noche al campo de Biange, como había proyectado, y decidió esperar sobre los detritos morénicos del Baltoro. Ya de noche, llegaron los bagajeros rendidos, pues habían recorrido cerca de tres etapas en un solo día. Se acomodaron como pudieron, construyendo paredones de piedras sobre las cuales echaron telas impermeables á modo de techo.

Al amanecer volvieron á emprender la marcha con la alegre perspectiva de ver, al fin, en aquel día el K 2. Después de seguir la parte central del glaciar costearon, por indicación de guías indígenas, la orilla derecha del glaciar mismo, casi hasta Doksam, por un mal sendero. El glaciar Baltoro ya no estaba cubierto de detritos, pero las morenas aparecían separadas por surcos llenos de nieve.

Habían llegado cerca del término del glaciar Baltoro propiamente dicho, donde éste se divide en tres enormes ramales: el Godwin Austen al Norte, el Golden Throne al Sudeste y el Vigne al Sur. El punto de reunión de estos tres glaciares forma una cuenca inmensa que ofrece un espectáculo de incomparable belleza alpina. La coronan las más altas cimas del Karakoram y majestuosos glaciares. Junto á este coloso, que se cree pasa de 8.000 metros, todos los demás montes que al principio parecieron altos á los expedicionarios se habían achicado, como también se achicaban en su memoria los hermosos y queridos Alpes italianos.

Las miradas pasaban de una á otra cima y se detenían más tiempo en el K 2, no sólo por ser la más alta de todas, sino porque impone su mole aislada en el fondo del valle Godwin Austen. En toda su vertiente meridional no hay más que un glaciar secundario, que se eleva poco sobre las vertientes escarpadas de la montaña. La cresta oriental forma un largo parapeto nevado. La occidental, roqueña y casi toda desnuda de nieve, se parece, aunque en mayores proporciones, á la cresta de Cervino que domina el collado del León.

El Gusherbrum occidental es menos grandioso, pero más imponente por sus paredes lisas y llenas de precipicios. El Golden Throne, más lejano, recuerda en su forma al Monte Rosa; el Bride, medio oculto por las otras cimas más cercanas, muestra sólo su ancha cumbre nevada en forma de trapecio. Glaciares secundarios se vierten en los principales de los numerosos valles de los diversos macizos. Y las morenas de todos estos glaciares se disponen en largas líneas paralelas para reunirse y fundirse allá en la parte más baja en una sola y grande inundación en el Baltoro. Es todo un mundo de glaciares y de rocas, un panorama grandioso, asombro del alpinista.

La caravana se hallaba á 5.000 metros de altura, y algunas de aquellas cimas se encontraban á otros 3.000 sobre ellos. Armaron las tiendas aquella noche limpidísima en el glaciar Godwin. Cuando la noche descendía sobre los valles

y las cimas más bajas, durante más de una hora la más alta, el K 2, siguió resplandeciendo en el crepúsculo como un espectro altísimo y con luz que parecía emanar de él mismo.

Al alba del 25 de Mayo el Duque de los Abruzos, sólo con el guía y los bagajeros, partió, siguiendo durante un rato la morena sobre la cual habían pasado la noche, atravesando después una depresión del glaciar aun todo cubierto de nieve y ascendiendo de nuevo por otra morena hasta la falda del K 2. Al día siguiente Sella, De Filippi y Negrotto, que habían quedado sacando fotografías y relieves fotogramétricos, reuniéronse al Duque de los Abruzos con sus 10 bagajeros baltos.

Acampaban á 5.033 metros al pie de acantilada roca, en una depresión de la morena del glaciar que desciende por la vertiente meridional del K 2. La posición no podía ser mejor, expuesta al Sur y al abrigo de los aludes y del viento. Desde el campamento se dominaba toda la parte inferior del glaciar Godwin Austen, el gran valle de la Concordia con el glaciar Vigne, el Bride y el Mitre en lontananza. Los flancos escarpados del Broad ocultaban el panorama por Levante. Al Norte se elevaban á 3.600 metros muros roqueños que terminaban en la cima del K 2, la cual, vista en escorzo, no parecía tan lejana. Su estribación Suroeste sólo dejaba ver los altos montes que flanquean la entrada del Godwin Austen.

Gracias á la buena organización de los transportes, los expedicionarios emplearon menos tiempo en llegar hasta allí que sus predecesores. Era preciso aprovechar el buen tiempo, que les había favorecido desde el comienzo (excepto el breve período de Rdokas), para estudiar la montaña y encontrar el camino que llevaba á la cumbre.

Al subir por el glaciar Godwin Austen habían explorado la vertiente Sur del monte. Creyeron primero poder encontrar camino á lo largo del lado izquierdo del glaciar secundario para ganar la cima Sureste; pero en este camino había la dificultad de tener que pasar por grandes peñascos

bajo pequeños glaciares suspendidos de los lados de la montaña. Era demasiado peligroso y pronto fué abandonado.

Después de explorados el ramal oriental y el occidental del Godwin Austen, caminaron durante cinco horas sin detenerse. Donde los dos ramales se reúnen el glaciar ofrece frecuentes hendiduras y tardaron mucho en subirlo; la parte inferior es más lisa y poco inclinada. Este glaciar rodea todo el lado occidental del K 2.

Examinaron el valle en que se encontraban. Desde allí la vertiente occidental del K 2 aparecía roqueña y formidable. La nieve yace solamente en franjas ó placas en las hendiduras de las rocas y lugares menos inclinados de las paredes. Los montes que cierran el glaciar por Occidente, nevados en su mayor parte, son bastante altos y rivalizan con el K 2 por la rapidez de las pendientes. El día era tranquilo, límpido y no frío. Los expedicionarios contemplaron largo rato la vertiente occidental del K 2, que si bien causará siempre la admiración de los exploradores del Karakoram, no abrirá ciertamente camino por donde se pueda aventurar el alpinista. De regreso en el campamento, recibieron noticias satisfactorias: Alessio Brocherel, uno de los guías del Courmayeur, creía haber encontrado una senda ó camino por la cresta Suroeste; juzgaba inexpugnables la vertiente Sur de la montaña y la cima Nordeste.

Al día siguiente, manteniéndose el tiempo hermoso, el Duque con todos los guías se dirigió á reconocer si el camino indicado por Brocherel permitía una tentativa. El cono terminal no se divisaba. El trecho de subida que había que recorrer por la cresta para ganar la cumbre era de cerca de 3.000 metros. La parte inferior no parecía ofrecer dificultades insuperables, pero se comprendía que más arriba la subida se tornaría difícil. Se encontraban bajo la montaña y veían la cresta de tal modo escarpada, que no era fácil juzgar si el camino sería ó no factible. De todos modos decidieron intentarla, y el 30, con todos los guías, los bagajeros europeos y 10 indígenas emprendieron la ascensión. El tiempo se había echado á perder: el viento soplaba de Sur-

este, y si bien sobre el glaciar no se sentía, en las alturas era bastante molesto. Al medio día se pusieron en movimiento, con propósito de trasladar en la misma noche parte de los cargamentos; pero mientras los guías y bagajeros europeos ascendían, los indígenas rehusaron marchar, alegando que el camino era demasiado difícil para superarlo con la carga.

En vano los guías intentaron inducirlos á avanzar, ayudándolos de todas maneras; en vano se trató de buscar otro camino más fácil; no quisieron seguir, y descargándose, se volvieron al campamento. Los guías y bagajeros europeos también tuvieron que dejar sus sacos al llegar á un paso difícil. No había medio de subir por las rocas, y era preciso ascender por escarpados canales de hielo, en los que no se podía avanzar sino tallando escalones. Se decidió reducir el peso de los equipajes. Así se hizo en los días sucesivos; pero aun sin cargamento no consiguieron los guías recorrer sino una mitad de la distancia necesaria para llegar al sitio elegido para acampar. Volvieron cansados la primera noche; desesperanzados la segunda. Las dificultades aumentaban á medida que se subía.

El jefe de la expedición comprendió que para transportar toda la impedimenta y para superar tanta dificultad tendrían que invertir no días, sino semanas. De común acuerdo renunciaron á continuar por este camino, que no ofrecía esperanza de éxito y habría agotado en vano las energías de todos. El 2 de Junio, con todos los portadores y la carga se volvía al punto de partida.

Esta fué la única y verdadera tentativa para subir al K 2, puesto que en las sucesivas exploraciones ni ocasión hubo de intentarlo.

Convencidos estaban todos de que para ganar la cumbre era necesario encontrar un camino fácil, que no existía en aquella vertiente; por otra parte, objeto de la expedición era también explorar aquel macizo. Para conciliar ambas finalidades decidieron trasladarse al ramal occidental del Godwin Austen y continuar por él hasta subir á lo más alto

del collado, desde donde podrían decidir lo que pudiera hacerse en la vertiente septentrional del K 2. Si la bajada del puerto se consideraba posible, se exploraría la parte Norte, tan poco conocida; si, por el contrario, era imposible, se irían á explorar el ramal oriental del Godwin Austen.

La primera exploración duró del 4 á 9 de Junio. Se llevó el campamento hacia la mitad del valle visitado pocos días antes á 5.540 metros por el Duque, el cual, con los guías, el día 7 ganó en doce horas la cima del collado (6.666 metros). Tardaron ocho horas en subir la última pendiente, de cerca de 200 metros. Estaba helada la nieve y tuvieron que labrar escalones en ella para ir subiendo. Una vez en la cima, virgen aun, pudieron contemplar la vertiente opuesta, que caía á pique á tal modo, que desde arriba no se veía la base de la montaña.

En lontananza, al Norte y Nordeste, al lado de allá del valle Oprang, se veía una cadena no muy alta con glaciares poco extensos, y bajo el muro un glaciar con dirección á Occidente. El espectáculo del K 2 visto desde el valle Oprang, sobre el cual se eleva á pique 3.000 metros, debe ser grandioso; es una muralla colosal, cuyas almenas son los picos más gigantescos del Karakoram.

No volvieron cansados aquella noche al campamento, á pesar de las diez y siete horas de marcha y de haber alcanzado una altura de 6.660 metros. El día, frío por la mañana (-15°), pero sin viento, había sido magnífico. Toda posibilidad de subir por la otra vertiente se había desvanecido; el recuerdo del fracaso sufrido en la cresta del Sureste tampoco les permitía pensar en subir los 2.000 metros de la del Noroeste. Las dificultades hubiesen sido mayores, pues el viento de Suroeste que domina en esta vertiente hubiese inutilizado todo esfuerzo. No les quedaba, pues, más remedio que volver al campamento y desde allí tomar el camino del ramal occidental del Godwin Austen.

Los víveres llegaban con regularidad; disponíase ya de 15 indígenas, bien provistos de tiendas, sacos-camas, po-

lainas y guantes. Parecía que no sentían frío; con temperaturas de 10° y 15° bajo cero, permanecían con los pies desnudos sobre el hielo. Seguían sin vacilar á los bagajeros europeos. Aunque provenían de pueblos distintos, parecían pertenecer todos á una misma familia, tal era la armonía que reinaba entre ellos, armonía que no se turbó jamás con la más ligera disputa. Su alimento era los «chupatis», que cocidos en Rdokas y llevados cada semana al campamento, se distribuían diariamente.

Del 14 al 28 de Junio se exploró el ramal oriental del Godwin Austen. En dos jornadas, acampando una sola vez, ganaron el Windy-Gap ó Puerto de los Vientos (6.233 metros), la depresión de la cumbre del glaciar, así llamada por la expedición anglo-austriaca que estuvo en ella. La nieve continuaba en excelentes condiciones, llana y compacta.

Desde el Windy-Gap se descubría la vertiente oriental del K 2 y su amplia cresta nevada, que se bifurca en dos ramales. El declive Sureste de la montaña es un enorme murallón de rápida vertiente con glaciares en la parte superior, desde los cuales continuos aludes se precipitan sobre el valle.

Entre estos dos ramales se levantan muros empinadísimos que forman con la parte occidental del Staircase, no menos acantilada, un enorme cráter abierto al Sur, llamado «Brecha del Staircase» por Jacot-Guillarmod. Este y Crowley subieron por la parte inferior del ramal sin poder ganar la cresta. Como no se puede ir al glaciar Godwin Austen sino por el camino intentado por Jacot-Guillarmod y ese es largo y muy difícil, tal cresta no podrá nunca servir de camino para llegar á la cima del K 2. La parte del Staircase que se une al Windy-Gap aparece nevada y constituída por tres grandes rellanos unidos unos á otros por pendientes poco inclinadas. El ramal oriental del Godwin Austen, rodeado como el K 2 por el Staircase, Broad y otras cimas, que aunque no tan altas, pasan de los 6.500 metros, constituye uno de los más hermosos valles alpinos que pueden

admirarse. El K 2, con sus vertientes inclinadas barridas por los aludes y con su cono terminal cubierto de hielo, se descubre en aquel sitio en todo su esplendor. Desde allí podían comprenderse mejor las dificultades de la cresta que antes habían intentado escalar y las que habrían encontrado en la subida del último cono si hubieran logrado llegar á su base.

Después de haber examinado atentamente los tres lados, occidental, meridional y oriental, quedaron convencidos de lo inútil que era toda tentativa de ganar la cima; por tanto, tenían que declararse vencidos. Según frase del Duque de los Abruzos, «si alguien puede subir, no será un alpinista, sino un aviador».

El Windy-Gap, donde instalaron el campamento, había sido visitado por dos miembros de la expedición anglo-austriaca, mas sólo había vagas noticias de cierto valle semejante al del Godwin Austen al otro lado del collado.

Nuestros expedicionarios averiguaron que este collado así como el occidental del K 2, aunque no tanto, cae verticalmente sobre la vertiente tibetana, y como está formado por un escrespado glaciario, ofrece no pocas dificultades.

A juzgar por mapas é informes anteriores, creyó el Duque encontrar el valle de Oprang al pie de Windy-Gap. Cuál no fué su sorpresa al descubrir otra cadena de montañas frente á ellos, separada del Windy-Gap por un gran glaciario que corría hacia el Sureste. Esta cadena, con picos superiores á 6.000 metros, parece unirse al Staircase al Norte de éste; el glaciario recoge los numerosos afluentes del lado oriental del mismo y de los montes del Sur del Windy-Gap.

Aquí había que resolver dos problemas geográficos: cómo se une la cadena al Staircase, y dónde desemboca el glaciario descubierto por la expedición al pie del Windy-Gap. Para resolverlo era preciso subir por la no fácil vertiente de éste, recorrer el glaciario inferior ó subir al Staircase para dominar el horizonte. Si bien estaba perdida toda esperanza de ganar la cima del K 2, no habían renunciado á poner la planta en altas cumbres de la cadena; el Staircase (7.340 me-

tros) era lo bastante alto para satisfacer la vanidad de alpinistas y la curiosidad de exploradores.

El tiempo, desde el 10 de Junio, había ido empeorando; el viento soplabá continuamente del Suroeste, por lo menos en las cimas, siempre envueltas en niebla. En el ramal oriental del Godwin-Austen, situado bajo grandes montes de hielo, alternaban el buen tiempo y las nevadas: los pocos centímetros de nieve que caían desaparecían en las rocas después de unas horas de sol. Con tiempo tan variable no valía la pena de salir para tener que volver en seguida empujados por la tormenta, y los excursionistas pasaban largas horas de tedio encerrados en sus tiendas.

Aprovechando los raros momentos de buen tiempo, mientras Negrotto y De Filippi continuaban tomando vistas fotogramétricas, Sella y el Duque de los Abruzos lograron ver desde el puerto situado al Oriente del Broad y desde el Staircase, respectivamente, las cimas del Gusherbrum oriental. Los glaciares que descienden de la cadena del Gusherbrum, del Broad y de la cordillera que une éste con el Windy-Gap y el glaciar que corre bajo éste descendiendo del Staircase, deben reunirse todos en un gran glaciar, quizá el que vió por vez primera Sir Young Husband en el valle Oprang y llamado por él Gusherbrum. Los montes vistos desde los sitios más arriba citados son los mismos y constituyen algunas de las puntas más altas de la cadena Aghil, situada á Levante del valle Oprang.

La solución del complejo y obscuro problema de la topografía de la inmensa región alpina que se extiende á Levante del Karakoram, no será fácil ni rápida, á causa de las enormes dificultades del acceso y de los obstáculos materiales interpuestos por altísimos y peligrosos montes.

El 23 el jefe de la expedición con un guía quedaba en Windy-Gap esperando buen tiempo para intentar subir al Staircase con propósito de unirse después á sus compañeros, que habían vuelto al campamento.

Cuando en la mañana del 24 el Duque de los Abruzos

descendía por la nevada y rápida vertiente tibetana, decidido á explorar los sitios bajos, ya que por los altos el viento Suroeste no lo permitía, de repente el tiempo empezó á cambiar favorablemente. Entonces decidió regresar al campamento para acometer la proyectada ascensión.

Cargados con dos tiendas, los sacos y provisiones, emprendieron hacia las nueve la subida por el primer declive del Staircase. Marchaban lentamente. El glaciar estaba cubierto por capa de nieve de unos centímetros que los guías barrían para hacer escalones en el hielo de debajo. A la una llegaron al primer rellano, y á pocos cientos de metros, al abrigo de una peña, instalaron el campamento.

Desde aquí la vista del K 2 era magnífica, sobre todo á la caída de la tarde, cuando la sombra hace destacar claramente todos los detalles de la cresta. Más que nunca, en aquel momento parecía el K 2 inaccesible. Los montes del Sur del Godwin Austen, que vistos en escorzo desde Windy-Gap parecían pequeños, entonces, mirados de frente y desde más alto, aparecían enormes y formando cordillera que rivalizaba con la inmediata.

A los primeros albores del 26 se pusieron en movimiento dos de los expedicionarios con el Duque de los Abruzos. Hacía frío y empezaron á subir rápidamente para entrar en calor por la pendiente que conducía al segundo rellano, á una altura de 6.600 metros, al cual llegaron en tres horas sin dificultades por el buen estado de la nieve. Allí, dos enormes grietas cortaban el camino. Trataron de rodearlas por la derecha y por la izquierda, pero inútilmente; terminaban por un lado en el muro cortado á pique y por el otro entre las rocas nevadas desde donde el glaciar se derramaba sobre el valle. La vuelta se imponía, y de mala gana volvieron al campamento.

La solución del deseado problema de cómo y dónde se unía la cadena oriental del Windy-Gap al Staircase, quedó sin resolver. Desde aquel punto, la montaña impedía la vista al Norte, apareciendo en escorzo la vertiente septentrional del K 2 roqueña y escarpada; la septentrional también

de la cresta Nordeste parecía nevada. Hacia Levante cadenas y montes se sucedían hasta perderse de vista. Hacia el Sur, por detrás de la cadena que desde Windy-Gap llega al Broad, se veía sobresalir la cima del Gusherbrum oriental.

La subida al Staircase desde el campamento era imposible. Habría habido que trasladarlo al segundo rellano y allí buscar camino para salvar las hendiduras. Con tres hombres sólo, entre guías y portadores, el traslado hubiese llevado mucho tiempo, y si bien el Staircase no se podía llamar inaccesible, se presentaba más difícil de lo previsto. Renunciaron, pues, á otra tentativa y el 28 se unían á sus compañeros.

El buen tiempo había durado tres días; después empeoró. Aunque, excepto uno, estaban bien de salud todos los expedicionarios, no cabe duda que, independientemente de los alimentos y del trabajo, una prolongada permanencia pasados los 5.000 metros es nociva al organismo. Quien más, quien menos, todos se resienten allí de los efectos de la altitud; aun los más fuertes advierten una disminución de fuerzas.

En los días 29 y 30 de Junio abandonaban con mal tiempo la falda del K 2. El monte que á la llegada de la expedición se había mostrado en todo su esplendor, entonces, cuando iban á abandonarlo, se escondía á sus miradas como si no se dignara mostrarse á quienes no habían sabido conquistarlo.

La nieve se había disuelto totalmente y toda la superficie del glaciar se mostraba recubierta de detritos que se alineaban en fajas regulares de diversos colores, grises en el centro y formadas por rocas cristalinas desprendidas del K 2, blancas á los lados, porque recogían las calizas de las vertientes. El mismo cambio se había operado en la amplia cuenca de la Concordia, donde se confunden los tres glaciares Godwin Austen, Golden Throne y Vigne; aquí los surcos del glaciar eran más profundos, y en los días calurosos se convertían en lecho de torrentes de aguas limpidísimas. Los detritos morénicos presentaban infinita variedad de ro-

cas de formaciones diversas: en el glaciar Godwin Austen y en el Vigne predominaba el granito de todas formas, brillante, en cristales y laminillas de mica; en el Golden Throne se marchaba entre masas de mármol de los más vivos colores con vetas curiosísimas, conglomerados calizos formados por guijarros redondos ó rotos y antiguos sedimentos tan raros en aquellas altitudes. Y cuando el agua bañaba estas piedras, daba mayor realce á todos los colores y alisaba y pulía el empedrado del inmenso estadio que conduce á los sublimes templos del Himalaya.

El 1.º de Julio partían los viajeros para hacer una tentativa en el Bride. De común acuerdo decidieron bajar del 18 al 20 á Rdokas. Durante la marcha por el glaciar Golden Throne no cesaban de admirar el maravilloso panorama. El fondo del valle lo llenaba el Golden Throne, cuya cima, redonda y nevada, en apariencia fácil de alcanzar, despertaba en la caravana el deseo de hacer alguna importante ascensión. A la izquierda, avanzando, se sucedían los glaciares, que se precipitaban desde la cadena del Gusherbrum. En el fondo del valle Baltoro, al lado de acá de los montes que marcan la entrada, veían elevarse la mole vertical de la Torre Mustagh, que desde allí, vista de lado, es hermosísima, y el monte más característico de toda la cordillera. A la derecha seguía descubriéndose el Bride, con sus cimas nevadas y poco escarpadas. Situado como está frente al K 2, rodeado de cimas altísimas como el Masherbrum, el Mustagh, el Gusherbrum, el Golden Throne, dominando los dos glaciares principales, el Baltoro y el Godwin Austen, es el gran mirador natural del Karakoram. Había atraído siempre las miradas de los expedicionarios por su situación y suave pendiente. Pero entonces por primera vez lo veían desde la falda á la cima y reconocían contrariados que toda la vertiente septentrional con sus glaciares era casi inaccesible. Desde Footstool, la menos difícil parecía la oriental, que va desde la cima culminante á la silla Chogolisa.

Era necesario subir á esta silla y desde ella, volviendo

por detrás de la cresta en la vertiente meridional, ganar una leve depresión en el borde de la cresta misma, encima de la silla y claramente visible desde el campo, para proseguir después por la cresta hasta la cumbre principal. El camino era largo, no demasiado fácil hasta la silla y desconocido en su última parte, pero el único que permitía llegar hasta dicha depresión, á unos 7.000 metros de altitud.

Ocho días tardaron—desde el 3 de Julio—el Duque de los Abruzos y Sella, con sus guías y bagajeros, desde el campo Footstool á la silla Chogolisa, en vez de haber llegado como pensaban aquella misma noche. Habían sufrido gran borrasca de nieve que les obligó á permanecer bajo las tiendas cinco días, á 5.472 metros de altitud. El tiempo mejoró el 9, y el mismo día atravesaron con marcha larga y fatigosa el grieteado valle, entre el Golden Throne y el Bride, llevando el campamento á 5.819 metros al pie de la silla Chogolisa, á la cual, situada á 6.333 metros, llegaron el 10.

En aquel día, mal humor y fatiga desaparecieron ante el espectáculo que se les ofrecía: al Norte la mole del Golden Throne, cuya cresta, de Sur á Noroeste, presenta cinco puntas distintas. La más elevada es la más occidental. Se dominaba todo el glaciar Throne, y las cadenas que lo flanquean al Norte tan altas, que no dejaban descubrir más que las cimas del Gusherbrum y del Broad. El Hidden Peak apenas era visible sobre la cresta del Golden Throne. Sólo una parte del K 2 se divisaba.

Hacia el Este y Sur se dominaba el valle del glaciar Kondus, flanqueado por las importantes cimas del K 7, K 8, K 9. El valle se estrecha á Oriente, cerrado por el macizo y los contrafuertes orientales del Golden Throne, para reaparecer al Norte rodeando dichos contrafuertes y los del Hidden Peak, y alcanzando quizá al paso entrevisto en lo alto del glaciar Urdoch por Sir Young Husband.

Un breve reconocimiento permitió á los expedicionarios convencerse de que era fácil llegar á la depresión de la cresta oriental del Bride. El 11 transportaban el campamento á 6.604 metros, á una hora de aquélla. Al día si-

guiente, á pesar del tiempo que empeoraba, intentó el jefe de la expedición subir á la cima; pero á unos 100 metros más arriba de la depresión (7.000) se vió precisado á volver al campamento de la silla Chogolisa, para esperar á que abonanzara.

Esto se inició el 17, y por la rápida pendiente que conduce á la depresión llegaron á colocar las tiendas á 6.853 metros, unos 200 más que en la tentativa anterior. El 18, á las seis y treinta llegaban á la depresión (á unos 7.000 metros); á las siete y cuarenta y cinco, al punto ganado el día 12 (7.150). Hasta allí habían caminado sobre rocas. Ahora tuvieron que dejarlas y andar por escarpada pendiente nevada para llegar á otras rocas situadas á cerca de dos tercios de la cresta. Atravesaron esta pendiente entre la niebla, que se hacía cada vez más densa, llegando á las rocas (7.400 metros) á las once. Después de un breve descanso volvieron á subir por las rocas hasta donde terminan: eran las trece y treinta; la presión barométrica había bajado á 312 milímetros, la altura alcanzada era de 7.493 metros. El pulso era en todos normal, pasaba poco de 100 pulsaciones y no experimentaban ningún trastorno.

La niebla había llegado á ser densísima. Aun había que marchar sobre otra pendiente nevada. La cresta á que debían subir terminaba en una cornisa sobre la vertiente Norte; por la otra parte estaba el precipicio. Para evitar el peligro de los aludes en aquella nieve blanda era preciso mantenerse en el borde de la cresta que avanzaba sobre el vacío.

El Duque de los Abruzos, á pesar de la opinión de algún guía, temió que fuese demasiado arriesgado el caminar en semejantes condiciones, y á las quince y treinta, después de haber esperado en vano durante dos horas una clara, decidió abandonar también aquel monte.

Volvieron al campamento á las diez y siete y treinta y al de la silla Chogolisa á las veinte. Al día siguiente pernoctaron en él. El 20 se reunieron en Footstool con Negrotto y De Filippi. El 22 estaban en Rdokas y el 27 en Askoley.

Llegaron á Skardo por un nuevo camino, atravesando el paso llamado Skoro-la, á 5.070 metros de altitud, por el último trozo del torrente Xigar. Desde allí llegaron á Srinagar el 11 de Agosto, recorriendo el camino más corto por la meseta Deosai (4.000 metros).

Desde lo alto del puerto Boorgi-la (4.829 metros) tuvieron la última visión de la ya lejana y maravillosa cadena del Karakoram. Si ésta no les había concedido el honor de todos los triunfos soñados al iniciarse el viaje, les había proporcionado, sin embargo, fuertes emociones y horas inolvidables de espectáculos magníficos.

«En otras expediciones alpinistas, como las del San Elías y el Ruvenzori—terminó diciendo S. A. el Príncipe Luis Amadeo—, la labor de mis predecesores me facilitó la victoria; ahora, por el contrario, mis trabajos y mis fatigas servirán para que otros puedan recoger el fruto, y siguiendo mis huellas alcancen la hermosísima cumbre del Bride Peak, á 7.653 metros de altitud».

FORMOSA

Los salvajes y la colonización japonesa.

Formosa; he aquí el nombre de una isla muy poco conocida si no es por el nombre simpático que tiene en la historia de Occidente después de tres centurias que viene figurando en los mapas, y sin embargo es digna de más atento estudio y cuidadosa observación.

Su extensión, sus riquezas, la fecundidad de su suelo bien trabajado por los colonos chinos, la variedad de sus habitantes, hacen de Formosa un lugar interesante para el sabio que busca la solución de un problema, y codiciado para el comerciante calculador que tiene exacto conocimiento de las inagotables riquezas que atesora en sus entrañas. Los japoneses que sabían esto se la arrebataron á los chinos hace quince años, haciéndola entrar en el tratado de Shimonosaki como indemnización de la guerra chino-japonesa de 1895, y desde esa época sus leyes, muchas de sus costumbres y hasta su suelo han sufrido un cambio radical con el método de colonización japonesa, ensayado por primera vez, con éxito lisonjero para el pueblo dominador, en la isla de Taiuan, como por ellos y por los chinos es llamada.

En esta tan rica y abundosa isla existen, además de los chinos que componen la masa de la población sujeta al Imperio del Mikado, y que suman unos tres millones, otras razas indígenas de origen malayo y muy anteriores al arribo de los chinos á la isla de Formosa, las cuales, formando tribus separadas entre sí por su lengua, caracteres y costumbres, y teniendo por habitación los altísimos é intrincados

montes de su inexplorada cordillera, la mayor parte no quieren hoy sujetarse al Imperio japonés, como antes no quisieron reconocer la dominación del Celeste Imperio.

En siete tribus diferentes se han dividido las razas aborígenes de Formosa, si bien pueden hacerse aún subdivisiones muy fundadas, y éstas son las que sumariamente deseamos dar á conocer, hoy que el Japón está empeñado en una guerra de exterminio contra estas razas desventuradas, ya que la sujeción voluntaria no es factible en el plazo breve y perentorio que desea y según los métodos que se había propuesto emplear.

Antes de hablar de la campaña japonesa digamos, aunque sea brevemente, quiénes son estos hombres á los que se intenta dominar, y por qué ese afán y empeño del Gobierno japonés en sacrificar vidas y dinero en una empresa que no es de necesidad inmediata, y al parecer sin fruto ni debida recompensa.

Los españoles que desde 1626 á 1641 poseyeron la parte Norte de la isla, y los holandeses que desde 1624 á 1662 estuvieron primero en el Sur y luego en toda la parte Oeste, tuvieron comunicación con las razas indígenas de la isla, que entonces se hallaban extendidas por toda ella, ya que la posesión de los chinos no empezó sino en 1662, cuando el célebre corsario Koxinga se la arrebató á los holandeses, así como la dinastía tártara, que hacía poco mandaba en China, se la quitó en 1683 á los sucesores de Koxinga, quedando desde entonces unida á la China, dependiente del Virreinato de Fokien.

La creciente inmigración de chinos fué arrollando poco á poco á los débiles indígenas, que desposeídos de sus tierras se vieron obligados á huir, dejando paso libre á la astuta y vigorosa raza china; y hoy sólo queda un reducido número de villorrios en la parte Oeste, en los que los descendientes de aquellos indígenas se encuentran confundidos con los chinos, cuya lengua, usos y modo de ser han adoptado, olvidando por completo la lengua que sus padres hablaron y sus peculiares costumbres.



Salvajes de la tribu Atayal.

PERIENCIA
ATECIBO GANDEL ONE

Pero además de la parte Oeste, sujeta en todo al Gobierno del Mikado, hay otras razas bravías y feroces internadas en sus altísimas é inaccesibles cordilleras que llevan una vida completamente salvaje, y no sólo no reconocen al Gobierno japonés, sino que positivamente no lo quieren y lo rechazan con la fuerza. Estas razas suman en conjunto de 110.000 á 120.000 individuos, estando divididos en siete tribus con lengua, costumbres y leyes diferentes, y hasta enemistadas entre sí, y muchas de ellas desde tiempos antiguos casi en perpetua guerra.

En la parte Norte, y comprendiendo un vasto territorio, habita la tribu Atayal, la más feroz y sanguinaria de Formosa, teniendo un gran número de rancherías y unos 26.000 habitantes. En el centro de la isla, hacia el Oeste, se hallan las tribus Tsu y Tsalisen, con unas 5.000 almas la primera y 27.000 la segunda; al Este, confinando con los Tsalisen, se encuentra la tribu Ami, con unos 23.000 habitantes, y al Sur de ésta, hasta llegar al extremo de la isla, las tribus Pyuma y Paiuan, con 4.000 almas la primera y cerca de 30.000 la segunda.

Aunque todas se encuentran sin los beneficios de la civilización, y en tiempos más remotos todas ellas se dedicaban al entretenido *sport* de cortarse las cabezas, hoy se distinguen por ese instinto guerrero y sanguinario los Atayal del Norte y los Paiuan del Sur y alguna ranchería de las pertenecientes á otras tribus de las más internadas en las montañas.

Los Ami y Pyuma, que habitan al Este, en una extensa planicie junto al mar, son de carácter y costumbres pacíficas, y lo mismo otras rancherías que se encuentran cerca de las poblaciones chinas; poco á poco, con el transecurso del tiempo y la comunicación con los chinos, han ido perdiendo su ferocidad y salvajismo nativo y haciéndose más sociables, por lo que todos éstos son llamados por chinos y japoneses siek-huan, juku-ban, salvajes maduros, civilizados. El método desde antiguo seguido por los chinos para obtener la explotación del alcanfor, el corte de maderas y

algunos otros productos del territorio habitado por los salvajes, ha sido atraerlos con regalos y dones, hacer paces con ellos y hasta pagarles un pequeño tributo como reconocimiento de su señorío en aquellos lugares; y éste fué siempre el que dió positivos resultados, pues cuantas veces se intentó echar mano de la fuerza enviando tropas para batirlos, éstas volvieron derrotadas sin conseguir su objeto, el comercio sufría las consecuencias y nadie podía acercarse á los montes sin peligro de la vida, siendo preciso en último resultado volver al método antiguo de hacer la paz con el irritado salvaje.

Para seguridad de los que trabajaban el alcanfor y repeler los ataques de otras rancherías de salvajes que no querían la paz, tenía el Gobierno chino, y también continúa con el Gobierno japonés, un cuerpo de policía especial conocida con el nombre de *guardas de los salvajes*; y á pesar de todas estas precauciones y garantías el tributo de sangre que anualmente se viene pagando á los salvajes por explotar el alcanfor sube sin duda alguna á un centenar de vidas. Por aquí se podrá comprender algo de la razón que tiene el Gobierno japonés para empezar ahora una campaña formal, según un plan desde ha tiempo concebido, contra todos los salvajes formosanos que hasta el presente han rehusado someterse á su dominación.

La independencia en que viven es causa de muchas muertes por ellos causadas, que no reciben el condigno castigo; las riquezas forestales que existen en el territorio por ellos ocupado representa muchos millones, que no podrán ser efectivos mientras haya igorrotos que los guarden bajo pena de la vida.

Hablando sólo del alcanforero, existen en Formosa, según informes oficiales, unas 1.500 millas cuadradas de estos árboles seculares, que tienen hasta 15 y 20 pies de circunferencia, los cuales pueden proporcionar al comercio durante cien años una producción tal, que representa las tres cuartas partes del consumo universal, siendo por este concepto Formosa el país más rico del mundo.

Toda esta riqueza, sin embargo, se encuentra, como ya hemos dicho, en posesión de los salvajes, y para su explotación necesita el Gobierno atraerse por buenos modos las rancherías cercanas y mantener á la vez un cuerpo de policías bien remunerados para la defensa de los trabajadores contra los ataques inesperados y frecuentes de otros pueblos más internados, que no quieren la paz á costa de ver su territorio invadido.

Este método pacífico es el que se ha venido hasta ahora practicando, pero no acomodándose tanta lentitud á los planes del Gobierno japonés, quiere obligarles á una sumisión forzosa, ó ponerles en el triste y último trance de no poder continuar viviendo.

Más de un año hace que empezó la guerra, y según parece, con pocos resultados para los japoneses; por eso ahora con todos los medios destructores que tiene una nación moderna, se declara el exterminio de una raza, cuando ninguna razón urgente hay para llegar á un fin tan desastroso, por no decir tan poco humano. Para apreciar debidamente la suma de vidas y dinero que esta empresa representa, es preciso conocer el lugar que se intenta conquistar.

Extenso territorio de 6.000 millas cuadradas, formado todo él de elevadísimos montes con un promedio de 5 á 7 mil pies sobre el nivel del mar, de forma escarpada y cubierto de tan exuberante vegetación que es de todo punto imposible dar un paso sin ir previamente abriendo camino por aquel abigarrado conjunto de árboles seculares, arbus-tos, zarzas y maleza de todo punto impenetrable, todo lo cual representa un cúmulo de peligros, gastos y trabajos que ciertamente no está en correspondencia con la utilidad inmediata que pueda reportar.

Por eso creo yo no era necesario por el momento emplear una táctica tan extremada, y bastaba ir explotando poco á poco el territorio limítrofe con ideales pacíficos, ya que hay trabajo para docenas de años, sin llevar las cosas á estos extremos inhumanos de sacrificar miles de vidas inocentes á costa de un objetivo muy dudoso.

¡Y creer que todo esto lo hace un pueblo que se dice civilizado contra pobres bárbaros inconscientes! (1).

Expuestos los datos que preceden sobre la diversidad de salvajes formosanos, indicaré algunas de sus cosumbres, su modo de ser con relación á sí mismos y á los otros, para ver por fin la guerra cruel de que son objeto y de la cual saldrán muy mal parados, si no totalmente destruidos.

Aunque todas las tribus aborígenes pertenecen á la raza malaya, según lo atestiguan su lengua, sus costumbres y hasta su mismo ser físico, no todos tienen el mismo origen ni llegaron á la vez á las costas de Formosa, ni por los mismos medios, como se desprende de las tradiciones transmitidas de padres á hijos. Los Paiuan se atribuyen un origen celeste, de donde bajaron sus padres, llegando á ser una tribu muy poderosa, lo que está conforme con la historia de los siglos XVI y XVII. Los Pyuma cuentan que sus antepasados salieron de una enorme piedra que existe al pie de un monte llamado *Aravanai*, dentro del territorio por ellos habitado, la cual se quemó, y de ella surgieron un hombre y una mujer, que después engendraron tres hijos y tres hijas, que fueron los fundadores de la tribu Pyuma. Los Ami dicen que sus antepasados vinieron arrojados por la tempestad de una isla del Este de Formosa en donde habitaban.

Conservan una vieja canoa que todos los años, en un día determinado, llevan al mar con objeto de transportar el espíritu de sus antepasados. Los Atayal vinieron desterrados de las costas de China y se establecieron en la isla de Formosa, en donde ahora viven.

Estas tradiciones, unidas á los diferentes usos y costumbres, en el modo de edificar sus casas, aderezar sus vestidos y gobernarse, además de la lengua y su carácter físico, ha hecho decir á algunos que han estudiado á los salvajes for-

(1) Un japonés de posición me dijo, para justificar la guerra sin cuartel emprendida contra los igorotes formosanos, «que el Gobierno japonés tenía vergüenza de que se dijese que en su dominio de Formosa había todavía salvajes». Tal razón es muy pobre. ¡Como si no hubiera salvajes en el mundo, y en el mismo Japón no estuvieran los *Ainos* después de tantos siglos!



Salvajes de la tribu Pyuma.



人卷雨卓

1906

Salvajes de la tribu Tsalisen

mosanos que tienen relación no solamente con las islas cercanas á Formosa, como las Filipinas y Borneo, sino con otras más lejanas, como Nueva Guinea, los Laocian de Siam y hasta con el malayo Malagosi de las costas de Africa.

En el modo de edificar sus chozas difieren notablemente, y hay algunos que lo hacen de una manera más propia y elegante que fuera de esperar en unos pobres salvajes. Los Tsalisen, por ejemplo, practican una grande excavación en el monte, y luego con gruesas columnas y vigas sostienen el tejado, que cubren con piedras planas, empedrando también el interior de la casa y un gran patio que suelen dejar á la entrada, resultando una habitación limpia y espaciosa. Los Vonum y Atayal suelen hacer uso de piedras para edificar sus casas, que cubren con paja; mientras que los Ami y Pyuma emplean solamente el bambú y paja, siendo las viviendas de los Amilorges con el tejado de muy poca inclinación y en el interior bajas y oscuras, pareciéndose en esto á los Dyaks de Borneo. Además de la casa, que suelen edificar separadas de 20 á 50 pasos unas de otras, tienen todos su granero en el que conservan el mijo, camote y taro, que son los productos que cultivan en mayor escala. Suele ser en cuadrado, sostenido por cuatro columnas á una altura de dos metros, con piedras lisas metidas en la parte superior para impedir que los ratones, que mucho abundan, puedan subir y destruirles sus provisiones. Una casa común tampoco falta en todas las tribus, que les sirven para diferentes objetos. Los Pyuma y Tsu, que la llaman *Takovan* ó *Kuva*, la usan, no sólo para tener sus reuniones y consejos, sino para habitación de los jóvenes solteros, estando rigurosamente prohibido á las mujeres acercarse á ellos y á los jóvenes el hablar con mujeres y el tener en su poder dijes ú otros objetos de uso exclusivo del otro sexo. Entre los Paiuan existe un cuarto común, en donde practican á la vez algunas ceremonias religiosas.

La cama ordinariamente la tienen á los lados de la choza, levantada del suelo como un metro y hecha de tablas como los Pyuma y Ami, ó de grandes piedras lisas como los Tsa-

lisen, sobre las que ponen pieles de ciervo ú oso, que les sirven á la vez de mantas, ó simplemente paja y hierbas secas, sobre las que se acuestan, como algunas rancherías Atayal y Tsu. Saben sacar el fuego por medio de la frotación, pero ordinariamente lo conservan de un día para otro, y por la noche, cuando algo se les ocurre que necesite de luz, encienden un manojo de paja con que satisfacen la necesidad de momento.

Como adornos en sus casas conservan las cabezas y cuernos de ciervos, dientes de jabalí y plumas de algunas ave.; pero sobre todo, en lugar bien visible á las entradas de sus casas, aparecen en ordenadas filas las calaveras de los enemigos, para ellos motivo de orgullo pues acreditan su valor.

En los adornos de sus vestidos son caprichosos y no faltos de cierto gusto estético. La mujer atayal sabe extraer las fibras de algunas plantas y con ellas tejen unas telas fuertes con que hacen una especie de chaleco corto, prenda de vestir de los hombres, y una especie de manta de metro y medio de larga por uno de ancha, que usan generalmente las mujeres, atándoselas por dos extremos sobre el hombro derecho. Estas telas no son de color uniforme, sino que están tejidas formando figuras más ó menos complicadas con otros colores, sobre todo el encarnado.

En el uso de dijes y adornos nadie hay que aventaje á los Pyuma, por su abundancia, variedad y lujo. La cabeza, brazos, cuello y piernas aparecen con una multitud de objetos de metal, y á veces de plata, labrados hasta con delicadeza.

Los Ami usan vestidos con adornos, pero no tienen costumbre de adornarse con otra clase de objetos.

Los jefes de todas las tribus usan algunas prendas que no pueden ser usadas por los demás. Entre los Atayal es signo de autoridad una pieza cuadrada de tela con adornos de una cuarta de ancha por otro tanto de larga, que atada por tres puntos del cuello y espaldas se coloca en el pecho. El jefe de los Tsalisen usa una gorra redonda

de cuero, en cuyo frente hay una especie de estrella hecha con los dientes del jabalí, siendo la piel de la pantera también exclusiva de los jefes. Los más sencillos en su modo de vestir y adornarse son los Paiuan. Toda su vanidad consiste en ponerse en la cabeza alguna pluma de faisán ú otra ave, y en colocarse en el lóbulo inferior de las orejas un pedazo redondo de madera de una pulgada de grosor por media de largo, dando con esto á sus orejas una proporción desmesurada, por lo cual los llaman los chinos hombres de orejas grandes.

Esta costumbre la tienen también los Atayal, si bien no llega á ser tan gruesa la madera ó bambú pulcramente labrada que se meten en las orejas, pero es mucho más larga, llegando á tener á veces hasta una cuarta. Las tribus Atayal y Tsalisen usan también el tatuaje ó taraceado, si bien la forma es distinta y de significación diferente. En los hombres Atayal consiste en una serie de rayitas muy juntas, de media pulgada de ancho, que se hacen en la frente, horizontales á la nariz, y otras que corresponden en el labio inferior al extremo de la barba. En las mujeres es más complicado, pues partiendo de las orejas recorre los carrillos hasta unirse en los labios superior é inferior, que les da el aspecto de una barba. Los Tsalisen practican el taraceado no en la cara, sino partiendo desde los codos á la espalda, hasta unirse con otras dos líneas que partiendo del pecho terminan en el mismo punto. Entre las mujeres Tsalisen solamente á las de los jefes les está permitido taracearse en las manos, siendo por lo tanto esto una señal de autoridad, mientras que los Atayal todos lo practican, mas es señal de haber llegado á la pubertad; para poder taracearse deben haber hecho alguna hazaña notable, ya sea matando al enemigo, ya en alguna cacería, que á juicio de los viejos les acrediten de ser hombres.

Entre las otras tribus algunas lo practican, pero no es obligatorio, sino libre y á gusto de los particulares. Para hacerse esta operación se punzan la piel ó se aplican un molde erizado de puntas que ya tienen hecho hasta saltar

la sangre, luego se frotan bien la parte herida con tintura extraída de una planta, ó con el cisco de los cazuelos donde cuecen el mijo y los alimentos (así lo practican los Tsalisen), y al desaparecer los dolores é hinchazón quedan las señales indelebles del taraceado. Excepto entre los Ami, es general la costumbre de los salvajes formosanos de arrancarse los dos colmillos de la mandíbula superior por razón de elegancia ó bien parecer.

El matrimonio es tenido por ellos como una cosa sagrada, pero el modo de practicarlo difiere notablemente. Los Vonum simulan un asalto á la casa de la novia, oponiéndose los padres á su intento, pero al fin consiguen el apoderarse de ella, llevándola con grande algazara á casa del novio. Algunos días después éste da un convite á los parientes y amigos y se da como bueno lo hecho. Entre los Paiuan el coger un ramo de flores y agua que se pone á la puerta de la casa de la joven á quien se pretende, es señal de aceptar el matrimonio, y desde luego el marido entra á formar parte de la familia de su mujer durante algunos años para pagar la deuda contraída con sus suegros. Los Ami tienen una costumbre muy curiosa. Una vez concertado el matrimonio, el novio ofrece á su prometida durante un mes un ramo de flores por día, excepto el primero, que la ofrece cuatro; por esta razón, los jóvenes ya se preparan con tiempo plantando el *Melia Azuderach*, especie de lila, para que no les falten flores que ofrecer á su tiempo.

Los Atayal, siguiendo sus bravos instintos, no consideran digno de casarse al que no puede presentar á su futura la cabeza de algún enemigo, y si la ocasión no se presenta, ejercitando algún acto de bravura persiguiendo ciervos ó jabalíes, que le acrediten de hombre de valor. Los Tsalisen consideran como disoluble el matrimonio si después de algún tiempo de casados no se sigue prole; las restantes tribus tienen reglas muy rigurosas contra los que faltan á sus deberes, y no permiten la separación con libertad para volver á contraer otra vez matrimonio.

Si bien no tienen templos ni ídolos, no carecen de la

idea religiosa y consideran á ciertos árboles, plantas ó pájaros como venerandos; algunos, como los Paiuan, hacen al año algunas ceremonias religiosas en común, y todos tienen ofrendas de una ú otra clase para los espíritus de sus antepasados, de quienes creen ser favorecidos, así como creen en los espíritus malos que causan las enfermedades. En el modo de enterrar á sus muertos se distinguen unas tribus de otras, y á veces algunas rancherías. Los Vonum, Tsu, Tsalisen y Atayal del Este entierran dentro de la misma casa en que ha vivido el difunto, haciendo una especie de pozo en el que colocan el cadáver en cuclillas, envuelto en una piel de ciervo, y juntamente todas las cosas que ha usado el muerto: su arco, daga y pipa, etc., cubriendo la boca con grandes piedras y tierra para evitar el mal olor. Los Atayal del Norte y los Pyuma, después de algunos días de enterrado el muerto dentro de casa, abandonan ésta yéndose á vivir á otra parte; los Ami y Paiuan entierran fuera de casa, haciendo un montón de tierra y colocando una piedra que sirve de señal.

Para su gobierno, cada ranchería tiene su jefe, y además hay otro superior que manda sobre mayor ó menor número de rancherías, y tanto al uno como al otro le pagan su tributo, ya de los frutos de la recolección, ya de los animales que crían, como cerdos, perros ó gallinas, ó de los que cazan en los montes, de los cuales siempre reservan parte. Los Tsalisen, que distan una legua solamente de la cristiandad de *Bau Rimchug*, cuyo jefe manda sobre 18 pueblos, tienen la costumbre curiosa de tener por jefe siempre á una mujer, debiendo los varones salir de la familia y casarse con las hijas del jefe de otra ranchería, quedando de este modo el mando siempre en manos de mujeres. Regularmente son muy fieles en guardar la promesa de amistad, que se hace según sus reglas. Los Atayal para hacer un pacto de amistad solemne, echan vino en una taza, ó mejor en una madera larga con dos cavidades que para este objeto tienen ya hecha, con bonitos adornos grabados, y cruzando los brazos por debajo del hombro y juntando

las mejillas, se bebe al mismo tiempo, lo que tiene fuerza de un juramento sagrado que difícilmente se quebranta por parte del salvaje. Su ocupación favorita es la caza; sus ejercicios el tirar el arco, arrojar la lanza, para lo que tienen un tino admirable, y manejar un grande machete con adornos en la empuñadura y en la vaina, que siempre llevan consigo á la cintura ó pendiente del cuello, y que algunas tribus adornan con un mechón de pelo de las cabezas que han cortado.

El *sport* favorito de los Atayal, que como se ha dicho son los más fieros y sanguinarios de Formosa, es ir en busca de cabezas de enemigos, ya sean de otros igorrotos, ya de chinos ó japoneses que se atreven á acercarse á su territorio.

Contra esta tribu está hoy empeñada principalmente la guerra sin cuartel de los japoneses. Las tribus Ami y Pyuma están ya casi dominadas, y en muchas otras rancherías hay puestos de policías japoneses, aunque por ahora nada les exige el Gobierno. Los más internados rehusan la paz, pues saben que ésta será el fin de su independencia. Preciso es reconocer que la causa de traerlos al retortero y no poder vivir tranquilos en la tierra tanto tiempo por ellos habitada es la inmensa riqueza forestal, sobre todo de alcanforeros, de que están en posesión; si no fuera por esto nadie tal vez se hubiera acordado de ellos, y poco hubiesen tenido que agradecer á la civilización que hoy con tanto tesón les persigue.

Para poder conjeturar la suerte que les está reservada, basta saber que hace cinco meses, según anunciaron los periódicos del Japón, se embarcaron en el puerto de Moji 18 cañones de montaña para ser empleados contra los salvajes de Formosa, que unidos á los que ya tenían y á unos 10.000 soldados con buenos mausers y algún guarda-costas que no cesa de bombardear las guaridas de los salvajes para ayudar la acción de las tropas, darán el resultado final que no es difícil de prever, aunque los salvajes venden á buen precio sus vidas haciendo muchas bajas á los japoneses con sus certeros disparos.

Además de estos poderosos elementos de combate, el Gobierno japonés emplea contra los salvajes un nuevo y cruel método de destrucción que hasta ahora no ha usado nación alguna. Para evitar que se salgan de la zona en que viven los ha cercado dentro de su territorio con hilos metálicos cargados de potente fuerza eléctrica, á cuyo contacto quedan muertos los que al ser batidos por los soldados y cañones intentan rebasar la línea. Nada menos que 300 millas de tan mortífero aparato se han construído, según el *Japan Time*, órgano semi oficial del Gobierno japonés. Las últimas noticias llegadas dicen que muchas rancherías ó grupos, aterrorizados por la metralla de los cañones y la letal descarga de la electricidad, que les admira, han entregado los fusiles y armas que tenían y se han sometido á los japoneses. Consiguientemente, el Gobierno japonés, que había estimado los gastos de la campaña en 17 millones de *yens* y siete años de duración, cree que con este nuevo método, muy eficaz sin duda, pero también poco humano, completará en cuatro años su obra de reducción de salvajes. El 80 por 100 se estimaba en un principio, según oí á un japonés, que dejarían de existir en esta ruda campaña, si, como era de suponer, defendían hasta lo último sus trincheras; pero el avisado salvaje al encontrarse con esos hilos misteriosos se da por vencido y se somete al invasor para continuar viviendo.

Entretanto la prensa japonesa, con gran fruición y complacencia cuenta los hechos y anima á proseguir la campaña emprendida, «cazando á esos bestias salvajes que algún conocimiento tienen de las armas de fuego», mientras que los hombres con algún resto de humanidad se preguntan asombrados si no hay un salvajismo civilizado más feroz y sin entrañas que ese barbarismo inconsciente de los hijos de la selva.

FR. J. M. ALVAREZ, O. P.

Shikoku (Japón), Enero 1911.

OESTRYMNIS-OPHIUSA

A la Real Sociedad Geográfica.

El muy notable estudio del inteligente escritor Sr. D. Antonio Blázquez, relativo á la interpretación que debe darse á la primera parte del poema geográfico *Oræ maritimæ*, de Rufo Festo Avieno, estudio publicado en el BOLETÍN de la Real Sociedad, correspondiente al tercer trimestre del próximo pasado año de 1909, abre nueva discusión sobre una materia muy interesante para la Geografía y para la Historia antiguas de la península Ibérica. El asunto es muy digno de que la doctísima Corporación á quien me permito dedicar el presente informe y que tan eminentes y patrióticos servicios viene prestando á la ciencia, á la civilización, á la cultura y á los intereses del país, conceda su benevolencia á la controversia mencionada y permita que en las páginas de su ilustrado BOLETÍN se exponga cuanto seriamente conduzca á dilucidar los problemas que, al parecer, contiene la obra del poeta geógrafo romano.

Cuestión tan importante requiere examen detenido, vastos conocimientos generales, gran imparcialidad y, en fin, la renuncia á todo exclusivismo autoritario. El que suscribe no se considera dotado de las condiciones indispensables para realizar con éxito tan ardua tarea, pero sí pretende contribuir con sus modestas observaciones á que en ella nos aproximemos á la certidumbre de una solución justificada y, á la vez, se juzga en cierto modo obligado á intervenir en esta discusión, ya que tuvo el honor de que un

extenso trabajo suyo sobre la Oestrymnis-Ophiusa fuese incluido en dicho órgano de la Real Sociedad, tercer trimestre de 1905, del cual se ha olvidado el Sr. Blázquez, citando en cambio mi libro *Galicia Antigua*, que la mayoría de los lectores del BOLETÍN no podrán tener á su disposición para verificar las oportunas comparaciones. Y á propósito de libros citados, el distinguido escritor menciona, con respecto al territorio Oestrymnico, unas páginas de Mullenhoff que tan sólo se refieren á la Ophiusa y que acompañan como ilustración á la obra del Sr. Román Calvet acerca de los nombres de las islas Pytiusas, donde se formula una teoría especial sobre la *Oræ maritimæ* de Avieno, suponiendo que este autor, en la descripción de la Ophiusa, se refiere á la isla Formentera, que sin duda tuvo el mismo nombre en época muy remota de la antigüedad.

Protesto en primer término de que me impulse un exagerado movimiento del amor propio ó del tan humano afán de la notoriedad; por el contrario, deseo el esclarecimiento de esta cuestión, porque después de haberla estudiado y de continuar estudiándola, basta la devoción científica, aunque en mí sea infecunda, para persistir en dilucidarla y para que le dedique por lo menos aquel cariño que el hábito engendra en los hombres, aun prescindiendo de la natural defensa á que me veo compelido. Por otra parte, si corresponde á Galicia la equivalencia del país Oestrymnico y de la Ophiusa, sería injusto que se le despojara de tales antecedentes históricos. Estos son, pues, los motivos que me inducen á ocuparme en el examen de las soluciones que el Sr. Blázquez presenta erudita y elocuentemente como definitivas, y aunque en este concepto no me resuelvo á admitirlas, procede aclararlas por mi parte con respecto á aquellos puntos que podemos considerar base de su interpretación, así como á los detalles que merecen atención y respuesta. Para ello dejaré á un lado las singulares censuras y frases que el distinguido escritor dedica á los intérpretes de Avieno, así como la contestación que por mi parte pudiera darle, porque en toda discusión científica

tales minucias carecen de valor y no constituyen argumentación razonable.

El Sr. Blázquez declara que no ha entendido que fuese necesario rebatir una por una todas las opiniones y destruir uno á uno los argumentos aducidos por los intérpretes de Avieno, en cuyo número me incluye; en efecto, hubiera sido una labor muy prolija, molesta y difícil. Tan sólo se ha hecho cargo del detalle relativo á los datos de Plinio sobre navegación; pero, sin ánimo de corregir su proposición, creo que no hubiera sobrado que refutase otros más importantes ó siquiera les hubiera concedido el honor de compararlos alguna vez con los suyos, á fin de que resaltara la verdad de éstos y no quedara al lector la menor duda, ya sobre la imparcialidad de sus juicios, ya sobre la fiel interpretación del texto latino.

Prescindamos de la opinión por mí expuesta y de los justificantes con que la he acompañado. El hecho de que por lo menos los sabios Ukert, Mullenhoff, Sampere, Martins Sarmiento y otros hayan coincidido en situar la Ophiusa en las costas septentrional y occidental de la Península, bien merecía el esfuerzo de que el Sr. Blázquez hubiese dedicado dos ó tres páginas á rebatir los argumentos más esenciales de aquellos geógrafos, y por más que respeto los motivos que ha tenido para no hacerlo, hubiera sido muy conveniente y oportuna la demostración de ser imposibles ó siquiera poco adecuadas las identificaciones por ellos propuestas. En mi pequeñez he procedido así, ya con respecto á la colocación por los mismos del territorio Oestrymnicó en Francia ó en Inglaterra, ya en cuanto á la de Ophiusa en Edetania por el Sr. Costa.

De esta manera hubiéramos adelantado mucho. Es indudable que los progresos de las ciencias no se obtienen tan sólo con el propio estudio personal y aislado, sino también con el análisis concienzudo de los resultados propuestos por otras personas dedicadas á la misma tarea, aparte de que en no pocas ocasiones los detalles que al parecer carecen de importancia suelen proporcionar luz para resol-

ver las mayores dificultades. La ciencia jamás desdeña nada que se relacione con la materia de que trate, y mucho menos, por consiguiente, aquello revestido de carácter serio y que tenga la garantía de un examen anterior y adecuado; á la vez, sus devotos están obligados, tanto para el convencimiento como para la instrucción del lector, y mientras no se alcanzan soluciones definitivas, á presentar el pro y el contra de las cosas, porque el despotismo de las afirmaciones, por mucha autoridad que tenga quien las haga, es un bagaje inútil y aun nocivo. Me subordino con gusto á los anteriores preceptos de eminentes pensadores, y no terminaré este breve preámbulo sin advertir que huiré en el presente estudio de todo alarde de erudición, ya por ser la mía muy escasa, ya por juzgarla innecesaria cuando no versa concretamente sobre los puntos que se ventilan. También prescindiré de intercalar notas, á fin de no entorpecer la discusión, y para todos los extremos de ésta, si el lector desea mayores aclaraciones, se servirá consultar mi citado estudio. (BOLETÍN del tercer trimestre de 1905).

IDENTIFICACIONES

No seguiré paso á paso la teoría desenvuelta por el señor Blázquez; me limitaré á rebatirla en los puntos más esenciales, como suficiente rectificación de sus juicios y decretos.

Lo primero que en aquella resalta, y que habrá sorprendido á todos los geógrafos, es la aseveración de que Avieno únicamente llama Atlántico al piélago que se extiende desde el cabo de San Vicente de Portugal hasta el estrecho de Gibraltar. Este error es evidente, porque el escritor romano denomina mar Atlántico al Océano, no sólo en los versos 398 y 403, sino también en los 663-664, al hablar de los Hiperbóreos, aparte de que no hay razón incontestable para traducir la frase *Atlanticus sinus* del v. 84 en golfo ó seno precisamente, y no en mar Atlántico; esto último es sin duda lo más exacto, dadas las condiciones del amplio trozo del Océano que baña la costa meridional portuguesa,

así como la tartesia, y que hace veintiséis siglos no podía ser considerada como un simple golfo. Tanto es así, cuanto que Avieno, al describir el promontorio Cynético, dice que «penetra en el Océano poblado de monstruos»; seguramente sería una incongruencia objetar que el geógrafo romano se refiere tan sólo á un costado de dicho promontorio.

Con la anterior observación queda en falsa posición una de las bases adoptadas por el Sr. Blázquez para situar el promontorio Oestrymnio de *Oræ maritimæ* en el mencionado cabo de San Vicente, identificación que habrá producido no menor sorpresa en el mundo científico. Dicha base consiste en la defectuosa traducción de la palabra *hic*, sea ó no un adverbio, que Avieno, como poeta, usa metafóricamente tres veces (v. 85, 86 y 90). Si el Sr. Blázquez interpreta las dos primeras también metafóricamente (aunque con violencia manifiesta) diciendo *allí*, justo es que conceda á los demás intérpretes su autorizado permiso para traducir la tercera vez con el sentido de *en este mar*, dado que el adverbio de que se trata se empleaba frecuentemente con la expresión metafórica de «en este caso, en estas circunstancias, en tal situación, en ocasión semejante, etc.», y jamás con la de *allí*. *En este mar*, como Océano (v. 102), es el verdadero y exacto concepto con que dicho poeta hubo de usar la palabra *hic*, que se corrobora con las descripciones de otros lugares que su obra contiene; por consiguiente, el escenario de la primera parte de *Oræ maritimæ* no se reduce al corto espacio en que el Sr. Blázquez aglomera é involucra todos los accidentes y detalles de esa primera parte. Si se juzga aisladamente lo dicho en el presente párrafo, quizá no resulta completamente persuasivo; pero si se enlaza con los demás datos, la convicción se afianza, sin que haya manera de aceptar la teoría del distinguido escritor, quien no llevará á mal que á la vez, y siquiera en este caso, apliquemos con prudencia esa *interpretación geográfica*, de que echa mano á su favor y libremente para resolver ciertos puntos de *Oræ maritimæ*, según veremos.

«Y en este mar Atlántico surge el promontorio Oes-

trymnio, cuya mole se vuelve (*vergit*) hacia el Mediodía». Tal es la afirmación de Avieno, fotografía del cabo Finisterre de Galicia, porque al brotar del extremo de la costa occidental de España, la masa enorme del famoso promontorio se dobla ó vuelve directamente al Sur, formándose allí la parte Norte del golfo Oestrymnico, y éste termina en el cabo Silleiro (Arvio), según más extensa y justificadamente he procurado demostrar en el BOLETÍN (tercer trimestre de 1905). Es inexacto que Himileon y Estrabon coloquen el promontorio Oestrymnio en el cabo de San Vicente, y entre los conspicuos geógrafos modernos que aceptan la equivalencia del Finisterre para el Oestrymnio, debo ahora citar á Mr. Bunbury (*A History Ancient Geography*, II, 687). Pero el Sr. Blázquez decreta que el promontorio Oestrymnio es el mencionado cabo de San Vicente, al cual Avieno da precisamente el nombre de Cynético, según convienen todos los geógrafos antiguos y modernos, incluso el propio Sr. Blázquez, que traduce el texto latino (v. 201-204) en esta forma: «el monte Cynético, inclinado hacia el Oeste, es el último de Europa y penetra en el Océano poblado de monstruos». Un monte que penetra en el Océano es un verdadero promontorio, aunque el elocuente escritor huya aquí de esta palabra; huída inútil, porque Avieno cuando emplea la voz *jugum* expresa un promontorio, cabo ó punta como accidentes ó detalles de las costas (*Oræ maritimæ*), y cuando menciona montes interiores, estén ó no á la vista del navegante, usa la palabra *mons*. Por eso llama *jugo* al Oestrymnio, al de Venus, al Arvio, al Ceprésico, al Cynético, etc., y *mons* al Cassius (v. 159), al Argentarius (291), al monte ab illo (317), al mons alto (346), al Silurus (433), al Acer (504), etc. De semejante distinción no se debe prescindir, á mi juicio; sería caprichoso llamar *monte* al Cynético y promontorios á los demás *jugos*.

El hecho indudable es que el nuevo comentador de Avieno deja distraidamente el nombre Cynético, pues no lo lleva á otra parte, en el mismo promontorio en que coloca el Oestrymnio; y como el poeta geógrafo romano hace dos

descripciones distintas de ambos promontorios, resulta el siguiente dilema: si el cabo de San Vicente es el Oestrymnio, no puede ser el Cynético, y si es éste, no puede ser aquél. En consecuencia, nada más irregular que trasladar á localidades posteriores, según el Sr. Blázquez lo verifica, los accidentes geográficos que Avieno consigna como anteriores á dicho Cynético. Por último, al hablar del país de los Cynetes (v. 201-224), el geógrafo romano no hace la menor alusión, directa ó indirecta, á la Oestrymnis, á la Ophiusa con sus promontorios é islas, á los Ligures ni á los Saefes, lo cual debió atraer la atención del Sr. Blázquez, por significar clara y evidentemente que todos esos datos, *anteriores*, repito, al promontorio Cynético, pertenecen á otra región muy diversa y apartada de la costa meridional portuguesa. Tampoco se ha hecho cargo de que, en virtud de su teoría, resultaría en dichos versos una nueva y aislada descripción de la misma costa, es decir, desde el cabo de San Vicente al río Guadiana, resultado que no puede admitirse.

En mi concepto, la preocupación del Sr. Blázquez se hace más notoria al analizar otras identificaciones que promulga y pretende imponer; tales son, como principales, las siguientes:

1.^a Que las islas Oestrymnicas (v. 96-107) son las que forman la costa portuguesa del cabo de Santa María y de la comarca de Faro. .

2.^a Que la isla Sacra, habitada por la *gens Hibernorum* (v. 108-111), es la isleta Pelagia (v. 164) y á la vez una de las del cabo de Santa María, en concepto de Oestrymnica.

3.^a Que la costa habitada por los Ligures (v. 130-145) es la meridional del Algarbe.

4.^a Que los promontorios Arvio y Ceprésico son, respectivamente, el monte Figo, de Faro, y el cerro de Cagelha, inmediato á Tavira, en dicha costa.

La primera equivocación en que el Sr. Blázquez incurre es la de formar arbitrariamente un grupo con las islas diseminadas en la narración de Avieno, con excepción in-

explicada de las Inhospitas (v. 160-161), dándoles el nombre de Oestrymnicas para identificarlas con las del cabo de Santa María. La única razón que expone para ello como irrefutable no es, á mi juicio, más que una débil conjetura: consiste en definir que el escritor romano hace primeramente una descripción general de la Oestrymnis-Ophiusa y que luego presenta los pormenores de la costa. En primer lugar, tendríamos que Avieno haría tres descripciones: una, la general del promontorio, del golfo y de las islas Oestrymnicas; otra particular de los cabos y de las islas consignadas después de cada uno de éstos, y la tercera desde el Cynético al río Guadiana (v. 201-224), cosa muy improbable. Además, esas islas diseminadas aparecen en el relato muy separadas unas de otras; pero aparte de que Avieno nada absolutamente dice que justifique aquella conjetura y de que en ningún lugar de su obra observa semejante procedimiento, lo cierto es que el cuadro de las condiciones que concede á las islas Oestrymnicas no se acomoda por ningún concepto á las del cabo de Santa María, bajas, arenosas y estériles, según el propio Sr. Blázquez, el cual cree salvar tan grave dificultad objetando que en el transcurso de dos mil cuatrocientos años esas islas portuguesas perdieron su forma, consistente en que *se salían afuera* (sese exserunt), su riqueza en metales de plomo y estaño y la muchedumbre de sus gentes, que Avieno atribuye á las islas Oestrymnicas (v. 96-107), esto es, el mismo recurso que se emplea para identificar violentamente las Casitérides con las Sorlingas de Inglaterra.

Las del cabo de Santa María no se salen afuera, como las *penínsulas de Galicia*, sino que están agrupadas longitudinalmente en línea paralela con la costa, forma que sin duda tuvieron siempre. Según he demostrado en mi estudio, los periplos antiguos usaban un solo vocablo con el significado de isla, península y aun región; el propio Avieno llama *insulam Petopis* (v. 153) á la península de Morea ó Peloponeso, sin duda porque así aparecía en dichos periplos.

La desaparición de la muchedumbre de habitantes, como

en Tebas ó en Palmira, me parece muy problemática, porque si es verdad que una emigración general pudo ser causada por las guerras ó por la pérdida de suelo, arbolado, puertos, minerales, etc., lo cierto es que no hay la más leve noticia, recuerdo ni vestigio de que semejante mudanza ó cataclismo haya acaecido en un golfo tan visitado por los marinos en todos los tiempos conocidos de la historia. De los habitantes de las Oestrymnicas dice Avieno que en sus débiles barcas *surcaban el Océano* (v. 102), y no serían los residentes, si entonces los había, en las islas del cabo de Santa María quienes verificasen en barquillas el imposible viaje de 80 millas, 640 estadios, para salir afuera del cabo de San Vicente, por donde se corrobora que el promontorio, el golfo y las islas Oestrymnicas pertenecen al Océano. Y si el Sr. Blázquez aplica en este caso la calidad de Océano al mar de las supuestas Oestrymnicas, resultará que Avieno no denomina Atlántico exclusivamente al Saco de Cádiz, quedando sin cimientos el edificio construído por el distinguido escritor.

Cuanto á la desaparición de los metales, el Sr. Blázquez acude á expedientes un tanto premiosos. Dice que el estaño de las islas del cabo de Santa María «procedía de depósitos superficiales, *puesto que se encontraba en las laderas del monte Casio y de allí era arrastrado con las arenas*»; pero el caso es que ahora, y desde antigua fecha por lo visto, las arenas no tienen á bien realizar tan beneficioso arrastre, ni hubieron de realizarlo en ninguna época, porque forzosamente lo impedirían, ya las corrientes de los ríos de Huelva y del Guadiana, interpuestas en el largo viaje desde el monte Casio hasta las islas en cuestión, 75 kilómetros por lo menos, ya las mareas, ya la natural é invencible propensión de las partículas metálicas á descender al fondo del mar, ya, en fin, porque de todos modos si algunas de esas partículas de estaño y de plomo terminaban felizmente el supuesto viaje formarían insignificante depósito en la playa, pero nunca en la superficie de las islas, faltando así la base para la condición de *metallos divites* de las verdaderas Oestrymnicas.

El Sr. Blázquez procura soslayar tan graves obstáculos invirtiendo por distracción los textos de Avieno, á quien atribuye la afirmación en los v. 96, 97 y 98 de que «los habitantes *del seno Atlántico* tenían mucho plomo y estaño»; nada más equivocado, porque el geógrafo romano concede esta riqueza á las islas Oestrymnicas únicamente, y no á la totalidad ni á la mayoría de los habitantes mencionados. Tampoco afirma Avieno que las Oestrymnicas estaban en aquel seno, en el sentido de que éste era el que baña la costa meridional portuguesa, sino en el seno ó golfo Oestrymnico, que es cosa muy distinta, porque este golfo pertenecía al Océano, surcado por las barcas de los Oestrymnidas, según demuestra el v. 102. Con respecto á que Plinio diga que las islas Casitérides estaban en el mar Atlántico y *no en el Océano*, el empeño del Sr. Blázquez en separar ambas denominaciones y en formar dos conceptos diversos me parece poco fundado, porque lo que el famoso naturalista hace es situar las Casitérides en el Atlántico, en efecto, pero añadiendo la frase *adversus Celtiberiæ*, esto es, enfrente de Galicia, que en el siglo primero pertenecía á la España Tarraconense, llamada también Celtiberia. Eudoxio de Cnido, Eratosthenes, P. Licinio Craso, Strabon, Mela, Ptolomeo, Diodoro Sículo, C. Julio Solino, Sulspicio Severo, etcétera, confirman dicha localización; de suerte que por este concepto resulta también que el adjetivo *Atlántico* nunca fué nombre exclusivo del mar comprendido entre el cabo de San Vicente y el estrecho de Gibraltar, ni existe testimonio alguno de ello.

El Sr. Blázquez añade que es un *error vulgar* (cometido por Lemaire, Ukert, Ch. Muller y otros sabios!) creer que las Oestrymnicas son las Casitérides, «pues aun cuando por la circunstancia de haber estaño en las primeras se les hubiera aplicado el nombre de las segundas, no por eso habría motivo para suponer que se trataba de las mismas islas». Este concepto tiene aspecto de nebuloso, por no decir de confuso ó de antitético, puesto que semejante motivo es sobrado, no ya para suponer la identificación, sino para afir-

marla definitivamente, dado que en el Océano Atlántico no hubo nunca otras islas productoras del estaño, con excepción de Inglaterra, que pertenecía á las Británicas, figurando éstas por separado y á la vez que las Casitérides, lo mismo que en *Oræ maritimæ* aparecen separadamente las Oestrymnicas y las de los Hibernos y Albiones.

El distinguido escritor hace una brillante exposición de sus variados conocimientos y de su laboriosidad para demostrar la existencia del estaño en el país Tartesio, aprovechando esta circunstancia, que nadie niega, para afirmar que también se beneficiaba en Faro (Ossonoba); pero la noticia del árabe Almakari sobre esto último me parece muy endeble, ya por ser el único historiador que la consigna con respecto nada más que á la Edad Media, ya por derivarse probablemente de que el mencionado metal procediese del interior del país ó sea los límites de Portugal con la Andalucía, pues era natural que se llevase al citado puerto para la exportación á otras partes. Y aquí, lo mismo que en otros lugares de su estudio, el Sr. Blázquez emplea «el afán de concordar textos de siglos diferentes» que, sin ser un defecto, ni mucho menos, sino un procedimiento legítimo, censura en los geógrafos que identifican las Oestrymnicas con las Casitérides. Pero toda su demostración relativa al país Tartesio resulta inútil, porque de lo que se trata es de la imposibilidad de aplicar á las islas del cabo de Santa María, que no eran Tartesias sino Cynéticas, la frase «metallos divites stanni atque plumbi» que Avieno consigna para las Oestrymnicas. Y con este motivo me permitiré una breve digresión.

Al Sr. Blázquez le molestan y le estorban las noticias acerca de la antiquísima explotación del estaño en Galicia, de que Posidonio y otros autores hablan concretamente, y que siguió verificándose y se verifica en la actualidad, hecho que no sucede en Faro, ni en su comarca, ni en las islas vecinas. En su apasionamiento escribe así:

«Lo único que no dice Avieno es que se producía en Galicia, pero no pudo decirlo aquí porque no se trataba de

aquellas costas, sino de las del Algarbe, Huelva, Cádiz y de los países inmediatos, y porque en su tiempo no era conocida aquella otra región». A estos conceptos añade poco después los siguientes: «ningún texto de geógrafo antiguo hay que permita afirmar que en el siglo VI antes de Jesucristo, Galicia y las Sorlingas fueron conocidas por los griegos y los cartagineses».

Verdaderamente estas aseveraciones no requieren contestación; pero me complazco en hacer el debido honor al Sr. Blázquez, aunque limitándome á consignar datos muy concretos. Si las Oestrymnicas pertenecían á las costas de Galicia, claro resulta que, según Avieno, en ella existía el estaño; pero lo cierto es que no insinúa siquiera al describir la costa del Algarbe (v. 201-224), que en este país ó en sus islas hubiese dicho metal; esto es lo que importa á la cuestión que se discute. Cuanto á que en tiempo de Avieno (siglo IV) Galicia no era conocida, el Sr. Blázquez puede consultar á Strabon, Plinio, Mela, Silio Itálico, Ptolomeo, Justino, etc., así como los historiadores de Viriato, J. Bruto, J. César, Augusto, etc., y se enterará cumplidamente. Respecto á que los griegos y cartagineses, posteriores á los fenicios, no conocieron á Galicia, también puede consultar los textos de Plinio, los de Strabon con referencia á Asclepiades, los de Justino ex-Trogo Pompeyo y los de diez escritores griegos que Hubner menciona nominalmente, pues aunque este ilustre sabio atribuyó primeramente las noticias de esos diez autores á una tergiversación de los oráculos, ha concluído por afirmar, en vista de varias pruebas (*La Arqueología en España*, 226-227), que los griegos exportaban el oro de Galicia; y pues traficaban con el dorado metal, indudablemente lo hacían con el estaño que, según Herodoto, «nos viene de las islas Casitérides», noticias que no menos interesan á nuestro asunto. Añada el Sr. Blázquez que si varios navegantes fenicios y griegos visitaron las islas Británicas y el mar Báltico, claro es asimismo que tuvieron que conocer á Galicia y detenerse no poco tiempo en sus puertos á la ida y al regreso, consignando más ó me-

nos datos en los periplos y copiándolos los geógrafos, de donde Avieno hubo de extraer los relativos al país Oestrymnicó y á la Ophiusa. Y como quiera que en los v. 117, 383 y 412 cuenta que Himilcon exploró el Océano Atlántico, es evidente que entonces, por lo menos, los cartagineses conocieron á Galicia. Por último, si todos estos datos, expuestos juntamente con otros irrefutables en mi libro *Galicia Antigua*, citado por el Sr. Blázquez, no le merecen fe ni siquiera atención á causa de mi insignificancia, consulte al esclarecido Sr. Costa en *Estudios Ibéricos*, donde verá algunos de los textos que con tanta lisura niega con respecto á Galicia, y á la vez la noticia de que á ella iban los Tartesios á buscar el estaño. Porque supongo que el distinguido escritor no incurrirá en la vulgaridad y en la injusticia de aceptar á ojos cerrados cuantas referencias encuentre en los autores antiguos acerca de Tarteso y de otras comarcas ibéricas, y en cambio le parezcan falsas, porque sí, las relativas al Noroeste de España.

Me he extendido demasiado en la demostración de que las islas Oestrymnicas de Avieno no eran ni podían ser las del cabo de Santa María, y únicamente añadiré que si en estas últimas y en la inmediata costa portuguesa, país cercano al río Ana y á la región Tartesia, tan conocidos y nombrados en los tiempos antiguos, hubiera existido la explotación del estaño, algún autor habría consignado noticias de ello, hecho que precisamente aparece con respecto á Galicia. Pudiera agregar más datos y razonamientos acerca de nuestro asunto, pero termino aquí esta parte de mi tarea porque el examen de otras identificaciones imaginadas por el distinguido escritor comprobará el mismo resultado.

No es menos extraordinaria la decisión con que convierte en la isla Sacra del v. 108 la isleta del 164, trasladándola al lugar en que está la más occidental de las del cabo de Santa María. En el primero de dichos versos y en el siguiente Avieno dice así: «Empero, desde aquí (*Ast hinc*) hasta la isla Sacra hay dos días de navegación»; y como *hinc* puntualiza los lugares que se describen en las líneas inme-

diatamente anteriores, esto es, las islas Oestrymnicas, no es aceptable la alteración que el Sr. Blázquez verifica designando arbitrariamente como punto de partida para los dos días de navegación al promontorio Oestrymnio en concepto de cabo de San Vicente, y soslayando así el desatino que resultaría de que tal viaje se verificase desde las islas Oestrymnicas á las propias islas, puesto que, según el Sr. Blázquez, la Sacra era la más occidental de las del cabo de Santa María. A mayor abundamiento, Avieno añade que la isla de que se trata está habitada por la *gens Hibernorum* (*Hiernorum* en varias ediciones) y que la de los Albiones aparece inmediata (v. 111-112). El Sr. Blázquez procura salvar estos dos obstáculos confundiendo á los Hibernos con los Iberos de los v. 248, 250 y 253, que es una singular explicación, porque Avieno hubiera escrito *gens Iberorum* (de nada sirve que el erudito escritor adjudique *h* inicial á las palabras Iber, Iberos é Iberiam), y porque situando Iberos en la isleta que el Sr. Blázquez pone como la más occidental de las supuestas Oestrymnicas, ya no estaría habitada por los Oestrymnidas, según el geógrafo romano consigna en el v. 96. Cuanto á la isla de los Albiones, el distinguido escritor procede expeditamente desdeñándola *por su pequeñez*; pero es poco equitativo que no diga cuál era, tratando despectivamente á una importante isla con nombre tan conocido, y en cambio conceda preeminencia á la isleta del v. 164, convirtiéndola en Sacra, pues aprovecha para ello el adjetivo con que Avieno dice que tal isleta estaba consagrada á Saturno. Sin embargo, dicho desdén no impide que la de los Albiones permanezca al lado de la *Hibernia* ó *Yerne*, como el propio Sr. Blázquez denomina á Irlanda en otro lugar de su estudio (BOLETÍN del tercer trimestre de 1909, pág. 337), y que todos, absolutamente todos los geógrafos y latinistas pasados y presentes, traduzcan fundadamente que ambas islas de Avieno son las Británicas. Y de todo lo dicho resulta que la Sacra de los Hibernos no podía ser Oestrymnica ni estar en el Sur de Portugal.

Veamos la cuestión relativa á los Ligures, que verdade-

ramente es digna de atención. Avieno dice así: «Además, por otra parte, ó por último (*dehinc*), si desde las islas Oestrymnicas (*ab insulis Oestrymnicis*) algún barco se atreve á surcar las olas en dirección á los climas en que la hija de Lycaon hiela los aires, etc.» (v. 129-145). El Sr. Blázquez modifica este texto en la siguiente forma: «Si en lugar de dirigirte á las islas Oestrymnicas, te atreves á surcar, etc.» No veo manera de encontrar en dicho texto el concepto subrayado, ni tampoco los verbos en segunda persona de la conjugación. Avieno tenía forzosamente que designar un lugar de partida para el viaje audaz á que se refiere, y señala precisamente ese lugar en la frase de ablativo *ab insulis Oestrymnicis*; pero el Sr. Blázquez rechaza sin explicación este punto de partida, y no determina ningún otro porque dentro de su teoría no podía hacerlo. En efecto, si el navegante salía de las supuestas Oestrymnicas, no necesitaba mucha ni poca audacia, porque antes de media hora tropezaría al Norte con la costa del Algarbe, donde sin fundamento medianamente plausible el distinguido escritor sitúa á los Ligures; y si salía del cabo de San Vicente en concepto de Oestrymnio, no tenía que dirigirse hacia el Septentrión. Ha optado, pues, por una nebulosidad, y los lectores tenemos que descifrar la charada para averiguar desde qué punto ese navegante habría de emprender su viaje para arribar á dicha costa portuguesa. Además, para describir este viaje no necesitaba Avieno mencionar los helados climas del Norte, ni decir que el navegante emplearía audacia en dirigirse á ellos. Tampoco habría de acordarse, si hablase de la costa del Algarbe, de dichos helados climas ni de la hija de Lycaon; prueba de que se refiere á otros lugares.

Y puesto que los Ligures, recobrada la confianza y considerándose en seguridad, abandonaron las alturas y descendieron á las riberas del mar, es evidente que ya no temían el *ataque marítimo* de los celtas; pues bien, ¿qué celtas podían atacarles en aquella costa portuguesa? No aparecen por ninguna parte. Es indudable, por consiguiente, que esos Ligures (*¿Lloegrwys* de las tradiciones inglesas?) vivían en

otra costa situada en un clima frío, y que para encontrarles era preciso emprender desde las verdaderas islas Oestrymnicas la atrevida navegación hacia el polo Norte que Avieno consigna; también resulta probable la solución de que esos celtas, que podían atacar por mar á los Ligures, acaso eran los belgas, de cuya manera se justifica la opinión de que entre unos y otros estaba el canal de la Mancha en su parte más angosta. Situar á los Ligures en una comarca de la costa meridional portuguesa, entre los Oestrymnios y los Saefes, como resuelve el Sr. Blázquez, me parece, salvo el respeto que le dedico, un deplorable error, impropio de su vasta erudición y de su clara inteligencia, con tanto mayor motivo cuanto que pone á esos Ligures entre el promontorio Cynético y los mismos Cynetes limítrofes de los Tartesios por el río Ana, sin que Avieno ofrezca el menor indicio de ello. En otro lugar de su estudio afirma que los Ligures vivieron primitivamente en la costa occidental del Algarbe «desde el cabo de San Vicente hacia el Norte», apoyándose tan sólo en la palabra *Odeleuca*, nombre de una serie de cumbres y de un río, endeble y obscuro fundamento etimológico que el distinguido escritor no ha querido explicar; en cambio, en esa misma costa occidental y también al Norte del propio cabo, á unas veinte leguas de distancia, están el puerto y la punta de *Sines*, clara supervivencia de Cynetes ó Cynesios, y acaso el nombre *Cintra* es otra modificación del propio apelativo (Cyneteres, Cintres, Cintra); por allí tampoco pudo haber Ligures, ni hay la menor noticia para sospecharlo.

Con no menor intensidad aparece el trastorno que la novísima teoría ocasiona en la narración de Avieno, al examinar la localización que el Sr. Blázquez decreta para los promontorios Arvio y Ceprésico (v. 160 y 182), anteriores al Cynético (v. 201). Me parece inadmisibles la identificación del primero, importante jalón de la costa de la Ophiusa, con el monte Figo, cercano á la ciudad de Faro, porque éste no se orienta en el mar «*hacia el áspero Septentrión*», condición especial del Arvio, ni puede orientarse en aquella costa, y

porque el tal monte está bastante apartado de la ribera del mar, careciendo de todo lo necesario para ser considerado como un promontorio, ó sea accidente marítimo; como él hay muchos para señales en las costas, no existiendo razón alguna para juzgar que en la antigüedad era ó podía ser punto importantísimo de partida para los viajes marítimos. De esto resulta otra prueba contraria á la identificación con el promontorio Arvio, *después* del cual Avieno señala una isla (v. 164) que el Sr. Blázquez incluye en las Oestrymnicas, la convierte en la Sacra de los Hibernos y la coloca *enfrente* de Faro.

Una distracción parecida, aunque más grave, padece al situar mucho antes del cerro de Caçelha (Tavira), que por ser comarca poblada de olivos diputa cabo Ceprésico, la isla Achale, designada por Avieno á seguida (*subjacet*) de dicho cabo (v. 183-184). Y puesto que el distinguido escritor encomia la diligencia, escrupulosidad y cuidado del poeta geógrafo romano, lógico sería que estas cualidades le impusieran la observancia del orden de la narración, que altera tanto en el conjunto como en los pormenores, según voy demostrando. Esta última dislocación se debe indudablemente á sugestión ocasionada por la circunstancia de que la penúltima, al Occidente, de las islas del cabo de Santa María se llama *dos Caes* (de los Canes ó Perros), donde el Sr. Blázquez ha omitido la preposición y el artículo aglutinados en la palabra contracta *dos* (de os), según uso de la lengua galaica (portuguesa y gallega), por creer que Caes es modificación de *Achale*.

Con tal motivo el Sr. Blázquez, sin apercibirse de ello y al escribir con rapidez, incurre en un error etimológico y en otro filológico. Admitamos que en Akale está la raíz del apelativo *Quelonios*, que pretende justificar por el hecho de que tal isla conserva la forma «de lomo de tortuga á que debe su nombre»; es decir, que á pesar de que las supuestas Oestrymnicas sufrieron, á su juicio, una radical transformación geológica y perdieron las notables condiciones que Avieno atribuye á las verdaderas, la Achale permaneció

intacta en su configuración. No me resuelvo á aceptar semejante singularidad. Prosigamos. El Sr. Blázquez cree que la palabra Acale perdió la *a* inicial y la *l*, según costumbre portuguesa, quedando *Caē* á la que se agregó una *s*, *Caes*; esta *s* denota precisamente un origen diverso. La *l* no desaparece en los nombres geográficos, y ejemplo de ello, muy contundente para el caso, es *Cale*, primitiva denominación de Oporto (que nadie atribuye á cosa de tortuga), posteriormente *Portocale*, de donde salió Portugal, conservando siempre la *l*, lo mismo que *Setubal* y otros. En *los* y *las* tampoco se elimina con frecuencia ni sin ella; se dice, en efecto, *Os Luisiadas*, *os pobos*, *as pontes*, no porque se suprima la *l*, sino porque nunca la tuvo el artículo determinante galaico, que según documentos ya existía en el siglo IX, dos siglos antes de que naciera el castellano *el* y *la*; ese artículo es *o*, *a* para el singular y *os*, *as* para el plural. Pero la *n* intervocálica y postónica casi siempre desaparece y por eso isla *dos Caes* no es otra cosa que *de los Canes*. He aquí cómo queda desvanecido el fundamento único que el Sr. Blázquez ha tenido para colocar en las islas del Cabo de Santa María la Achale, que es característica del promontorio Ceprésico, accidentes geográficos anteriores ambos al Cynético ó cabo de San Vicente.

Y es digno de mención el hecho de que el Sr. Blázquez encuentre parentesco indudable entre Achale y Caes y, en cambio, desdeñe la identidad fonética que algunos nombres de Galicia ofrecen con otros de *Oræ Maritimæ*, como son:

Isla Pætanium = Petaño, arenal de una isla situada en la amplia ría de Arosa (*patulus portus*?)

Promontorio Arvio de Avieno = Prom. *Orbio* de Ptolomeo; pueblos Grovios de Mela, Gravios de Plinio; Grova y Grou actuales; Arbo, ayuntamiento, y D'Arbo, aldea en la ría de Vigo.

Islas Agonidas = Ahones, Aones (donación de Alfonso III á la iglesia de Santiago), hoy islas Ons.

Cabo Cautes = Cabo Couse.

Saefes = Saephoros, Saeporos, pueblos *Cæporos* de Pli-

nio, según juzgan eminentes autoridades de la ciencia filológica. *Safeal* (monte en Moraña, Pontevedra). Saefes, Sæfes, acaso es modificación de una voz caldea ó fenicia, dado que la Península tuvo antiguamente el nombre de *Sefarat*, según los más de los autores, palabra que en hebreo significa confín ó extremidad, y concepto que particularmente cuadra á Galicia, donde vivían los Saefes. Esta etimología tiene todo el aspecto de verosímil, mientras que el significado serpentario que el Sr. Blázquez da al nombre en cuestión me parece erróneo en vista de que los datos que exhibe son equivocados, según podrá comprobar quien conozca medianamente la lengua griega. Según Avieno, las serpientes dieron nombre al país; pero dice que fué el de Ophiusa, no el de Saefes.

Basta de digresión, pues me ocupaba en el examen de algunas identificaciones y voy á terminarlo con tres observaciones, relativa la primera al promontorio de Venus (v. 158), que el Sr. Blázquez traslada también á un lugar posterior del Cynético, al puertecillo de Sorreal, dentro del cual coloca las dos islas Inhospitas (v. 159), á pesar de que Avieno bien claramente las sitúa en mar franco, pues dice «*circumlatrat pontus insulas duas*», frase que de ninguna manera designa el interior de un puerto. Pero lo singular es que el distinguido escritor, sin explicar el motivo y variando de criterio y de procedimiento, no incluye estas dos islas en el grupo que ha formado con las demás diseminadas en la narración para diputarlas Oestrymnicas y llevarlas al cabo de Santa María. ¿Lo ha hecho quizá porque son características del promontorio de Venus? Pues igual condición tienen las restantes, y en ese caso claro es que Avieno también hubiera designado como características de los promontorios Arvio y Ceprésico, no la Pelagia y la Achale, sino las del cabo de Santa María en concepto de grupo y declarando que eran las Oestrymnicas. Nada dice de ello el geógrafo romano de cerca ni de lejos, de donde á la vez resulta que la Pelagia y la Achale, así como dichos cabos, no tenían la situación que el Sr. Blázquez les adjudica.

La segunda observación se refiere á la extraña acumulación, en el reducido territorio comprendido entre el cabo de San Vicente y el río Guadiana, de las gentes Cynéticas, (prom. Cynético), las Oestrymnicas, las Ligures, las Saefes y otra vez las Cynéticas, que en el mapa de su estudio el Sr. Blázquez denomina *Cuneus* (palabra que no usa Avieno), dejando olvidados al mismo tiempo no sólo á los Cempsios (v. 195 y 200), distintos de los Cempsios de la isla Cartare (v. 257), sino también al Ligus Draganumque (en Galicia hay *Dragundó*, Coruña), que el escritor romano designa como pueblos inmediatos á los mismos Cempsios primeros y á los Saefes (v. 196-197). Soy el menor de los aficionados á la ciencia geográfica, pero me permito asegurar que ningún geógrafo acepta semejante acumulación y el olvido mencionado.

La tercera observación versa acerca del tráfico de los Tartesios y de las colonias Cartaginesas en lo último del país Oestrymnico, así como de las gentes *que habitaban entre* las columnas de Hércules (v. 113-116). El Sr. Blázquez altera el texto traduciendo «los territorios *inmediatos* á las columnas»; mas por mucha libertad que se conceda á un intérprete, no ha de ser para cambiar el pensamiento del autor, que indudablemente se refiere á otros países, quizá á los comprendidos entre el estrecho de Gibraltar y las también llamadas *columnas* situadas en la costa exterior de Europa, como Coruña y Cornwal, una de las cuales menciona Szymno de Chios concretamente, «altísima columna á cuyo pie traficaban varias gentes», según advierten los Sres. Fernández Guerra y P. Fita en el luminoso libro *Viaje á Santiago de Galicia*. Si Avieno aludiese, aun nebulosamente, á los territorios inmediatos al citado estrecho, lo hubiera verificado sin emplear la preposición *inter*, ya por inoportuna, ya porque jamás la usa en el concepto de cercanía. Cuanto al tráfico de los Tartesios y de las colonias Cartaginesas, no cabe, á mi juicio, suponer que el geógrafo romano, que redactó su obra á grandes rasgos, descendiera á la nimiedad de dar una menuda noticia que podemos calificar de Pero

Grullo, cual sería la de que hubiese relaciones comerciales entre países tan vecinos ó limítrofes, puesto que el señor Blázquez entiende que la costa meridional portuguesa era el territorio Oestrymnicó ó de la Ophiusa, y Avieno declara que el de los Tartesios llegaba al río Ana (v. 220-221); si las colonias Cartaginesas existían en aquellos lugares, su comercio con los naturales nada tenía de extraordinario ó de sorprendente, aparte de resultar que no fué Himilcon el primer cartaginés que hubiese visitado aquellas costas. De todo esto se deduce que Avieno consigna un tráfico existente en regiones más lejanas, como hecho notable y digno de ser registrado en su obra.

VIAJES

Al examinar los viajes de navegación que el Sr. Blázquez atribuye á Avieno, me veré en la necesidad de repetir algunos conceptos sobre alteraciones del texto latino y sobre ciertas identificaciones; pero esa repetición no sobraré, porque dicho examen hará más patente la falta de justificación de que adolece la teoría del elocuente escritor, el cual, por partir de una base ilusoria como es la de convertir en promontorio Oestrymnicó al cabo de San Vicente de Portugal, no ha podido advertir que caminaba por un terreno muy movedizo.

Aunque el cálculo de los viajes y de las distancias que contiene la narración de Avieno es interesante para la interpretación, me permito creer que ese interés tan sólo debe considerarse relativo y no eficaz por sí mismo. Basta, á mi juicio, un solo raciocinio para justificar tal creencia, y es el siguiente: presumiendo, fundadamente, que dichos viajes y distancias no responden á la propia experiencia del escritor, sino á cálculos que verificó en su gabinete, guiado por noticias más ó menos claras de los periplos y sobre cartas geográficas muy defectuosas que presentaban la costa oceánica de Europa, y por tanto de la península Ibérica, en una

forma muy diferente de la verdadera, hecho evidente, me parece que será un gran obstáculo para el acierto transportar los mencionados viajes y distancias á los mapas modernos, y establecer, en vista solamente de ellos, como definitivos, los jalones de la narración de Avieno. Si se echa una mirada á un curiosísimo mapa de cierta parte del imperio romano, copia de otro más antiguo hecha en el siglo XIII, sospecharemos lo que podrían ser las cartas geográficas del tiempo de Avieno. Dicho mapa, llamado *Tabla de Peutinger*, que posee la Biblioteca Imperial de Viena, se ha publicado recientemente (1909), en el Atlas histórico y geográfico del eminente miembro del Instituto y profesor de la Universidad de París Mr. Vidal-Lablache; en su vista, es conveniente no entregarse á violencias que el deseo de acomodar en los mapas actuales un prejuicio cualquiera sobre la obra de Avieno, puede inspirar á los que no se hagan cabal cargo de las cosas.

Se objetará que, fuese cualquiera la forma de las costas europeas, la duración de un viaje no dejaría de ser efectiva: esta respuesta parece concluyente, pero en mi concepto no lo es, porque si los viajeros ó los marinos, discrepando en sus noticias, ó por no disponer de instrumentos de precisión, no colocaban puntualmente golfos, islas, promontorios y datos étnicos, ó dibujaban la costa acortándola ó prolongándola durante viajes de vientos variables, adversos ó favorables, al comparar Avieno para el cálculo la navegación ante dicha costa así dibujada con datos exactos ó muy conocidos, como por ejemplo los referentes á los viajes entre los puertos romanos y el estrecho de Gibraltar, irremediablemente debía sufrir algún error en el cómputo. Por fortuna la interpretación de Avieno, salvo leves excepciones, no ofrece grandes dificultades sino cuando se pretende imponer un prejuicio.

Sabemos que los geógrafos antiguos situaban las islas Británicas muy cerca de la costa septentrional ibérica, demostración clarísima de que en aquellos remotos tiempos los viajes entre ambos países no se realizaban al través del

Atlántico. El emplazamiento de aquellas islas se suponía y dibujaba en un paralelo próximo á Galicia, no sólo por tenerse en cuenta probables noticias sobre la casi identidad de climas, de vegetación y acaso de razas y lenguas, sino también á virtud de los cálculos de dichos geógrafos, inducidos por la navegación de los marinos, necesariamente sinuosa á causa de la variación de orientaciones, de vientos y de corrientes, al seguir en línea más ó menos paralela las costas septentrional de España y occidental de Francia; trazaban, pues, con la base de estas costas un cuadrilongo imaginario y colocaban las islas Británicas en el extremo de la diagonal. A esto responden exclusivamente, en mi concepto, las noticias de Avieno acerca del viaje directo desde las islas Oestrymnicas á la Sacra ó de los Hibernos, y con respecto al golfo de Vizcaya, que sin duda describe en los v. 174-177 de su obra, á continuación del territorio superior de la Ophiusa (v. 171-172). Véase el texto de *Oræ maritimæ* en el BOLETÍN del tercer trimestre de 1905.

En su vista, y por mi parte, para computar la duración y la calidad de las navegaciones, creí muy prudente atenerme á los datos de Plinio, en consonancia con los que proporciona el propio Avieno con respecto á la distancia entre dos términos conocidos é indudables, como son la *civitas Pyrene* y el estrecho de Gibraltar, de que hablaré luego, si bien he padecido el descuido de omitir estos últimos al redactar mi estudio, sin duda por haberme preocupado, muy justamente por cierto, con los del célebre y autorizado naturalista romano. Pero en tal omisión no funda el Sr. Blázquez sus desmedidas censuras á los intérpretes de Avieno, sino en otra muy diferente: la de que hemos prescindido de los datos que el erudito escritor ha exhibido posteriormente en apoyo de su criterio, que juzga para el caso superiores á los de Plinio, por más que tal vez por distracción ó por apresuramiento de copia ha dejado de expresar algo interesante, pues en mi concepto resulta de su argumentación cierto aspecto de incoherencia, muy disculpable por el manejo de tantos antecedentes y por el propósito de ligarlos y

condensarlos brevemente, á fin de que su labor no traspasara las ochenta páginas que considera suficientes para el estudio de *Oræ maritimæ*, tasa un tanto arbitraria por cierto y alusión innecesaria á los que no poseemos talento bastante para concretar un estudio científico. Los datos de navegación presentados en primer término por el Sr. Blázquez, son los siguientes:

De Scylax, dos días, 670 estadios entre cabo Espartel y Ceuta: 335 diarios.

De Hannon, dos días, 592 estadios entre Ceuta y Tánger: 296 diarios.

De Pytheas, cinco días, 1.700 estadios entre cabo de San Vicente y Cádiz: 340 diarios.

De Scylax, un día, 125 estadios travesía del estrecho: 125 diarios.

Desde luego se advierte que la disparidad de estos resultados es un obstáculo para lograr una solución, faltándonos conocer el número de horas invertidas en cada viaje, así como la clase y tonelaje ó tamaño de los buques, etc., y por consiguiente, un elemento indispensable para el cálculo; pero también se advierte que á todas luces esos viajes no eran de navegación normal ó establecida, sino parcelarios, caprichosos, sin duda de reconocimiento, de visita ó diplomáticos. Declaro que yo no conocía esos datos, con excepción del relativo á Hannon, mas estoy seguro de que hubiera prescindido de ellos, pues en esta ocasión no me parecen aplicables. En los referentes al cartaginés Hannon creo que el Sr. Blázquez está equivocado, á causa de identificar Thymiaterion con Tánger. Según el citado profesor de la Universidad de París, Mr. Vidal-Lablache, aquella ciudad estaba á unos 600 estadios por el Sur de *Lixos* (Larache) y á la izquierda de la boca del río Subur (Sebu), resultando que desde Thymiaterion al promontorio Cotes (Espartel) se navegaba durante 1.100 estadios, que unidos á los 670 que el Sr. Blázquez consigna desde dicho cabo á Abyla (Ceuta), suman para el viaje de dos días de Hannon 1.770, esto es, 885 por singladura. Este resultado es ya más razonable,

guardando proporción con la cifra de Plinio. Con respecto á las de 335 de Scylax y 340 de Pytheas, es preciso reconocer que estos marinos hubieron de visitar varios puertos, deteniéndose en ellos, y que sus viajes no fueron directos, puesto que se diferencian notablemente de la navegación de Menelao, de que luego hablaremos, así como de la de Hannon. Se puede afirmar que los demás comentadores de Avieno habrán conocido los datos que el Sr. Blázquez exhibe; en cuanto al sabio Mullenhoff, es evidente que no los ha considerado adecuados para resolver la cuestión, vistos sus cálculos de navegación entre la Bretaña francesa y la Irlanda, así como los de la costa occidental ibérica, al interpretar la obra de Avieno, opinión que también he tenido muy en cuenta.

El Sr. Blázquez considera exagerada la marcha diaria de 1.100 estadios que da Plinio, pues la denomina «velocidad extraordinaria y excepcional». Añade también que cuando los datos son tan diferentes como los números 1.100, 335, 296, 340, 600, 125, *lo elemental* es concordarlos en razón del tiempo (tarea no muy fácil), «porque en setecientos años (desde Himilcon á Plinio) el arte de la navegación algo tuvo que adelantar por diversas causas, como las mejoras en la construcción de naves, conocimiento de las derrotas, etc., y en su consecuencia hay que prescindir del testimonio de Plinio». Confieso mi torpeza; no veo manera de hacer tal concordancia, ya por las mismas causas que el Sr. Blázquez expone, ya por las mencionadas con respecto á sus datos, acerca del desconocimiento de las horas invertidas en cada viaje, clase y tamaño de los buques, estado de la atmósfera y de los mares, etc., no siendo dable tomar un término medio en aquellos números como si se tratara de una sencilla estadística diaria de nacimientos y defunciones; por eso hay que dar á los viajes de Avieno, según también veremos por otros motivos, el carácter de navegación de singladuras. Y debo observar que el distinguido escritor, después de establecer como indudables las localizaciones y equivalencias que ha imaginado, denomina á los viajes de Avieno

«navegación de Himilcon», y con ella verifica las comparaciones y los cálculos, exponiéndose á que todo ello se derrumbe si se reconoce, como es de reconocer, el error que á mi juicio ha padecido en dichas localizaciones. El Sr. Blázquez las conceptúa definitivas é irrefutables, hasta el punto de encabezar una nota en la página 331 de su estudio con estas decisivas palabras: «He aquí un resumen de las distancias que Himilcon *dejó consignadas*», insertando á continuación una lista de viajes marítimos y terrestres, que no hay posibilidad de encontrar en *Oræ maritimæ*.

Por lo demás, aquí aparece el aludido aspecto de incoherencia. Líneas antes, el distinguido escritor, encomiando la *Historia de la Geografía* de Mr. Vivien de Saint Martin, extrae de ella el dato de que Menelao navegó desde Creta á Egipto á razón de 600 estadios por día y noche (singladura), pero también copia la siguiente caprichosa afirmación de aquel autor: «No es sino la mitad, ó cuando más dos tercios de esta distancia, lo que contaron más tarde los marinos griegos y romanos como una buena navegación de veinticuatro horas», es decir, una buena navegación de 14 á 17 estadios por hora, menor que el recorrido de un peón! Ahora bien; de Menelao á Plinio hay el transcurso de trece siglos, que es bastante mayor que el de siete entre Himilcon y el mismo Plinio, de que el Sr. Blázquez se sirve, de donde ya no resulta *elemental* la razón del tiempo, pues en vez de adelantar, parece que el arte de la navegación retrocedió notablemente, nada menos que desde 600 estadios de Menelao á los 300 ó cuando más 400 de la buena navegación de veinticuatro horas, que dice infundadamente Mr. Vivien de Saint Martin.

Mas la incongruencia no consiste en esto tan sólo; el Sr. Blázquez concluye diciendo exprofeso que los datos de Plinio, Strabon, Scylax, Hannon é Himilcon *no se contradicen*, «puesto que durante toda la travesía la velocidad podía alcanzar á 700 estadios para las horas del día y 600 para las de la noche, *que consigna Herodoto*, en total 1.300, aun mayor que la de Plinio, quien precisamente habla de navega-

ción en estas condiciones». Pues aquí también resulta que en cinco siglos y á pesar de la *elemental* razón del tiempo transcurrido, el arte de navegar había decaído y la velocidad mencionada por Plinio (1.100 estadios) ya no era extraordinaria ó excepcional, pues Herodoto, cinco siglos antes, da 1.300. Por lo tanto, y refutada tan elocuentemente por el Sr. Blázquez su propia opinión, sus censuras á nuestra preferencia por la cifra del naturalista romano, son excesivas en el fondo y en la forma.

Pero aun resulta otra consecuencia, la más importante y eficaz para nuestro asunto, y es que hallándose de acuerdo los datos de Plinio con los de Avieno, consignados en el v. 565 de *Oræ maritimæ*, de que el Sr. Blázquez ha prescindido sin duda involuntariamente, respecto al viaje *de siete días* desde Pyrene al estrecho de Gibraltar, los demás que Avieno expone responden al mismo cálculo y, á la vez, son también de constante navegación durante las veinticuatro horas, esto es, de singladuras completas, y no puede menos de ser así, á mi juicio, puesto que el hecho de que el autor engloba concretamente y sin interrupción los días que designa para los viajes no consiente más interpretación que la directa, sobre todo no acompañando el autor ninguna indicación más ó menos significativa que pudiera inspirar dudas, dado que es el texto y no la conveniencia del intérprete á lo que debemos atenernos puntualmente, ya que el propio Sr. Blázquez alaba la diligencia, la escrupulosidad y el cuidado del poeta geógrafo romano. Por otra parte, si éste en los viajes de que habla no se refiriese á la navegación de veinticuatro horas, á la de singladuras, su narración sería un caos y tendríamos que acusarle de haberse propuesto escribir caprichosos misterios, como, por ejemplo, el de presentar un viaje de dos días para 95 kilómetros de distancia y otro del mismo tiempo para 45, según calcula el Sr. Blázquez sin base alguna en Avieno.

Por la misma razón considero destituida de fundamento la afirmación de que Avieno puso en verso el periplo de Himilcon y que la primera parte de *Oræ maritimæ* pertenece

íntegra á dicho periplo y, por lo tanto, que este marino fué quien verificó los viajes que Avieno incluye en dicha primera parte. En mi concepto no hay justificación para convertir esta conjetura en hecho indudable. Avieno cita noticias de Himilcon en algunos lugares, y esto no basta para asentar aquella afirmación y para atribuir exclusivamente al marino púnico las navegaciones de que se trata, con tanto mayor motivo cuanto que hubieron de hacerlas anteriormente los buques fenicios, griegos y tartesios en sus viajes por los mares exteriores de Europa; además, el poeta geógrafo romano menciona nominalmente los autores de que se sirvió para la redacción de su obra, circunstancia que merece el mayor respeto é impide que se le desmienta.

De todos modos este punto no es trascendental sino en relación con el criterio del Sr. Blázquez, quien, preocupado con el deseo de embutir el escenario de los hechos geográficos de la narración de Avieno en la costa meridional portuguesa, desde el cabo de San Vicente hasta el río Guadiana, parece oponerse, pues se expresa con cierta ambigüedad, á que Himilcon haya visitado las costas del Océano, á pesar de que Avieno lo afirma terminantemente, según queda demostrado. El marino cartaginés exploró dicho Océano durante los cuatro meses consignados en el v. 117, y, por lo tanto, su navegación no puede ser limitada á la costa peninsular del Sur.

Sentadas las anteriores observaciones generales, analicemos los viajes que el Sr. Blázquez define, mediante las interpretaciones y equivalencias examinadas. Son los siguientes:

1.º De dos días, desde el cabo de San Vicente á la isla Barreta situada enfrente de Faro.

2.º De dos, desde ídem á las islas del cabo de Santa María, que resulta el propio viaje anterior.

3.º De siete, desde ídem al estrecho de Gibraltar.

4.º De cinco, desde Faro al mismo estrecho.

5.º De dos, desde ídem al límite Tartesio.

6.º De cuatro, á pie, desde ídem á la ciudad fenicia Tartesos.

Al leer el texto de Avieno ya se advierte desde luego que no ofrece tal aglomeración de viajes, involucrados los unos con los otros dentro del espacio, relativamente reducido, en que su último intérprete pretende situar los hechos geográficos de *Oræ maritimæ*, con la circunstancia de que en ninguna parte de esta obra se sigue semejante sistema. Y en cuanto se verifica el examen detenido de los mismos viajes, no es posible dudar de que el Sr. Blázquez ha incurrido en una gran distracción, pues aun prescindiendo de todo prejuicio, concediéndole la mayor amplitud para la interpretación y aceptando alguna de las equivalencias que consigna, resalta de tal manera la falta de enlace y de congruencia en otras, que por mi parte no he podido subordinar mi entendimiento á sus preceptos y conclusiones. Acaso todo esto consiste en mi propia deficiencia, por cuyo motivo, y para que los doctos resuelvan, expondré un breve análisis del asunto, permitiéndome ante todo la observación de que el puerto de Ossonoba (Faro), si existía á la sazón, nunca tuvo la importancia suficiente, pues nadie se la ha dado, para que Avieno le designara tácitamente como cabeza de diversos viajes, preeminencia que no concede á Cádiz, á Málaga ni á ninguna de las ciudades que menciona; para la interpretación correcta no es posible desdeñar este hecho. Añadiré la afirmación absoluta de que el geógrafo romano tampoco señala, como extremo de distancias ni como punto de partida para ningún viaje, al promontorio Oestrymnio.

1.º Viaje de dos días desde las islas Oestrymnicas á la Sacra de los Hibernos (v. 108-109), que el Sr. Blázquez transforma en uno del mismo tiempo desde el cabo de San Vicente á la isla Barreta (en concepto de Sacra) enfrente de Faro, lugares que identifica respectivamente con el promontorio Oestrymnio y la isleta del v. 164, á la que todos los comentadores llaman Pelagia, para cómoda inteligencia del estudio, en atención á que en alguna edición se estampa dicho vocablo como nombre propio, aunque en las demás figura como adjetivo común; no olvidemos que Avieno la describe como situada *después* (post), no *enfrente*, del cabo

Arvio. Resulta para este viaje modificado por el Sr. Blázquez el texto latino (v. 108), que dice categóricamente «*Ast hinc duobus in Sacram, etc.*», esto es, «pero desde aquí, desde este lugar», y como en los versos *inmediatamente anteriores*, 96-107, según queda dicho, el lugar que Avieno designa es el de las islas Oestrymnicas, que en ellos describe, resulta erróneo tomar al promontorio Oestrymnio, sea cual fuere, como puerto de salida para el viaje de que se trata.

2.º Inducido por el mismo error y por el de convertir en Oestrymnicas las islas del cabo de Santa María, el señor Blázquez da al viaje anterior la condición de verificarse entre dicho promontorio Oestrymnio y las islas Oestrymnicas, con distancia de 95 kilómetros, 522 estadios, sin que la narración de Avieno ofrezca para todo ello el menor indicio.

3.º De siete días desde el cabo de San Vicente, en concepto de promontorio Oestrymnio, hasta el estrecho de Gibraltar. Hay que advertir en primer término que se trata del viaje que Avieno consigna en los v. 146-151, que el señor Blázquez traduce más que libremente en esta forma: «Volviendo al punto de que antes hablaba, *al promontorio Oestrymnio*, el mar presenta un vasto seno en toda la extensión de la Ophiusa, y si se camina hacia esta parte del mar interno que se llama Sardo, se cuentan siete días de retorno». Las irregularidades que contiene la anterior traducción son las siguientes:

a). El lugar de que antes habla Avieno no es el promontorio Oestrymnio, sino el consignado en el v. 130, *ab insulis Oestrymnicis*, desde el cual hace salir un navegante audaz hacia el polo Norte, para encontrar en el camino un país habitado por Ligures, llegando en la descripción de este país al 145, versos todos ellos inmediatamente anteriores al 146 de que se trata; de manera que la interpretación es muy equivocada, puesto que además no hay posibilidad de substituir, según el Sr. Blázquez lo verifica, el concepto «*desde las islas*» de dicho v. 130 con el de «*en vez de dirigirte á las islas*», tomando así cierta libertad para afirmar después cómodamente que el punto de que antes hablaba Avieno

era el promontorio Oestrymnio y no las islas, recurso inaceptable, puesto que el autor ya viene colocado en estas islas nada menos que desde el v. 96.

b). El texto no dice «un vasto seno *en toda la extensión* de la Ophiusa», sino «un vasto seno *hasta la Ophiusa* (usque ad Ophiusam), y esto tiene importancia, pues como quiera que el Sr. Blázquez sitúa el país habitado por los Ligures en la costa meridional portuguesa, esto es, donde ya había situado el seno Oestrymnico y las islas Oestrymnicas, y como juzga que la Ophiusa llegaba al Guadiana, resulta que no hay medio de emplazar ante esa costa el vasto seno del v. 147 al volver del país de dichos Ligures, colocado ya en la propia costa, ni de que ese vasto seno llegue hasta la misma Ophiusa en que ya estaba el mismo país Ligúrico, no encontrando por mi parte manera alguna de desenredar semejante situación, pues contra mi buena voluntad no queda el recurso de colocar el repetido vasto seno del v. 147 por debajo de todo ello, dado que el distinguido escritor monopoliza ese gran espacio para seno Atlántico en general, y en particular para golfo Oestrymnico, para las islas de Santa María y luego para el golfo navegable con dos vientos del v. 174; más allá y hacia el Este, ya está el golfo Tartesio.

c). No es posible prescindir, como lo hace el Sr. Blázquez, de la frase del texto «*rursum ab hujus litore*», v. 148. El demostrativo *hujus* precisa el concepto refiriéndose al de *magnus sinus* ó al de *usque ad Ophiusam* y nunca al promontorio Oestrymnio, que Avieno no ha vuelto á citar ni á mencionar desde el v. 94; procede, pues, traducir exactamente que «después, desde el litoral de éste (el vasto seno) ó de esta (la Ophiusa, que viene á ser una misma cosa) hasta el mar Sardo, el camino es de siete días para un peón». Por lo tanto, los extremos fijos del viaje, que ningún intérprete puede variar, son: un lugar del litoral de la Ophiusa y otro de la ribera del mar Sardo, sea éste el que fuere. El señor Blázquez fija el segundo en el estrecho de Gibraltar, sin mayor fundamento que la analogía problemática que ve

entre la descripción que contienen los v. 149-150 y la de los 80-85, donde se designa la unión del Atlántico con el Mediterráneo.

d). Este viaje de siete días desde el cabo de San Vicente hasta dicho estrecho, imaginado por el Sr. Blázquez, por ningún concepto guarda proporción de alguna clase con el consignado por Avieno, también de siete días, en el v. 565, entre la *civitas Pyrene* y el mismo estrecho; baste decir que el recorrido de aquél es de 1.920 estadios (no 2.228) y la del segundo de 6.800 á 7.000, resultando la navegación diaria de unos 980 á 1.000 en éste y de 274 en el primero, diferencia notabilísima que viene á ser una sentencia definitiva. De manera que Avieno no se refiere en los v. 146-151 á un viaje desde el promontorio Oestrymnio al estrecho de Gibraltar, resultando también por este solo dato que la Ophiusa no estaba próxima al mismo estrecho; en cambio, y según las equivalencias que he propuesto, mi interpretación consiste sencillamente en sumar el viaje de cinco días que el escritor romano señala desde el promontorio Arvio al citado estrecho (v. 164) con el de dos entre este promontorio y el territorio superior de la Ophiusa (v. 171-173), dando la cifra de los siete días con una distancia de 7.200 estadios (1.030 diarios), casi igual á la del viaje de Pyrene á Calpe; no se puede, á mi juicio, desdeñar la importancia de esta coincidencia de ambos viajes, consignados por el autor, pues hace completamente innecesario recurrir á los datos de navegación que el Sr. Blázquez exhibe, mientras en cambio se corroboran los de Plinio. Por otra parte, se transparenta el adecuado plan de Avieno al consignar un viaje para la costa occidental y otro para la oriental de la Península, completando así la descripción de ambas, después de haberlas unido en el estrecho de Gibraltar.

e). El Sr. Blázquez, aceptando una variante de la edición de Madrid en el v. 151, substituye con la palabra *reditus* la de *pediti* (dativo de *pedes, itis*) que traen las demás ediciones, por juzgarla disparate geográfico, traduciendo camino de retorno en vez de vía terrestre. Me parece un tanto sin-

gular que Avieno, en lugar de decir «siete días desde el Sardo al litoral de la Ophiusa», lo hiciese viceversa, «siete días *de retorno* desde el litoral de la Ophiusa al Sardo», dado que, además de que sería un método narrativo muy extraño y nada usual, establecería diferencia donde no podía haberla, entre el viaje de ida, que no menciona, y el de vuelta. Mas ¿con qué otro concepto, si no lo emite Avieno, pudiéramos enlazar ese retorno ó regreso? Todos los intérpretes del geógrafo romano entienden que se trata de un camino terrestre, de cuya noticia procede la relativa á la existencia de tráfico «por intermediarios, entre los habitantes de las orillas del golfo de Vizcaya y Marsella», que el propio señor Blázquez insinúa en la página 337 de su estudio. Avieno siempre denomina *nuestro mar* al Mediterráneo; de suerte que al emplear el nombre *Sardo* se refiere sin duda á un golfo interno del mismo, aparte de que, aun aceptando que lo usara para aquél, no por eso se deduciría que señala fijamente al estrecho de Gibraltar como uno de los extremos del viaje de que habla. A mayor abundamiento, las cartas geográficas de Europa, según los sistemas de Eratosthenes y Ptolomeo, publicadas por el ilustrado editor de París Mr. Hachette y por el eminente Mr. Vidal-Lablache, presentan muy estrecho el istmo que une á España con Francia, por donde podemos columbrar una corroboración de que Avieno hizo por sí mismo los cálculos de viajes sobre mapas defectuosos y creyó oportuno consignar el camino de siete días por el citado istmo para un peón (*vía pediti*). Cuanto á que este viaje constituya un disparate geográfico, el señor Blázquez no lo explica; es de suponer que no se refiere á la condición de camino terrestre, porque en el v. 178 Avieno consigna otro de igual clase y, además, el distinguido escritor convierte sin fundamento y espontáneamente en marcha por tierra el viaje del v. 222. Mas si aquella grave sentencia proviene de que no podía verificarse en siete días el viaje á pie desde el cabo de San Vicente hasta Gibraltar, entonces le sobra razón, pero el hecho se derivaría tan sólo de sus arbitrarias localizaciones. Y si invertimos los términos de

este raciocinio, tendremos que, siendo imposible en siete días ese viaje á pie, necesariamente se incurre en un gran error al fijar arbitrariamente sus dos extremos en el promontorio Cynético y en el estrecho citado.

f). Por último, la inexacta traducción del Sr. Blázquez «desde el promontorio Oestrymnia el mar presenta un vasto seno en toda la extensión de la Ophiusa», aparte de ser una repetición innecesaria, ocasiona un verdadero desconcierto, puesto que Avieno menciona al Atlántico antes de aquel promontorio y después de éste al golfo Oestrymnicus, donde están las islas del mismo nombre. Es, por consiguiente, indudable que en los v. 146-151 habla de otro piélago, del *magno mar* que volviendo del país de los Ligures se encuentra ante el litoral y territorio superior de la Ophiusa, con cuyo motivo señala el viaje terrestre al Sardo desde dicho litoral. No cabe, á mi juicio, situar ese vasto seno del v. 147 en la costa meridional portuguesa, donde el Sr. Blázquez aglomera el mar Atlántico exclusivo, el Oestrymnicus, el de las islas del mismo nombre y el *prolixus sinus* del v. 174; según mi interpretación, fiel al texto, ese magno seno, libre, desembarazado, esto es, sin involucraciones, y distinto de los demás que Avieno consigna, es el que baña toda la costa septentrional ibérica, formando con la occidental francesa, precisamente, ese *prolongado golfo*, navegable en su mitad con viento del Oeste y en el resto con el del Sur, pintura exacta del golfo Cantábrico.

4.º De cinco días desde Faro, por situar en sus cercanías el promontorio Arvio, hasta el estrecho de Gibraltar, viaje que Avieno consigna en los v. 162-164. El Sr. Blázquez le atribuye 336 estadios de navegación diaria (cifra equivocada, pues correspondería la de 256), inaceptable desde luego, ya por lo muy reducida, ya porque del viaje señalado por el geógrafo romano entre Pyrene y el estrecho citado, que debe servirnos de pauta, se deduce la navegación diaria de 980 á 1.000 estadios, que es poco diferente de la que resulta colocando dicho promontorio Arvio, según mi interpretación, en el cabo Silleiro de Galicia (*Orbis* de Ptolomeo),

y esta última, por otra parte, concuerda con los datos de Plinio, se acerca á los de Herodoto y es poco superior á los de Hannon desde Thymiaterion á Abyla y á los de Menelao. De ello también se deduce que el monte Figo de Faro no puede equivaler al promontorio Arvio.

5.º De dos días desde Ossonoba (Faro) al límite Tartesio (río Ana). También aquí el Sr. Blázquez ha omitido por distracción algún dato interesante que podía aclarar su criterio acerca de este viaje. En su traducción de los v. 171-173 no hay conformidad con el texto, en el cual se consigna que desde el cabo Arvio hasta lo prominente, esto es, hasta el territorio superior (*prominens*) de los lugares marítimos de la Ophiusa (*Ophiuse in oras*), hay dos días de navegación. La mencionada traducción modifica esto diciendo que «las costas de la Ophiusa se prolongan todavía y que desde el cabo Arvio la navegación de estas costas dura dos días».

Aquí hace llamada á la nota 18; pero la cuestión no se ilumina, pues el distinguido escritor repite que «en estos lugares de la Ophiusa, que se extendían hasta el Guadiana (nada de esto dice Avieno en ningún sitio), se empleaban dos días de camino, con distancia de unos 45 kilómetros». No hay duda de que el límite Tartesio estaba en la orilla izquierda de aquel río; pero lo que el Sr. Blázquez omite es la razón de que en estos lugares se invertían dos días de navegación para recorrer 45 kilómetros (247 estadios), mientras se empleaban también dos días en la del viaje desde el cabo de San Vicente á las islas adyacentes á la costa de Faro, para 95 kilómetros (522 estadios) de distancia. Esta disparidad es muy notable. El Sr. Blázquez, quizá sin advertir la importancia del vocablo *prominens* (v. 171), ha dejado también de advertir que el *escrupuloso y diligente* Avieno quiso sin duda con este viaje desde el promontorio Arvio hacia la costa Norte de la Ophiusa, completar el que poco antes (v. 164) había consignado hacia el Sur, entre el mismo cabo y el estrecho de Gibraltar, procedimiento razonable y adecuado. Y claro es que no se puede acomodar en la costa

meridional portuguesa *lo superior* de los lugares marítimos de la Ophiusa.

Y 6.º De cuatro días, á pie, desde Faro hasta la fenicia Tartesos. Antes de mencionar el promontorio Ceprésico y después de describir un prolongado golfo en que los buques necesitaban dos vientos para recorrerlo (v. 174-177), golfo ya mencionado y que de ninguna manera puede acomodarse ante la costa meridional portuguesa, Avieno consigna un viaje á pie de cuatro días hasta el litoral Tartesio y de cinco hasta Málaga (v. 178-182). La traducción del señor Blázquez es fiel versión del texto; pero la acompaña con una larga nota, número 20, que trastorna la narración de Avieno. Bajo el expeditivo pretexto de que no debe hacerse una interpretación gramatical, sino geográfica (criterio injustificable, sobre todo cuando se trata de conceptos precisos y claros), el distinguido escritor convierte la frase concreta de *Tartessiorum litus* (v. 179) en la ciudad fenicia *Tartesos*, de cuya manera presenta un viaje á pie hasta ella y á partir de Ossonoba, sin que el geógrafo romano ofrezca el menor indicio para lo uno ni para lo otro, puesto que designa como término de esta parte del viaje el litoral Tartesio, donde el propio Avieno señala en el río Ana el principio de la campiña Tartesia confinante con los Cynetes (v. 223-224). El Sr. Blázquez, preocupado extraordinariamente con el supuesto viaje y con su exclusiva interpretación geográfica, hace afirmaciones para las cuales no existe la menor base en el texto latino; tales son las de que Avieno, lo mismo que Himilcon *en el regreso* (no se entiende este regreso), hicieron personalmente dicho viaje rodeando la bahía de Huelva, pues Avieno *ya indicó* que la costa entre el Guadiana y Huelva estaba cubierta de maleza y también de islotes fangosos que impedían la aproximación, por cuyo motivo el viaje se hizo por tierra. Todo esto es una distracción lamentable, porque la aludida indicación de Avieno fué con respecto á la vegetación que impedía la marcha de los buques, á la poca profundidad de las aguas, no islotes fangosos, y á los monstruos en que abundaba el golfo Oes-

trymnico (v. 115-129), pero no así al mar que baña el litoral Tartesio desde el río Ana hacia el Este. Y bien; ¿puede acaso quien hace estos cambios censurar severamente á los demás intérpretes del poeta geógrafo romano, sobre todo á los que, con muy leves excepciones, puramente conjeturales y que no alteran el conjunto, nos hemos ajustado al orden de la narración y á la letra del texto?

Siento sinceramente verme obligado á declarar que, en mi concepto, nada de lo expuesto por el Sr. Blázquez ha modificado mi interpretación acerca de la situación del país Oestrymnico y de la Ophiusa en Galicia y Portugal. Por el contrario, mi convencimiento se ha fortalecido al estudiar de buena fe la teoría de aquel notable escritor y al ver que permanecen en pie é incólumes los datos y razonamientos que he presentado. Únicamente continúan mis dudas sobre la identificación de las islas *Agonidas* (v. 212-214), de la *Cautes Sacra* (v. 215) y del *usum castrorum* (v. 220), por más que considero pertinentes mis reflexiones acerca de estos detalles, que por fortuna no son esenciales en la narración de Avieno.

Dicho convencimiento, sin embargo, acaso proviene de juicios poco sólidos, por cuya razón los someto á la decisión de los doctos, dedicando á la vez al Sr. Blázquez los elogios que merecen su inteligencia, su erudición y su laboriosidad, patentizadas en sus elocuentes y brillantes estudios sobre diversas materias. Y termino elevando mis atentos y respetuosos saludos á la insigne Real Sociedad Geográfica de Madrid.

CELSO GARCÍA DE LA RIEGA.

Pontevedra, Diciembre de 1910.

EL VALLE DE ORDESA

POR

D. Luciano Briet ⁽¹⁾

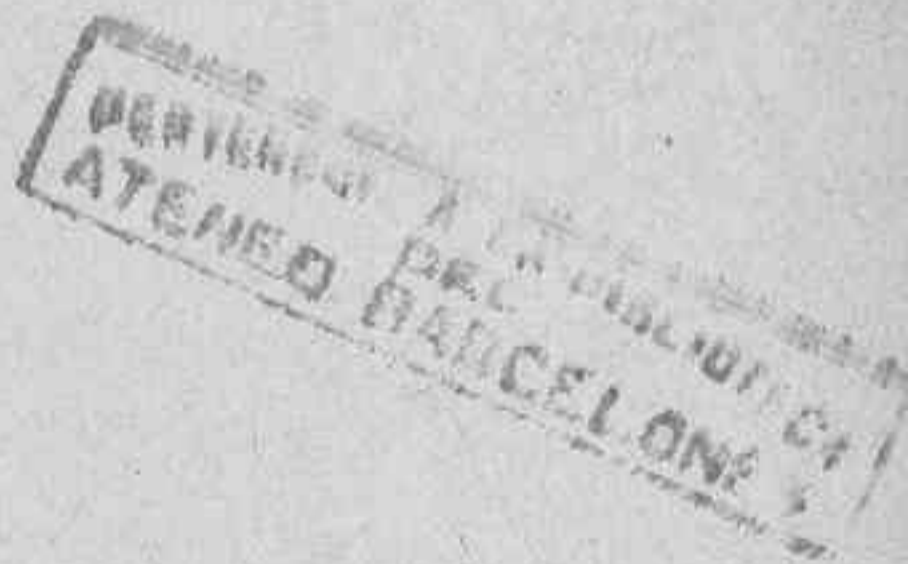
I

Caminos de acceso.

En pleno corazón de los Pirineos centrales se abre un valle que por su forma especial atrae inmediatamente la atención. Puede decirse que afecta la de un signo de interrogación, y la semejanza es tanto mayor cuanto que corresponde al punto en su extremidad el avanzado pico de Otal, contrafuerte de la sierra de Tendeñera. Una cuenca dilatada en dirección de Norte á Sur, por la cual corren las aguas del río Ara, á poco de haber nacido en el monte Vignemale, se une perpendicularmente al valle. Con estos rasgos característicos aparece el valle de Ordesa en los mapas generales, valle ensalzado desde hace cuarenta años por los amantes del Pirineo, mas desconocido por el resto de los viajeros y sin que hasta ahora haya alcanzado la suerte de que se vulgaricen sus encantos.

Aparte del doble interés que el valle de Ordesa ofrece desde sus aspectos pintoresco y geológico, le posee en alto grado para el estudio de la hidrología del macizo del Monte Perdido, ya que constituye un verdadero cañón que rodea

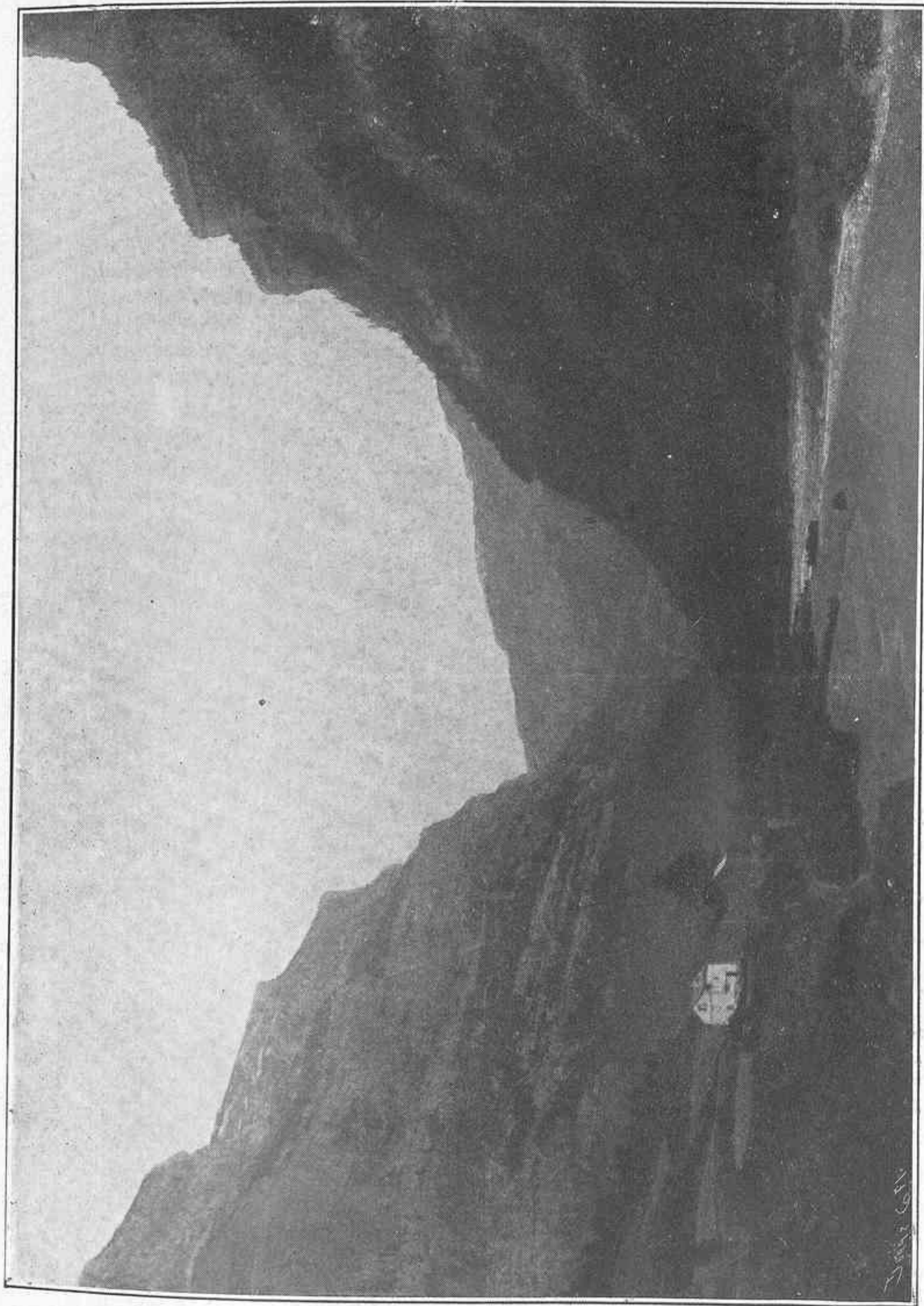
(1) A la amabilidad de nuestro consocio Sr. Briet, debemos las primicias de este trabajo, que se publicará simultáneamente en su original francés y en esta traducción española.



una montaña semejante á una península, separándose después en sentido rectilíneo y en dirección de Este á Oeste. Riégale un torrente llamado también río Ordesa, siendo sus orillas acantilados extraordinariamente escarpados. Por el Sur le cierra una circunvalación montañosa y regular, denominada cresta de Diazas, cortada por dos pasos, las brechas de Goriz y de Arazas, y donde el aspecto del valle resulta imponente y único en el mundo es por el lado Norte, donde tres golfos soberbios y típicos interrumpen el paralelismo general de la cordillera y forman los circos de Soaso, Cotatuero y Salarons, cada uno de los cuales presenta entradas de acceso. El resto de las murallas de Ordesa es inaccesible y están formadas de piedra arenisca y rojiza. En este valle se cuentan cuatro elevaciones, las peñas de la Frocata, de Gallinero, de Mondarruego y de Duascaró, las cuales, bajo el aspecto de fortalezas, parecen servir de defensas á un trono olímpico.

Quien dió primeramente á conocer el valle de Ordesa fué un naturalista francés, natural de Estrasburgo, Luis Ramond de Carbonnières, después de descubrirle al contemplar el Alto Aragón desde la cúspide del Monte Perdido. Se le apareció como una grieta enorme y divergente, cuyas paredes completamente abruptas dividían la meseta de Millaris, llegando hasta el nivel de su base. Así es efectivamente: el valle de Ordesa recoge las aguas de la parte occidental del Marboré, al cual sirve de límite en unión del río Ara y de la divisoria fronteriza; las nieves perpetuas y los neveros que blanquean esta divisoria y también las laderas meridionales de las «Tres Sorores» explican la importancia del caudal del Ordesa y de su afluente el Cotatuero.

El valle de Ordesa mide aproximadamente de 14 á 15 kilómetros de largo por una anchura que varía de 1 á 3 kilómetros. Su extensión máxima se encuentra entre el Cotatuero y el pico de Diazas. En cuanto á su profundidad, aumenta en razón al mayor y más pronunciado declive de la vaguada, y su altura alcanza en la casa de Olivan y en las eminencias más próximas á la misma unos 1.300 me-



El valle de Ordesa desde la casa de Olivan.

Amigo 1911

tros (1). El valle de Ordesa parece tener su origen en una *diaclasia* (2) que estalló en el interior de un macizo de estructura tubular, estratificado horizontalmente y cuya superficie era de elevación superior á la del Monte Perdido. Esta fractura, ensanchada progresivamente por la acción de las aguas subterráneas, quedó al descubierto por ablación, agrandándose merced al concurso de todos los fenómenos destructivos, conmociones y agentes atmosféricos que han contribuído á elaborar el relieve de la superficie terráquea.

En casi todas las descripciones, mapas y documentos donde se menciona al valle de Ordesa, aparece designado impropriamente como *valle de Arrasas*. Quizá ningún otro valle haya sido objeto de denominaciones más diferentes é inseguras: Ramond le da el nombre de *Val d'Ordesa*; Charpentier escribe *Ortessa*; Arbanère, que publicó un «Cuadro de los Pirineos», y después Colómes de Juillan, aceptan el nombre de *Valle de Ordesa*, con el cual es conocido por los aragoneses; Beraldi, acomodándose á la pronunciación francesa, se inclina más á *Ordessa* y aun á *Ordeça*; Tounellé acepta *Val d'Araça*, y Packe *Valle d'Arras*. Aun pueden encontrarse las variantes *Arraces*, *Arrasats*, *Arrasas* y *Arasas* en las publicaciones alpinas, en la «Guía Joanne» y en los mapas de Schrader, así como la de *Arazas* en el mapa Wallon. En vano el Conde Enrique Russel, combatiendo en sus «Recuerdos de un montañés» esta cacofonía toponímica, consignó la observación juiciosa de ser el nombre exacto del valle *Ordesa* y no *Arrasas*, y únicamente el Ingeniero español Sr. Malladas ha empleado con exactitud el nombre de Valle de Ordesa.

(1) Observaciones barométricas del autor calculadas por el Teniente Coronel Mr. Prudent.

(2) Esta palabra, y también en la forma de *diaclastia*, no está incluída en los Diccionarios generales de la lengua castellana, y define en sentido directo un procedimiento quirúrgico anticuado de amputar los miembros, separando los huesos unos de otros por magullamiento y prescindiendo del empleo de cuchillas para dividir las partes blandas, de sierras para seccionar los huesos y de ligaduras permanentes para contener la sangre.

En el sentido figurado en que el Sr. Briet emplea el vocablo, significa el fenómeno geológico de conmoción que ha separado violentamente en pedazos masas pétreas de volumen considerable.—(Nota del traductor).

Motiva esta diversidad de nombres la circunstancia de haber sido franceses procedentes de Francia quienes primeramente dieron á conocer el valle de Ordesa: ninguno de ellos conocía el castellano, y eran sus guías aldeanos de Barèges, prontos á desfigurar la designación de los lugares españoles bautizándolos á su capricho. Actualmente la mayor parte de los picos y de los accidentes del gran macizo calizo son denominados de un modo distinto al empleado desde tiempo inmemorial por los habitantes de Vio y de Broto. Sirva de ejemplo el valle de *Pineta* que fué indicado á Ramond como valle de la *Béousse*. El nombre de Arazas es aplicable solamente á unos terrenos destinados al pastoreo en el valle de Ordesa, situado entre la cueva del Frachinal (1) y el grado de Soaso: desde Goriz al bajar á Ordesa, se atraviesa la montaña de Arazas (2) y se penetra en el sorprendente cañón, y por tal motivo este nombre que llamó la atención de los viajeros les hizo extenderle al del valle en su totalidad. Por causas análogas el nombre de Africa aplicado específicamente á la región tunecina, sirvió más tarde para señalar todo el continente líbico. Debe tenerse en cuenta, por último, que la forma correcta *Arazas* fué recogida y adoptada por Wallon en una época en que los miembros del Club alpino francés aceptaban y divulgaban casi con unanimidad el barbarismo *Arrasas*.

Un viajero que emprendiera una excursión por los Pirineos franceses, haría una buena elección de el pueblo de Gavarnie como punto de partida para visitar el valle de Ordesa. Allí habría de encontrar no solamente las cabalgaduras necesarias para las personas á quienes no seducen las caminatas á pie, sino multitud de recursos excepcionales en hombres y en provisiones, las cuales debería llevar consigo si se decidiera á establecer un campamento en las

(1) Al parecer palabra usada en algunos lugares de Aragón, equivalente á la castellana *fresneda*.

(2) Los habitantes de las dos vertientes del Pirineo denominan *montaña* y *montagne* á todo lugar de gran altitud destinado á pastos, aun cuando se encuentre en valles ó depresiones, sin confundirles con las cimas, que denominan *puntas* ó *pics* respectivamente.

mesetas superiores. Las indicaciones más explícitas utilizables en los diversos itinerarios que pueden elegirse y los gastos aproximados exigidos por cada uno, se encuentran en el cuaderno que llevan consigo todos los guías de la región. Estos precios no son exagerados, y puede afirmarse que en todo momento se estimará bien gastado el dinero, lo cual no ocurre siempre, ni aun viajando: los servicios de un solo guía son susceptibles de ser utilizados á la vez por varias personas. El camino oficial pasa por el puerto de Gavarnie y por la garganta de Bujaruelo, es de herradura y muy poco cuidado, mas su aspecto alegre y romántico es bastante pronunciado para dar al olvido todos sus defectos.

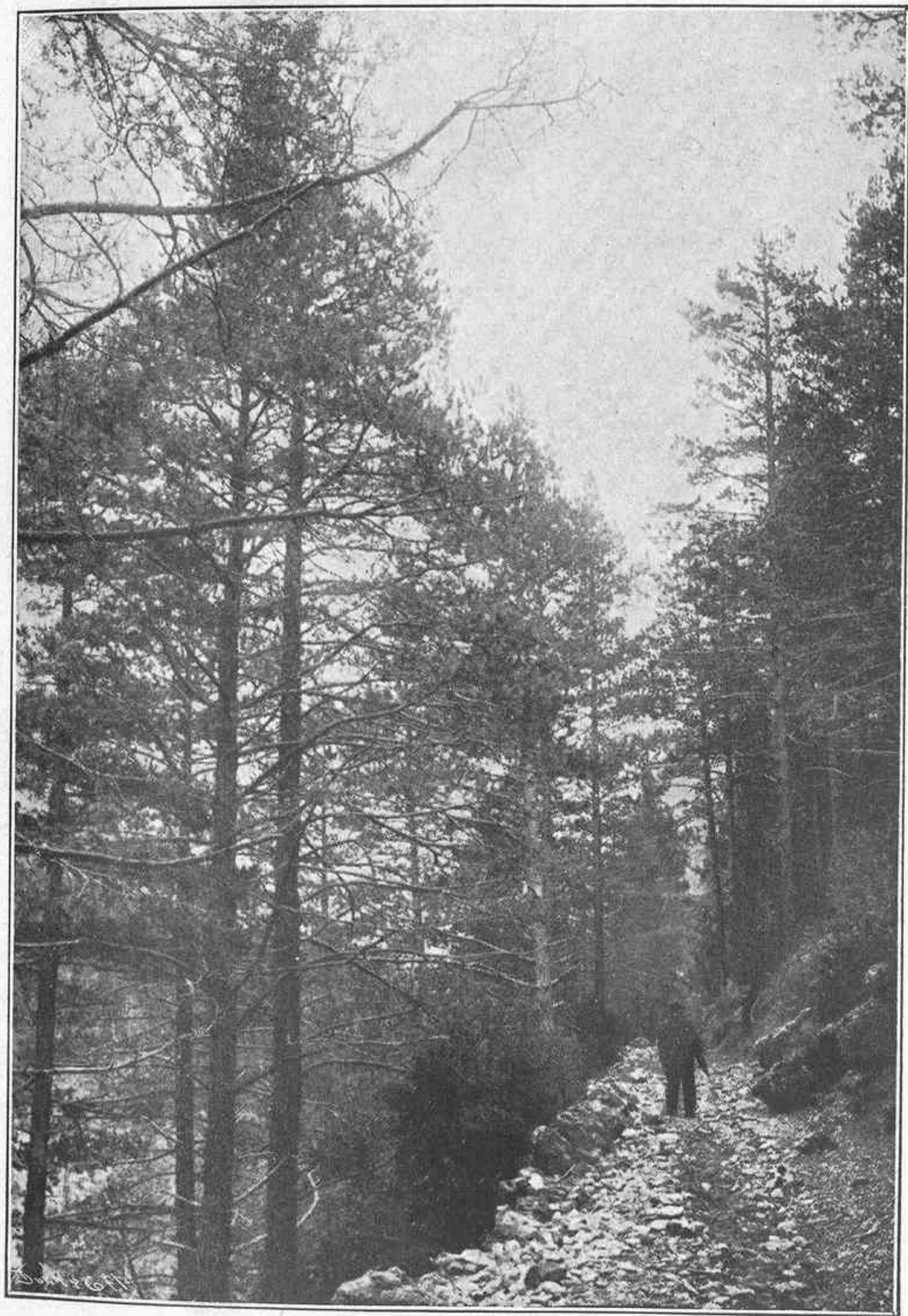
Los españoles que intenten ir á Ordesa, deben tomar como puntos de partida Huesca ó Barbastro. De ser elegida la primera de estas ciudades se utilizará primeramente el ferrocarril de Jaca hasta Sabiñánigo, después la diligencia de Panticosa que conduce á Biescas y de allí, á pie ó á caballo, se llega á Torla por el collado de Cotefablo. Si, por el contrario, se parte de Barbastro, no hay más que llegar á Boltaña y desde allí tomar el camino de Broto, desde donde por un camino de herradura de tres kilómetros se llega á Ordesa.

Como ya queda dicho, el mayor interés del valle de Ordesa consiste en los términos con que recuerda, no por su extensión, pero sí por sus colores y por su estilo, la arquitectura babélica de los cañones más renombrados de América. Produce una sensación de sorpresa especial, que arrebatada, que le constituye en una maravilla aparte; con un sello propio é inconfundible, debido quizá á la variedad de acantilados, de anfiteatros, de cascadas, de praderas y de bosques que encierra en un espacio relativamente reducido. Han sido cantados sus encantos en todos los tonos, han sido magnificados, si así puede decirse; ni aun los viajeros que traían el ánimo cautivado con el recuerdo de los encantos del Colorado han dejado de entusiasmarse ante el Cota-tuero; no es merecedora de lamento, por tanto, la falta de

un camino fácilmente practicable, que aleja del valle de Ordesa el *vulgum pecus*, pero que ha servido para conservar la gracia inédita, la frescura sublime que las grandes escenas de la Naturaleza ofrecen á los ojos de los bienaventurados mortales que las sorprenden.

Una excursión á Ordesa, aun limitada á un simple reconocimiento de la vaguada, exige tres días por lo menos, un plazo más corto es insuficiente. Si al intentar darse cuenta exacta de una catedral gótica se procura primeramente contemplar su amplitud y distribución desde lo alto de las naves y después se examina la planta baja por todos sus lados, no debe olvidarse este procedimiento al explorar el valle de Ordesa. Conviene comenzar por ir desde Gavarnie á Torla, corriéndose hasta Broto, de lo cual no deberán prescindir quienes no hayan estado en España; al día siguiente se prolongará el paseo hasta el circo de Soaso para volver al hotel por la Faja de Pelay, y el tercer día se regresará á Francia por el camino de ida, ó aun mejor, por el Cotatuero y la brecha de Rolando, si las fuerzas físicas lo permiten.

Los peatones que circulen por el Monte Perdido pueden llegar á Ordesa: por la brecha de Goriz, por la de Arazas, por el Cotatuero y por Salarons; para las caballerías no existe otro camino posible que el puerto de Gavarnie, y hay que felicitarse por ello. Desde este puerto se baja á Bujaruelo, después, por la espléndida garganta de este nombre, se llega al puente de los Navarros; en él, y á la vista de Torla, se encuentra el límite del cañón. Comienza en el puente una senda, el camino de la Faja, que conduce á la casa de Oliván directamente; es un atajo que no deja de resultar útil, mas es preferible partir de Torla, cual si se llegara desde las llanuras del Ebro, y entrar en el incomparable valle por el camino de Turieto, cuyo trazado es paralelo al de la Faja y va por la orilla izquierda del río Ordesa; este camino de Turieto es el que cuidan las gentes del país y del cual se sirven para acarrear leñas y materiales de construcción. Desde que la aurora ilumina el cielo, no hay paseo más delicioso que el que conduce á través de la cuenca rústica



El camino de Turieto.

de Torla á la gigantesca desembocadura del valle de Ordesa. ¡Qué espectáculo incomparable constituyen la mole cuadrada de la peña de Mondarruego, entre las peñas de Duascaró y de Lomenas, semejante á un telón de fondo entre dos bastidores! Y no hay temor de que la contemplación fatigue: el paisaje cambia, al cabo de una hora se ha penetrado en el bosque, una hora y media más tarde, dos á lo sumo, el paseo ha terminado.

El camino de Ordesa se confunde á la salida misma de Torla con el de Bujaruelo. Otra senda, menos áspera, parte desde la plaza de la Constitución y se une á la primera en el puente de la Glera (793 metros de altura) que atraviesa el río Ara. La diferencia de nivel con la casa de Viu es de 70 metros. En la orilla opuesta, y abandonando el camino de Diazas, se llega sin obstáculo á la vaguada y á través de setos espesos, mezcla variada de clemátidas, majuelos, saucos y zarza-rosas, entre los cuales se elevan flexibles espinos cargados de moras. Se deja atrás la iglesia de Torla que corona un promontorio, en el cual muros viejísimos, sombríos y sin huellas de puertas ni ventanas acusan que allí hubo un castillo en la Edad Media. Un barranco llamado del Pueblo, corre por bajo de Torla, separando el caserío de la peña Pizzera y de las laderas cubiertas de arbolado de la Selva.

Más abajo del Estatón surge un manantial, la fuente de Taparz; la parte inferior de la cuenca se encuentra fertilizada por algunas acequias, y á la vez que la frescura de las praderas puede admirarse la peña de Mondarruego, cuyo perfil se acentúa progresivamente. El río Ara no perjudica á sus orillas en sus crecidas. Un molino pequeño sirve desde 1908 para producir el fluido eléctrico que ilumina á Torla; los cables conductores se encuentran sostenidos como hilos telegráficos sobre postes separados por distancias cortas.

Desaparece de la vista el contorno anguloso del baluarte titánico de la peña de Duascaró. Frente á ésta se alza la de Lomenas, compuesta de dos pisos; su frente está llena de arrugas formadas por estratificaciones de la piedra, y á sus pies se destaca la mancha blanca de un edificio, la ermita de

San Antonio, sobre un muro jaspeado por su oxidación de hierro y manganeso. Allí vierte sus aguas el barranco de San Antonio, al cual afluye transversalmente el de Tortiastas. Otros tres barrancos se abren en la vertiente occidental de la cuenca de Torla, que son: partiendo del barranco del Pueblo, los de Repetruso, Yarbás y Molino; los dos últimos carecen de la importancia de los demás, y no nacen en la cúspide de la montaña. Al entrar en el cuartel de Leñaluenga que da frente al de Fabatous, se encuentran algunos caminantes que van y vienen de Bujaruelo.

Más allá de las masas de piedra desprendidas de la montaña se sube por senderos, pero no sin tropezar frecuentemente con maderos colocados por los españoles, que proyectan construir por allí un camino de pendiente pronunciada. El sendero se convierte en una cornisa, que por un lado asoma sobre un precipicio y por otro se apoya en rocas abruptas; defendida por un parapeto, esta cornisa ocupa una posición estratégica en el eje de la garganta de Bujaruelo. Se divisa aún desde allí el puente de los Navarros; el estrecho de Azud se desliza entre rocas calizas cubiertas á trechos de bojes, y en el horizonte se perciben cimas desprovistas de vegetación. La vista, tan pronto se separa de este cuadro severo, se detiene ante el abismo en que la cascada del Molineto desarrolla su larga cabellera enmarañada.

El cañón de Ordesa debe clasificarse entre los valles cerrados por un umbral. Su límite se encuentra en nivel más elevado que la vaguada á la cual se une, y no obstante esta circunstancia el río Ordesa une su cauce al del Ara sin precipitar sus aguas, utilizando una grieta que tal vez sea un resto de la diaclasia primitiva que sirvió de línea directriz á la formación del valle, y que desde luego se comprueba se halla constituida por dos hendiduras que se han unido al tomar sus dos direcciones un sentido paralelo. El torrente llega por un cauce, se desvía y cae á la vista del espectador en otro cauce de 50 metros más de profundidad. Alrededor de la cascada del Molineto la vegetación se multiplica, y piedras en forma de sillares se elevan unas sobre otras. Se

dobla un saliente de la muralla y ante el aspecto del Tozal del Mallo que se descubre, se comprende que no eran vanas las promesas de la peña de Mondarruego, esplendorosa y monumental, de mostrar sus interesantes encantos al viajero.

Se encuentran traviesas puestas sobre los cantos rodados, que sirven para facilitar el acopio y el transporte de leñas y maderas. Devastadas por el hacha de los leñadores, las laderas comienzan á perder su cohesión. En la orilla opuesta se alzan aislados y en planos desiguales una granja y alguno terrenos en barbecho, son los campos de Andecastieto, elevados sobre la cueva de Matricapon, abrigo imponente abierto en la roca. Con sus cornisas y sus contrafuertes, la cortina de Mondarruego domina el gigantesco talud, donde negras manchas de bosque desentonan del fondo verde pálido de los musgos.

Se abandona el precipicio atravesando un pinar espeso, pero de árboles poco desarrollados; sus ecos resuenan, sin embargo, á lo lejos. Aun en las mesetas más reducidas el boj se enseñorea del terreno, y la *ramondia pirenaica* con sus hojas aterciopeladas cubre y adorna las rocas de aspecto adusto. Inmediatamente la peña de Gallinero anuncia el Cotatuero, y se entra en los dominios de la Frocata. Las vetas rojizas del terreno que se destacan como llamas de un fuego infernal de entre la espesura de los árboles, producen un efecto extraño, mas siempre interesante.

En su desarrollo por entre los bosques, el camino de Turieto es menos monótono de lo que pudiera suponerse: los murciélagos vuelan por entre las ramas, tras los árboles se alcanza á ver la orilla opuesta desgarrada por barrancos profundos, donde las aguas, después de las tormentas, corren jugando locamente. Restos de antiguos talleres de sierra están señalados por calvas en el monte; es lamentable que este valle que debería ser respetado y atendido como un parque nacional sirva de teatro á actos vandálicos que entristecen el ánimo. El hacha aragonesa sigue procedimientos extraños: no corta los árboles por la parte del tronco

inmediata al suelo, los decapita un metro más arriba, dejando el tronco afeado por muñones medio podridos y de aspecto desagradable. Explícate esta mutilación, contra cuyos autores toda censura, por enérgica que fuese, parecería benévola, por el hecho de que la resina de las raíces, que así quedan intactas, se acumula en ellas al verse privada de su movimiento ascensional, y más tarde, cuando ya se secan, las arrancan los aldeanos, las llevan á su casa y las parten en astillas, que les sirven para alumbrarse. Este es el origen de las teas, cuya luz incierta y vacilante presta color local á las chimeneas campesinas del Alto Aragón, abrigo de muchas personas que allí se congregan junto á los viejos morrillos de hierro.

En medio de esta desolación, algunos arbolillos crecen espontáneamente y consuelan de la despoblación forestal que entristece el valle de Ordesa; mas tales retoños se desarrollan muy penosamente, el ganado trashumante los arranca y sólo se salvan de este peligro si llegan á adquirir sus troncos la dureza suficiente para desafiar los dientes atrevidos de cabras y ovejas; si le salvan, su crecimiento es ya más rápido. Avanzando, el arbolado aumenta: las encinas escasean, pero los pinos rojos se encuentran cada vez en mayor número, llegando á formar sus troncos columnatas innumerables; á la derecha sube un talud en gradación, de donde salen raíces entrelazadas; á la izquierda sólo se ven árboles sobre árboles y á través de árboles. Tropiézase con mil grietas del terreno, reaparece el río Ordesa con las aguas movidas y espumosas, una especie de cabo obliga á retroceder y un acantilado cae sobre el camino, que en este lugar sólo queda en seco en el rigor del estío.

No se presenta oportunidad de contemplar el conjunto del valle anticipadamente; esta desventaja la compensa el excelente aspecto del circo de Salarons, el cual, con su torreón colosal, se desmorona en ruinas grandiosas y trozos de muralla semejantes á una sucesión de parapetos. Por este anfiteatro bajaban en otro tiempo los contrabandistas de la brecha de Rolando, aventurándose por un paso difícil,

que quizá fué el primero en conocer en sus excursiones el Conde Enrique Russell.

La continuidad de la sombra del arbolado produce una frescura poco común en las gargantas españolas. Por la cuenca parece que el cauce del torrente se eleva cada vez más. Una cascada le obstruye, y en seguida puede ganarse la orilla opuesta por un paso formado por unos cuantos troncos unidos apretadamente y cubiertos de grava. El río Ordesa es entonces tan límpido y tan puro que pueden contarse sin esfuerzo los guijarros de su lecho; á la salida del puente el camino se divide en dos: uno de ellos continúa por la pradera y el otro sube por un recuesto, á cuyo final se encuentra la casa de Olivan.

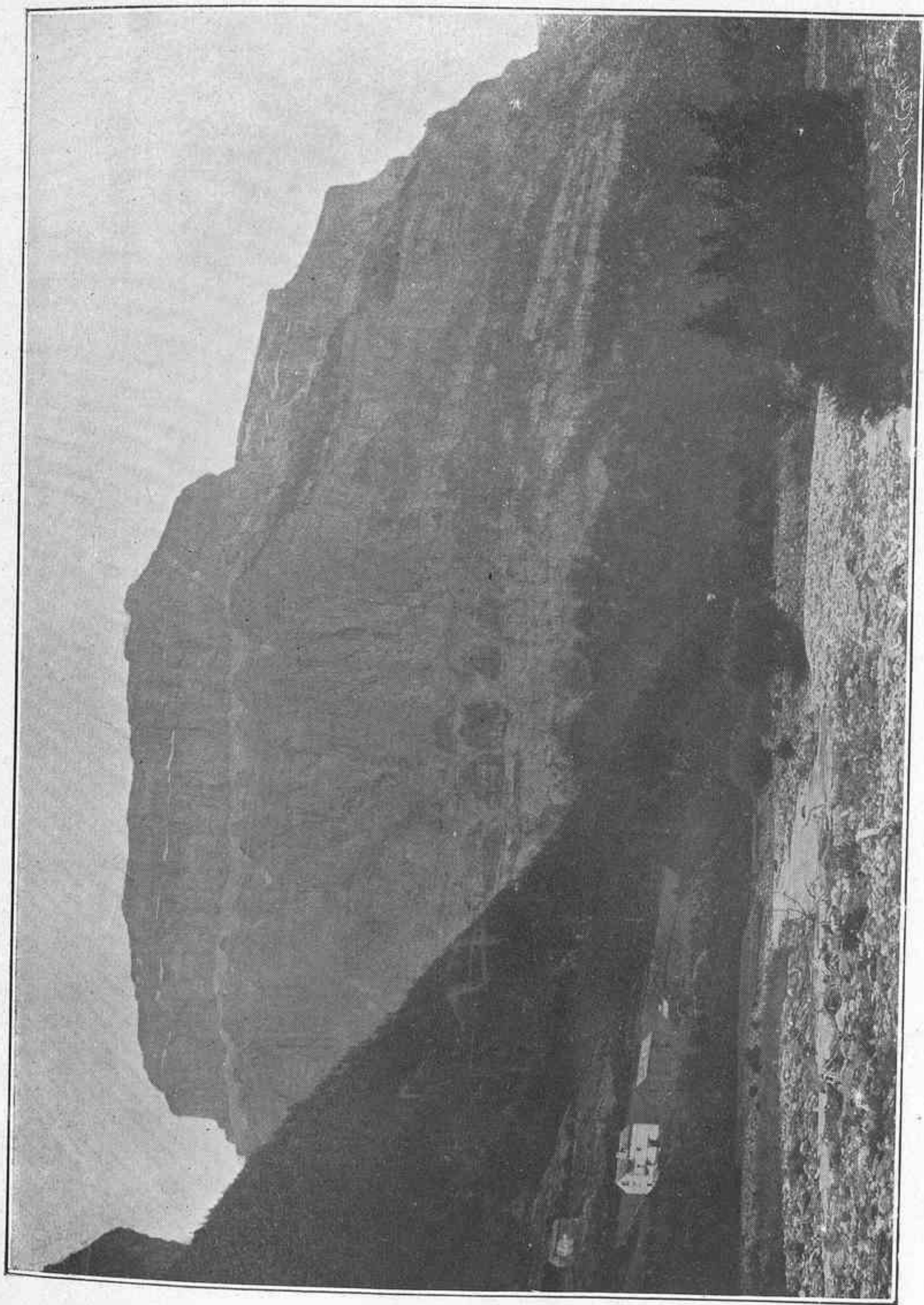
No fué por este camino, fué por la senda de la Faja por donde la primera vez, el 13 de Agosto de 1891, una buena estrella me guió hasta Ordesa; había partido de Gavarnie con Hourine y nos había sido forzoso almorzar en Bujaruelo, y tanto me entretuve impresionando placas fotográficas en las gargantas, que nos sorprendió la noche al llegar al puente de los Navarros. Por este motivo mis recuerdos de los lugares recorridos desde el puente á la casa de Olivan quedaron muy borrosos: perdimos el camino, saltamos una cerca; después, en la obscuridad, el sendero le encontramos tan detestable que al dar con la casa, ó por mejor decir, al percibir sus ventanas iluminadas, no pude contener un grito de alegría. Allí se encontraban, conducidos por el valiente guía Poc, seis bordeleses, entre ellos una señora, en cuya agradable compañía visité en el día 14 la vaguada; al caer el crepúsculo llegamos á la casa de Viu, donde, de común acuerdo, descansamos durante todo el día de la Asunción; el 16 quise contemplar de nuevo las praderías de Ordesa, y no regresé hasta por la noche al *Hôtel des voyageurs*, cansadísimo, pero conquistado por la belleza de los Pirineos españoles.

El camino de la Faja se divide en tres trozos, sucediéndose el uno al otro: el de Lenar, el de Andescastieto y el de la Faja, propiamente dicho.

Va el primer trozo del puente de los Navarros (1.064 me-

tros de altura) á los campos de Andescastieto; comienza junto á las ruinas de una choza, que hacia 1850 levantaron los constructores del puente para su abrigo; estos obreros eran navarros. El camino de Lenar continúa inmediatamente por el umbral de Ordesa; sobre terraplenes poco seguros sube serpenteando y evitando con sus rodeos los obstáculos del terreno. Cerca del abismo, que ningún accidente anuncia, y al pasar á lo largo de un muro, separándose unos pasos se encuentra un *lapiaz*. Se trata de una afloración caliza sobre la cual aparecen en recortes y hendiduras formas de cúpulas, aristas afiladas, agujeros redondeados y grietas entrecruzadas; los intersticios de las piedras se encuentran llenos de tierra y aun de míseros arbolillos. Los naturales del país denominan á este sitio «El Lenar», nombre que llevan asimismo el cuartel y el camino. Son bastante frecuentes en Aragón estas superficies de rocas pulimentadas en su superficie y agrietadas, agujereadas y hendidas en todos sentidos, que llevan el nombre de *lapiaz* en Saboya, de *râcles* ó *rascles* en el Delfinado, de *schrattenfelder* y de *karrenfelder* en el Tirol. La palabra *lenar* es un provincialismo aragonés que merece incorporarse á la nomenclatura geológica, y cuya introducción me atrevería á proponer después de explorar con mayor detenimiento los terrenos de Ordesa.

Conviene continuar hacia la derecha sin vacilaciones, para no extraviarse y no tomar equivocadamente el ramal de camino que conduce á la parte superior de los campos de Andescastieto. Estos pertenecen á los vecinos de Torla. Se pasa junto á una borda ó granja (1.182 metros de altura) y después se sube un poco, debiendo ser tenido en cuenta que desde entonces el camino de Lenar se convierte ya en el de Andescastieto. A la altura de la curva de Matricapon se contempla de nuevo un paisaje poco atractivo. Poco después un entrante de la orilla que corresponde con un cabo de la opuesta cierran el valle y forman un estrecho semejante al que obstruye la salida del valle de Estaubé en Francia. Tras dicho entrante el camino sigue por una cornisa



La Frocata.

rocosa, la Faja, donde mi guía Joaquín mató cierto día una víbora que se había escondido bajo una piedra achatada al sentir el ruido de nuestros pasos. También en Ordesa se encuentran culebras, y de relativa corpulencia.

Desde el balcón de la Faja se disfruta de una primera vista de frente del famoso cañón. Se percibe la depresión de su extensa cuenca silvestre, desde cuyo fondo viene el río Ordesa, mientras que en su ámbito se alza el contorno de Diazas, y el monte Arruebo sobre las elevaciones de la Frocata presenta el aspecto de un Dios. Una cortina almenada cierra el horizonte, los dos pisos de la peña de Duascaró se repasan entre glasis de tintes fúnebres. ¡Y cuán extremados son la sencillez, el arte, el lujo, la elegancia con que estas crestas, estas montañas y estos colores se diversifican en un espacio limitado por rocas inmensas!

Se avanza primeramente por terrenos abiertos, después comienza el bosque: se agrupan los árboles corpulentos, se espacian más adelante enlazando sus ramajes, encimando sus troncos arrugados, tropezando con otros troncos más separados; la mirada se extiende, sin embargo, libremente y aprovechando perspectivas más ó menos amplias, pero agradables siempre. Se experimenta la sensación de caminar bajo una bóveda de gasa translúcida y sobre un tapiz blando. Las calvas de la montaña son menos frecuentes que en el camino de Turieto; el silencio tiene algo de religioso, y al cruzar el barranco de la Canal y al pie del Tozal del Mallo cambia el espectáculo.

La selva augusta se convierte en un campo de helechos y el sol le inunda con sus rayos de oro; á intervalos levantan sus penachos brezos rosáceos, otras hierbas altas y las sempiternas copas de los bojés. Al borde del cauce del río Ordesa los árboles han sido respetados. Un fragmento de la peña Duascaró semeja un torreón. El barranco de Carriata que se encuentra seguidamente recuerda el de la Canal; es un derrumbadero de escombros, de guijarros y de losas informes, que desprendiéndose continuamente de las rocas parece venir de las nubes.

Unos pasos más y el bosque termina definitivamente. Plantas gramíneas, rodeadas de zarzas, constituyen conjuntamente un pasto de que los ganados se alimentan en el mes de Julio. Encuéntrase ya alguna tierra labrantía, y si la siega no ha echado por tierra las espigas precisa dar un rodeo por una linde y después á través de un prado. La jornada ha terminado, puede el Eterno ser adorado en su templo; nos encontramos en el centro del valle de Ordesa.

II

La casa de Olivan y sus alrededores.

En su origen, la casa de Olivan no era más que una granja donde se encerraban el trigo, las patatas y el heno que se recolectaban en sus inmediaciones.

Su situación atrajo la atención, hacia 1846, de los extranjeros que llegaban á Ordesa para cazar gamuzas y rebecos. Allí se instalaron, comprendiendo que bajo su techumbre se guarecían mucho mejor que bajo las lonas de una tienda de campaña, y allí establecieron en años consecutivos su cuartel general.

Aparte de sus cámaras, el edificio, al igual que todas las *bordas* alejadas de poblado, contenía una habitación provista de un hogar y dedicada á cocina. Era su propietario un cierto Olivan, de Torla, cuya casa, situada algo más abajo que la casa de Viu, también ostentaba en su fachada un escudo de armas; el de los Olubanes. Este sujeto había aprovechado las oportunidades de sacar partido de su casita, ya que los huéspedes que á ella acudían pagaban generosamente su estancia, y les suministraba pan, vino y carne de carnero en cuantas ocasiones los preparativos de una excursión exigían un aprovisionamiento.

Cautivados solamente por su pasión de la caza, los huéspedes de Olivan no se ocupaban de dar á conocer las maravillas de los lugares por donde discurrían, y hasta treinta años después, siguiendo las huellas de Packe y de Lequeutre, como hemos de explicarlo en un capítulo histórico, no

llegaron á Ordesa los primeros viajeros; y el éxito del descubrimiento del famoso cañón fué tal, que á raíz de un Congreso celebrado en 1880 en Gavarnie por el Club alpino francés, 50 personas, formando caravana, se propusieron pernoctar en la casa de Olivan.

Ya iniciado este impulso, las excursiones se sucedieron. A las visitas de los *nemrodes* al valle de Ordesa siguieron las de otros grupos entusiastas. Surgió en el Sr. Olivan una idea, y como hombre práctico y avisado comprendió que podía explotar con fortuna un negocio, y en 1885 añadió á su cabaña un anejo con camas. Las dimensiones de las cámaras quedaron á la vez reducidas, de modo que junto á la cocina se pudieron habilitar dos pequeñas habitaciones. Noticiosa de estas mejoras la Sección del Sudoeste del Club alpino francés, para la cual nada de cuanto acontece en los Pirineos es indiferente, las ensalzó y las dió á conocer *urbi et orbe* en su *Boletín* (1); no en balde facilitaban la estancia en Ordesa, en el seno del «parque más espléndido que pudiera soñarse». Y la noticia no resultó ineficaz, ya que desde su publicación menudeó la concurrencia de viajeros en el valle.

En 1891 la casa de Olivan se me apareció como una construcción alargada y baja. Medianamente revocada, se veía de lado coronada en uno de sus ángulos por una chimenea achatada. Las pizarras que componían su tejado parecían aplastarla. No lejos de la puerta, una losa embutida en la pared contenía una leyenda que incitaba á la reflexión:

1553.—MEMENTO : MORI :

con las letras M y E enlazadas.

Aun parece que me encuentro en el cuarto en que me instalaron y el cual sirve actualmente de comunicación entre la cocina y el comedor, provisto siempre de un colchón, aprovechable en caso de gran concurrencia de huéspedes. Cenaba con mi guía, ante un fuego vivo sobre cuyas brasas se asaban admirablemente unas chuletas. En una altitud en que las noches son frescas y donde sólo se tropieza con

(1) Número 18, Enero de 1886, página 77.

humildes majadas de pastores, esta casa me produjo el efecto de un paraíso, y aun cuando uno de los cristales de la ventana del cuarto había desaparecido, bendije con todo mi corazón las iniciativas del Sr. Olivan, que me permitían contemplar al abrigo de la intemperie el mágico espectáculo del valle de Ordesa, iluminado por la luz de la luna.

El Sr. Olivan se llamaba en realidad D. José Puey; mas, según costumbre de los montañeses del Pirineo, se le designaba de ordinario con el apellido Olivan, nombre del antiguo propietario de la casa que habitaba y con cuya hija se había casado. Al morir éste dejó, entre otros hijos, dos hembras, y la casa se adjudicó á la menor, Dolores, casada con Ramón, el segundo de los cinco hijos de la casa de Viu, quien en su infancia había aprendido el francés en Luz. Conocedor de los medios que en la comarca de Barèges se utilizaban para atraer á los extranjeros, se propuso establecerse en Ordesa durante la estación veraniega y proporcionar comodidades á los viajeros. La casa de Olivan, bajo su dirección inteligente, se convirtió en fonda, análoga á la que Lacoste-Palasset explotó durante bastante tiempo en el Caousillet, á la entrada del circo de Gavarnie. En 1908 Ramón suprimió las cámaras convirtiéndolas en comedor, y construyó un segundo piso en la parte derecha del edificio; este segundo piso le distribuyó, aparte de un retrete, en dos habitaciones con tres camas cada una. En cuanto á la planta baja, la dejó en su estado anterior, destinándola á albergue de los guías. Ramón cuidó de conservar la puerta antigua, en la cual se leían multitud de nombres grabados con cuchillo, los cuales durante varios lustros han sido el único registro de los huéspedes de la casa de Olivan, página de madera blanca, pero página no desprovista de valor en los anales del macizo del Monte Perdido. Una capa de cal ha ocultado la famosa inscripción latina, por haber temido Ramón, sin duda alguna, que aquel «hermano morir habemos» sonara mal en los oídos de sus clientes, cuando se disponían á franquear la cornisa de Salarons ó las curvas de los desfladeros del Cotatuero.

Actualmente se está muy bien en Ordesa, y tengo autoridad para decirlo, ya que allí he residido durante tres semanas, del 10 al 28 de Septiembre de 1909. Cediendo á mis deseos, cuantas veces me encontraba solo me hacía servir la comida á la española; en el campo mi estómago se acomoda á todo y *tras los montes* encuentro aceptable un buen puchero, como la encuentro una garbusa saboreada á las orillas de la Gave de Héas. Ramón, á fuerza de escuchar las críticas de los extranjeros sobre el empleo del aceite en los guisos, ha resuelto substituirle con la manteca de cerdo. De ordinario no sirve comidas recalentadas; el viajero puede contemplar sentado al fuego y como si estuviera en su propia casa las faenas de la cocinera entre sus cacerolas. Falta el lujo, pero se disfruta de una libertad amplia, que regocija á los mortales hastiados de mesas redondas y de los convencionalismos de cuantos en ellas toman asiento. Esta es la verdadera mansión campestre, la cantada por Virgilio, Horacio y Boileau:

Tout ce qu'on boit est bon, tout ce qu'on mange est sain,
La maison le fournit, la fermière l'ordonne,
Et mieux que Bergerat l'appetit l'assaisonne (1).

Los platos son en número limitado: carnero, aves, huevos, jamón exquisito, conservas, postres variados, y en días señalados entremeses. Para el desayuno, siempre acompañado de manteca, lo cual es muy raro en Aragón, dos hermosas vacas pacen en los alrededores, y á estos animales se ordeña con tanta prodigalidad que á la vuelta de una excursión fatigosa pueden proporcionar sopas de leche en abundancia. No hay salón de baile, ni mesas de *baccarat*, sólo brindan con sus recreos el bosque y las rocas, de lo más hermoso uno y otras que puede ser apetecido. La única contingencia desagradable que hay que temer es la de la lluvia, que impide los paseos, pero que brinda con el espec-

(1) BOILEAU.—Epístola IV dirigida á Lamignon sobre las *Delicias del campo*. Bergerat, á quien alude el último verso, era un hostelero de París que gozaba de gran renombre entre los gastrónomos de la época de Luis XIV.—*Nota del traductor*.



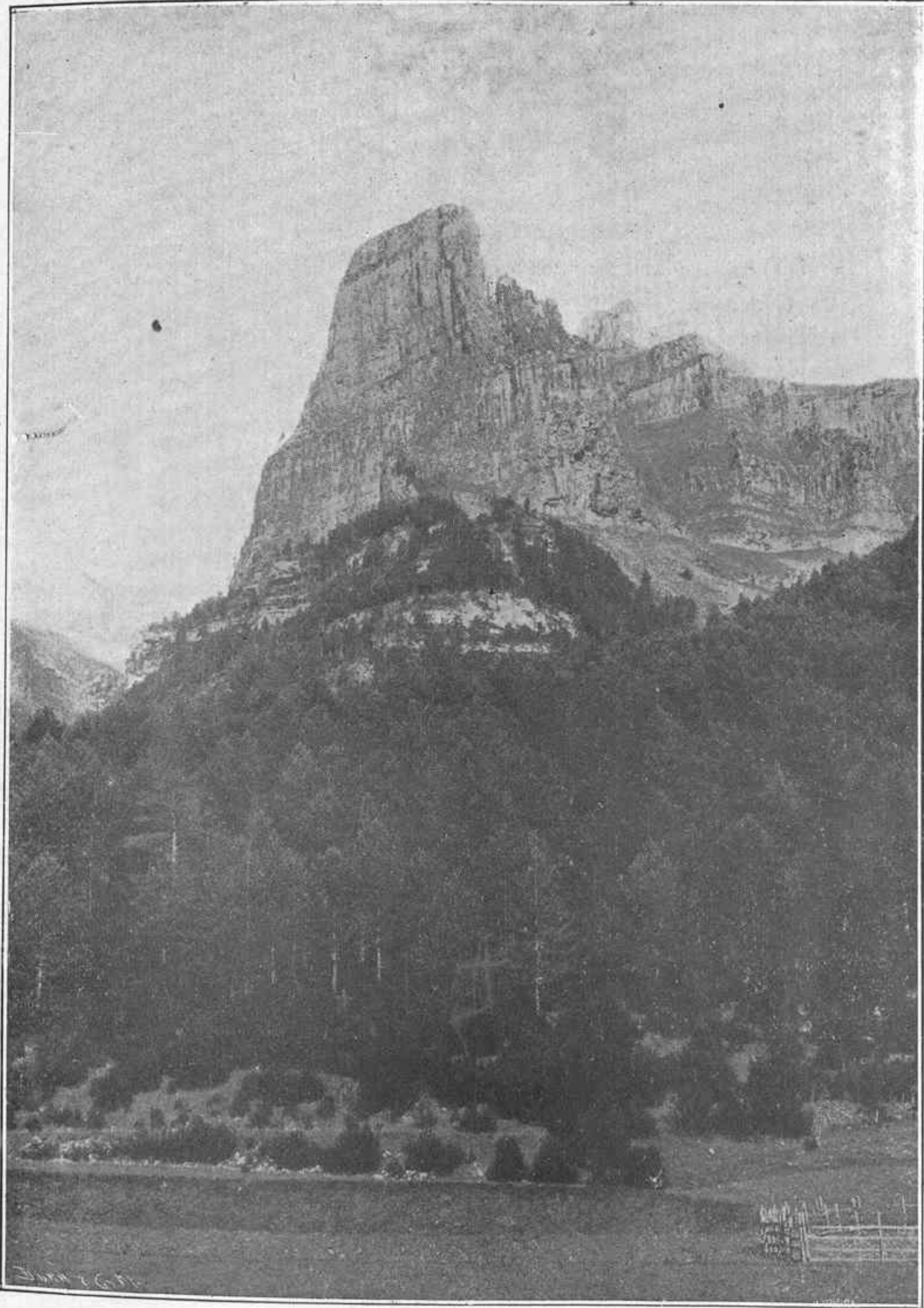
táculo interesante de ver cubiertas de arroyuelos las murallas calcinadas de Ordesa.

Un deber de historiógrafo imparcial y concienzudo obliga á señalar la concurrencia que se ha establecido frente á la casa de Olivan desde hace algunos años y de la cual saldrán gananciosos los viajeros en lo futuro. Impulsado por móviles que no hay para qué examinar, el marido de la hermana mayor de Dolores, Raimundo Verger, de origen francés por su padre é inmigrado hace tiempo en el país de Broto, ha comprado en la cuenca de Ordesa un terreno, donde ha edificado una casa calificada pomposamente de *Hotel de la brecha de Rolando* en las *Guías Joanne* y en las hojas de anuncios del *Bulletin Pyrénéen*. Desde el terraplén de la casa de Olivan se divisa perfectamente esta nueva posada.

Cuando decidí ir á Ordesa para escribir la presente monografía, Verger se hubiera congratulado de albergarme bajo su techo; mas mis antiguas y excelentes relaciones con los Viu me impidieron acceder á su deseo. ¿Tendrá éxito su empresa?

De transformarse el camino del puerto de Gavarnie en una verdadera carretera habría negocio para dos en el valle de Ordesa; es más, una fonda importante podría allí instalarse segura de obtener provechos siempre en aumento. El resultado de esta aventura puede predecirse: Ramón y Verger se han enemistado y sus mujeres ni aun se saludan. Al refugiarme bajo el Salarons creí aislarme momentáneamente de las miserias humanas, y, sin embargo, vuelvo á encontrarlas en este valle desierto, semejantes á fantasmas, pero vivaces y agitadas, al igual que en los vastos centros de población, donde la lucha por la vida desencadena tantos intereses y tan diversos egoísmos.

Un prado siempre verde se extiende ante la puerta de la casa de Olivan; en los días calurosos los huéspedes comen al aire libre, á modo de alegres Robinsones, bajo una enramada sostenida por pies derechos. Unos cobertizos destinados á establo y á gallinero y un sembrado de patatas



El Tozal del Mallo.

completan la modesta finca. El panorama que se abarca desde la puerta nunca será alabado cuanto merece. El prado forma terraplén por el lado del Este, sobre una explanada por donde el torrente discurre entre islotes plantados de sauces melancólicos. A pesar de la altura considerable de las montañas, el valle no produce impresión de ahogo; Diazas, sombría y empinada, está coronada por salientes de la roca llenos de vegetación; mas es la Frocata el mayor atractivo de la vista, tanto por la regularidad de sus líneas como por la enormidad de su masa. Las dos vertientes se entrecruzan más allá en sus bases, ante una muralla oblicua, en formas parecidas á cubos y almenas, y cuyo conjunto recuerda el de una ciudad de leyenda; el cielo azul se oscurece de vez en cuando por *cumulus* que van hacia las Tres Sorores como atraídos por un imán.

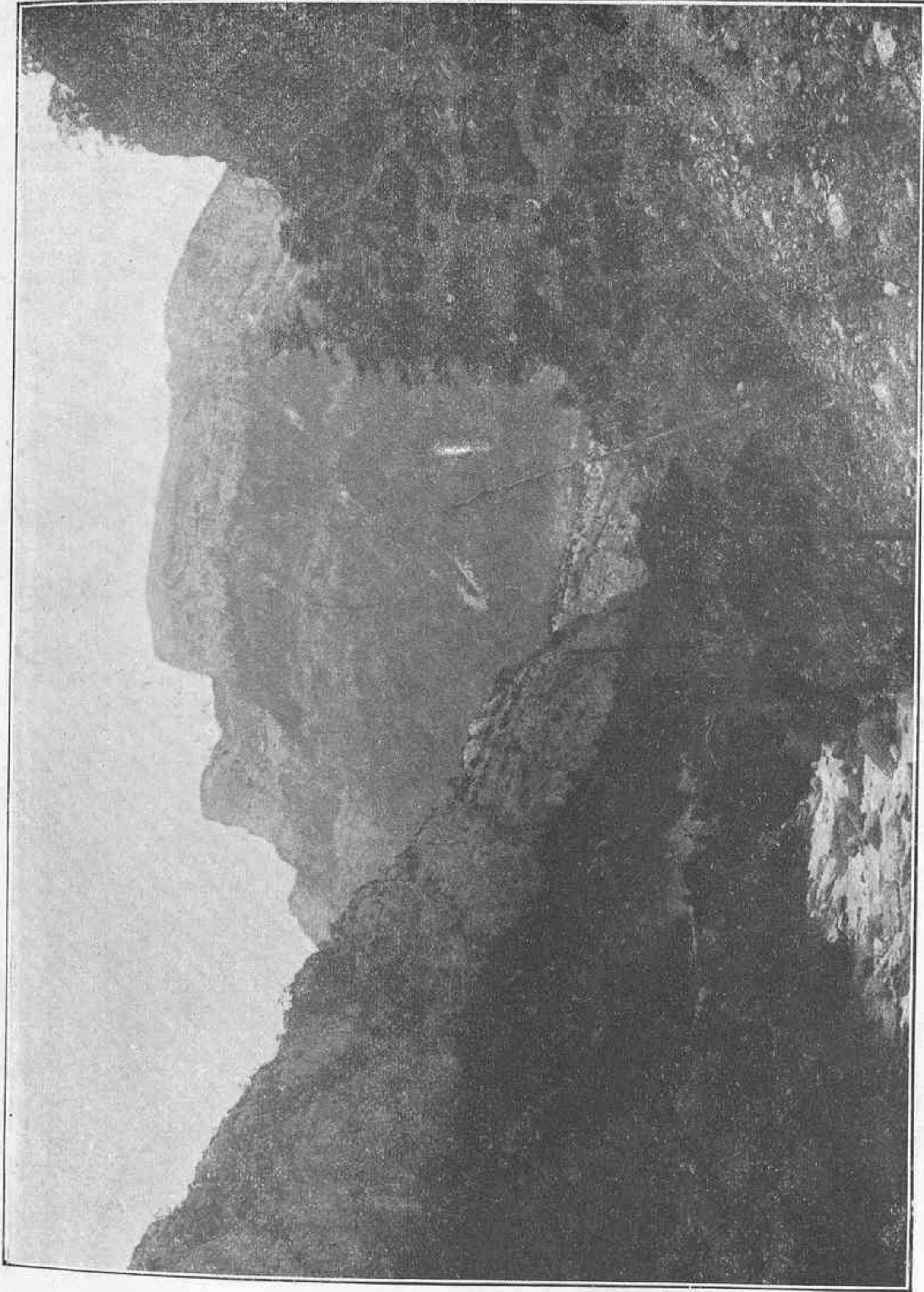
A la izquierda, la peña de Gallinero parece que amenaza desplomarse sobre la cabeza del espectador. Laderas gigantes, desgarradas por barrancos y cubiertas de árboles, sirven de pedestal á la masa rocosa que se extiende desde el circo de Salarons hasta el de Cotatuero. El saco de Gallinero es un muro rojizo que en su parte superior sustenta un prado pequeño de superficie triangular, que de estar sometido á un clima igual al de los Altos Alpes se hubiera convertido en un glaciar. Los habitantes de Torla, que utilizan los pastos de estos lugares, se ven precisados á arrastrar las cabras por la cabeza ó á empujarlas por el cuarto trasero para que trepen por las sendas, mas una vez en los prados engordan maravillosamente y son en ellos sacrificadas, ya que por sí solas les sería muy difícil abandonarlos. Las cornisas que circundan el saco de Gallinero se denominan Las Cambras, y la parte de selva que confina con el Cotatuero recibe el nombre de Selva de Ballazan.

El Tozal del Mallo llama desde luego la atención por su aspecto esbelto. Semeja á un torreón que por azar hubiera permanecido en pie, resto de un palacio derruido de los descritos en los libros de caballerías. Hay á sus pies un arbolado espeso, donde á buena luz se destacan unas sobre

otras manchas verdes de diferentes tonos; de trecho en trecho el esqueleto de un tronco seco rompe la armonía de la explosión de la vida vegetal exuberante. En las inmediaciones de la roca la masa de los pinos no es tan compacta y se percibe perfectamente su ascensión gradual; este lugar se denomina Los Igüerros. Un trozo de la peña de Mondarruego se divisa hacia el Oeste, horadado por el barranco de la Canal, mas sin que este accidente quite nada á su aspecto gracioso de ruina feudal, debido á su color rojizo y dorado, de menor interés, sin embargo, que el sorprendente torreón que se alza á su lado.

Entre el Tozal del Mallo y la peña de Gallinero se abre el circo de Salarons. Para abarcar con la vista, en lo posible, el conjunto de este anfiteatro precisa avanzar hasta la desembocadura del camino de la Faja, en el lindero de la propiedad de Olivan; desde allí puede apreciarse todo su desarrollo en mármoles y piedras areniscas. No anima el paisaje ninguna cascada, y las murallas quedan abiertas en sentido vertical y hacia la derecha por dos barrancos secos, cuyos cauces formando escalones parecen practicables, encontrándose en ellos efectivamente el paso de Salarons. Todos los demás sitios resultan impracticables aun para el alpinista más arrojado. El interior del circo de Salarons se encuentra tapizado de pendientes cubiertas de musgo; á lo lejos aparentan ser de acceso fácil, mas al aproximarse á ellas se comprende la imposibilidad de escalarlas; estos terrenos de pasto, abruptos y agrietados por estratificaciones horizontales, alimentan durante el estío un rebaño de carneros y forman la montaña de Carriata, denominación extendida al barranco seco que baja en pendiente rápida y transversalmente á su lado; esta curiosidad permanece parcialmente oculta por un verdadero dique de verdes arbustos.

Un seto y algunos trozos de piedra esparcidos ocultan el límite del valle de Ordesa. Este límite se abre como para mostrar la punta del Otal (2.710 metros de altitud), que la mayor parte de los guías de Barèges, y he podido comprobarlo personalmente, confunden con el pico de Tendeñera,



La peña de Duascaró desde la garganta de Bujaruelo.

sin que sea explicable la confusión, ya que sus estribaciones puntiagudas revisten á esta montaña de caracteres distintivos especiales y se aprecian desde lo alto del puerto de Gavarnie. El barranco de Turbon separa la punta del Otal de un pico más bajo y de nombre discutible: Gabiedou, Gabieto ó Litro (2.354 metros de altitud), perteneciente á la sierra de Mondiniero. Elevada sobre la garganta de Bujaruelo se descubre la peña de Lomenas, circundada de rocas desnudas de colores claros, de escombros cenicientos que despiertan la idea de un desierto bíblico maldito por Jehová.

La peña de Duascarro interesa á su vez, después la mirada vuelve de nuevo hacia Diazas y hacia la casa de Olivan, con sus esquinas toscamente pintadas y que se destaca como un biombo sobre el fondo del paisaje. El pinar es por este lado más áspero y más triste, sin duda por hallarse en posición menos expuesta al sol; por eso está habitado por los rebecos, que en él pretenden encontrar una guarida, un abrigo inaccesible, un asilo inviolable, en el cual se encuentran libres del peligro de los ojeos. Bajo la peña de Duascarro la sombra es permanente; son típicos estos precipicios húmedos y fecundos de la vertiente meridional, mas para atravesarlos y sortear sus dificultades precisa cierta destreza, de no poseerla hay exposición á titubear, aun á extraviarse, sin llegar á descubrir los puntos practicables, que no suelen ser otros que una cornisa elevada ó una senda abierta á pico.

La vuelta al horizonte de que acabamos de dar una ligera idea demuestra, no tan sólo el esplendor y la originalidad del valle de Ordesa, sino también lo diferentes que son los Pirineos españoles de los franceses, metamorfosis que se produce sin transición, puesto que el circo de Gavarnie y el valle de Ordesa sólo están separados por un macizo de 5 á 6 kilómetros de espesor.

Por grandioso que resulte el espectáculo, no bastaría por sí solo para justificar, cual lo merece, la inmensa reputación de belleza de este sitio. Otras terrazas existen con vistas más atrayentes, y los aficionados á contemplarlas no deben

limitarse á permanecer inmóviles junto á la casa de Olivan, deben seguir más adelante, cruzando el bosque, atravesando las praderas, que invitan con su hermoso aspecto á recorrerlas; el encanto del valle de Ordesa no es apreciado hasta llegar al Cotatuero.

Retrocedamos para ello por el camino de Turieto, que se prolonga más allá de Ordesa, por la orilla izquierda del torrente cuyas aguas borbotean; desde allí vemos de nuevo el Tozal del Mallo y apreciamos sus accidentes, así como la casa de Olivan, rodeada de zarzas. Las crecidas cambian con frecuencia la forma y la dirección de los brazos en que las aguas dividen su curso, y la vaguada se ofrece como una extensa llanura que sirve para apreciar el triunfo de la Frocata, enorgullecida y ostentosa en su monstruosa gallardía. Como verdaderamente soberana, se aísla en medio de fantásticas murallas; el espectáculo puede compararse al de un templo indio empezado á edificar. A guisa de adornos esculturales destinados á su embellecimiento, grupos de pinos, escombros, piedras salientes, cornisas, umbrías, se multiplican en las laderas; es un tronco de pirámide, un pedestal, compuesto por un zócalo, un cubo y un plinto de proporciones más que babélicas, y que al parecer espera con una serenidad llena de audacia la representación en bronce capaz de simbolizar la cordillera que se extiende desde Biarritz al cabo de Creus.

Ya no se ve el río que se aleja, á poco deja también de oírse el rumor de su corriente; el camino huella una pradera que brinda al ensueño, *molles somni*, y á los recuerdos poéticos; esparcidas en ella las hayas, ya agrupadas ya solitarias, se diseminan en gran extensión; algunas como hermanas gemelas tienen un tronco común; los bojés, que parecen plantados y cuidados artificialmente, forman coronas de verdura alrededor de las hayas cubiertas de hojas, que á su vez parecen también plantadas en tiestos escondidos en la tierra. Troncos alineados y aun sin descortezar yacen en tierra de trecho en trecho y su vista comienza á despertar la indignación por los estragos irreparables causados en

este fresco Tempe (1); alternan después campos rasos con campos cubiertos de maleza, y asalta el temor, cual si se estuviera en un coto vedado, de espantar la caza, y en ciertos momentos se desea acampar como explorador perdido en las profundidades de una sierra; nos encontramos en el extremo de la Lana del Caballo y entramos en la espesura del bosque (2).

Un etimologista se sorprenderá sin duda al encontrarse á quema-ropa con la palabra *lana* usada en el departamento de los Altos Pirineos, donde se encuentran la meseta de Lannemezan y la llanura de Lanne-Mourine. Según el Conde de Vandreuil, en otros tiempos se decía las *Lanes* de Burdeos y no las *Landes* (3). En celta, *lan* equivale á llanura; *Mediolanum*, ciudad situada en el llano. No debe olvidarse que *lane* recuerda *lance*, palabra que en Auvernia designa las llanuras unidas en las comarcas montañosas, lo cual explica la significación de Allanz, meseta situada al Este y por cima de Gavarnie, bajo el cono elevado de Pimené, y cuya denominación se debe probablemente á los pastores aragoneses, sus primitivos ocupantes.

Determinados gigantes del reino vegetal, cuya edad no ha influido en su robustez, evocan el recuerdo de muchos siglos pasados. Cada vez con mayor empuje el terreno se ve invadido por el bosque, cuyo desarrollo priva de la contemplación de las torres y picachos suspendidos tras sus frondas. Más adelante la muralla de rocas se extiende desmesuradamente y á modo de escudo cubre el horizonte

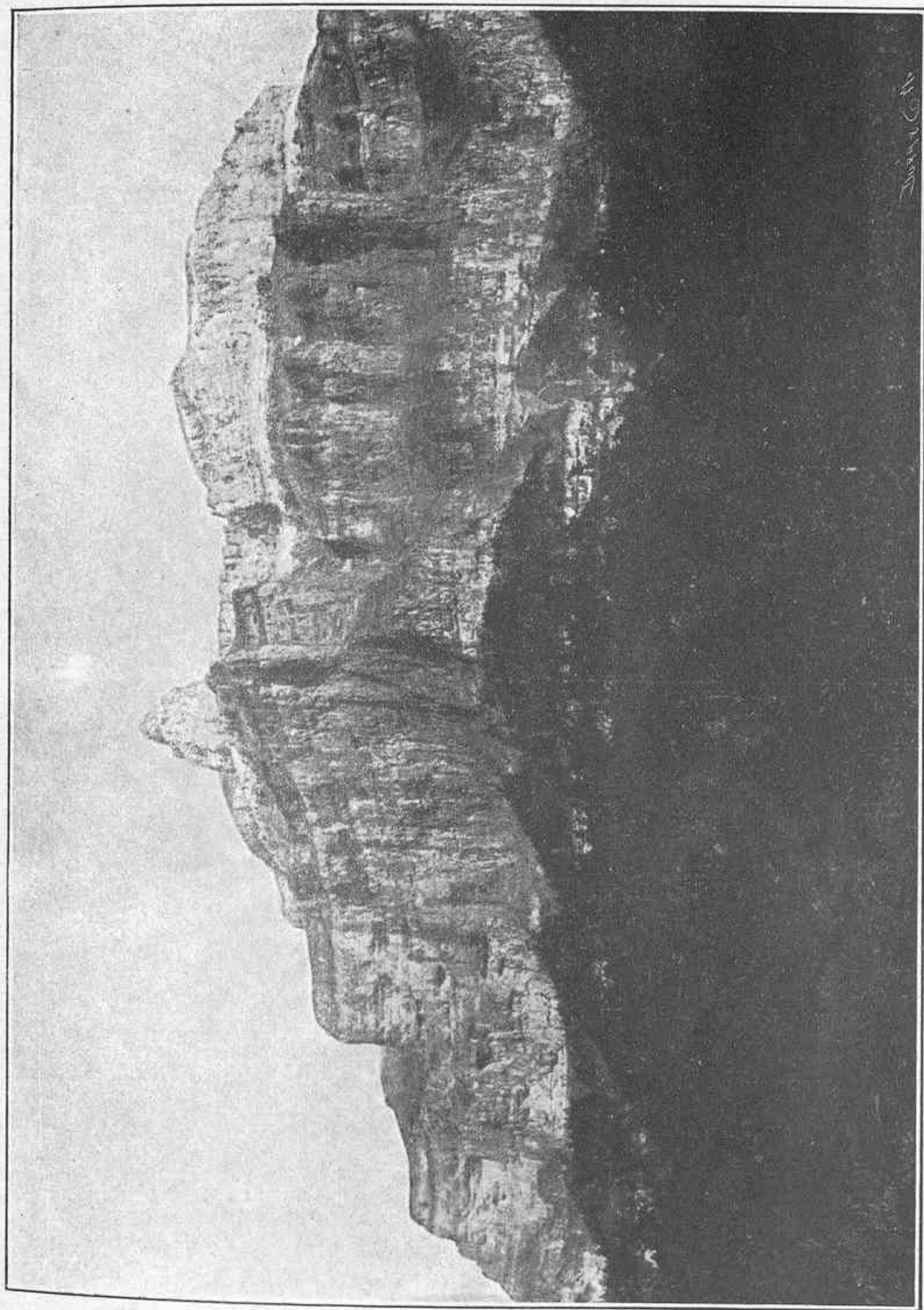
(1) Alusión al valle de Tempe, llamado hoy de Licostornol (Boca del lobo), situado en Tesalia entre los montes Osa y Olimpo. En la antigüedad estuvo dedicado á Apolo y sus bellezas fueron cantadas por Ovidio.—*Nota del traductor.*

(2) Según el autor, Lana del Caballo es sinónimo de Llanura del caballo. La palabra *lana* en esta significación no se encuentra admitida ni como castellana ni como provincialismo aragonés, y bien pudiera ser una deformación de los vocablos catalanes *llana* y *plana*, que definen precisamente los terrenos llanos.—*Nota del traductor.*

(3) *Paseo de Bagnères de Luchon á Paris*, por el Conde de Vandreuil. Paris, Egron, 1820. Dos tomos en 8.º. Primera parte, página 257.—Enrique Beraldi ha omitido la cita de esta obra en su interesante bibliografía pirenaica, y es, no obstante, la continuación del tomo *Paseo de Paris á Bagnères de Luchon* (iguales fecha y editor). Véase sobre este asunto *Cien años en los Pirineos*, tomo I, página 137.

contra la depresión de Ordesa, que protege en sentido inverso la punta de Otal con su cúspide característica. El terreno se estrecha junto á un trono de piedras y musgos, antes cubierto de fresnos, ahora destruídos por un vandalismo imbécil. Se camina bajo la sombra y en dirección muchas veces indecisa. Una enercujada inesperada, la Lana de Cotatuero, se encuentra un poco más lejos y permite ver el circo de este nombre, perdonándose por esta vez el trabajo del hacha maldita, cuyo filo ha sabido, tras múltiples desaciertos, crear una perspectiva feliz, la misma que un artista hubiera abierto por sus manos á través de los confusos enlaces de troncos y ramajes.

El circo de Cotatuero no posee ninguno de los signos particulares que distinguen los tres hemicírculos principales de la vertiente septentrional; su fisonomía y su estructura le son propias y en vano se buscarían otras parecidas. Falta allí glaciares; no se elevan las rocas por pisos; no se encuentran ni pasos abiertos, ni series de picachos, ni planicies geoméricamente niveladas. Se compone de dos acantilados desarrollados en curva, que se empequeñecen progresivamente y que en un punto de contacto forman un collado inmenso. Una elevación caliza queda en su fondo, y el collado aparece con el adorno de una cinta de plata, efecto producido por el capricho de una cascada que allí hace saltar sus aguas, obstáculo que encuentra el río y que al vencerle desaparece cual si huyera presa de temor. Algunos témpanos de roca se dislocan y se diría van á desplomarse; senderos en pendiente y rellanos angostos se abren entre paredes totalmente verticales. Un océano de hayas y de pinos cubre el centro de este recinto y excita la vista con su masa de colores llamativos. Entre las dos fortalezas de roja caliza que le flanquean, el circo de Cotatuero es de una magnificencia imponderable, no produce cansancio su panorama y reclaman la atención sus menores accidentes. La profusión de sus árboles, la variedad de sus elementos geológicos, que son sus características, enardecen la imaginación y no se encuentra comparación exacta para describir



La peña de Gallinero desde abajo.

esta copa inmensa modelada por el abismo con el fin de que en ella bebiera el Leviatan del Apocalipsis, y cuyos dientes la han mellado en el transcurso de los siglos.

A la izquierda se despliega la peña de Gallinero, trágica y extraña, llegando desde la cascada de Cotatuero al Tozal del Mallo. Bórrase el recuerdo profundo producido por la Frocata: ahora nos encontramos frente á una roca que parece haber servido de mansión á Briareo. La peña de Gallinero es trasunto de una fortaleza gótica reducida al estado de ruina informe, merced á la par á destrucciones violentas y voluntarias y á la acción de los elementos naturales; una flecha de rocas pálidas domina el conjunto, cual vestigio de un santuario desaparecido; una muralla se adelanta gallardamente; otras, á manera de baluartes superpuestos, se sostienen dislocadas á modo de restos de construcciones, separadas entre sí y haciendo imposible el evocar figuras que correspondan con exactitud á cosas conocidas. Algunos cubos rojizos, un camino de ronda grisáceo, unos balcones cubiertos de maleza, han resistido valerosos los avances de la vegetación pirenaica, que al fin, reconociendo la ineficacia de sus ataques, se ha detenido convencida de que jamás podrá trepar hasta aquellas cumbres soberanas, eternamente azotadas por las tormentas que se desatan á través de la brecha de Rolando.

Este augusto espectáculo no disminuye en atractivos si volvemos la vista hacia el Este: en los campos rasos las florecillas se espacian entre espigas cortadas de sus tallos; los tonos claros de los troncos de las hayas sobre el obscuro fondo de los pinos que se encaraman en pirámide y destacan sus contornos en visión dantesca, contrastan con el tono azul cobalto de aquel hermoso cielo. Cuantos han llegado hasta la Lana de Cotatuero han sufrido iguales emociones; se ha escrito, y se ha escrito con acierto: en el valle de Ordesa se encuentran reunidos los aspectos más variados en gradaciones marcadas de vigor, de tonalidades de color, de gracia y de belleza. ¡Cuántas veces, tendido sobre la pradera, verdaderamente extasiado, con la beatitud infinita á que se in-

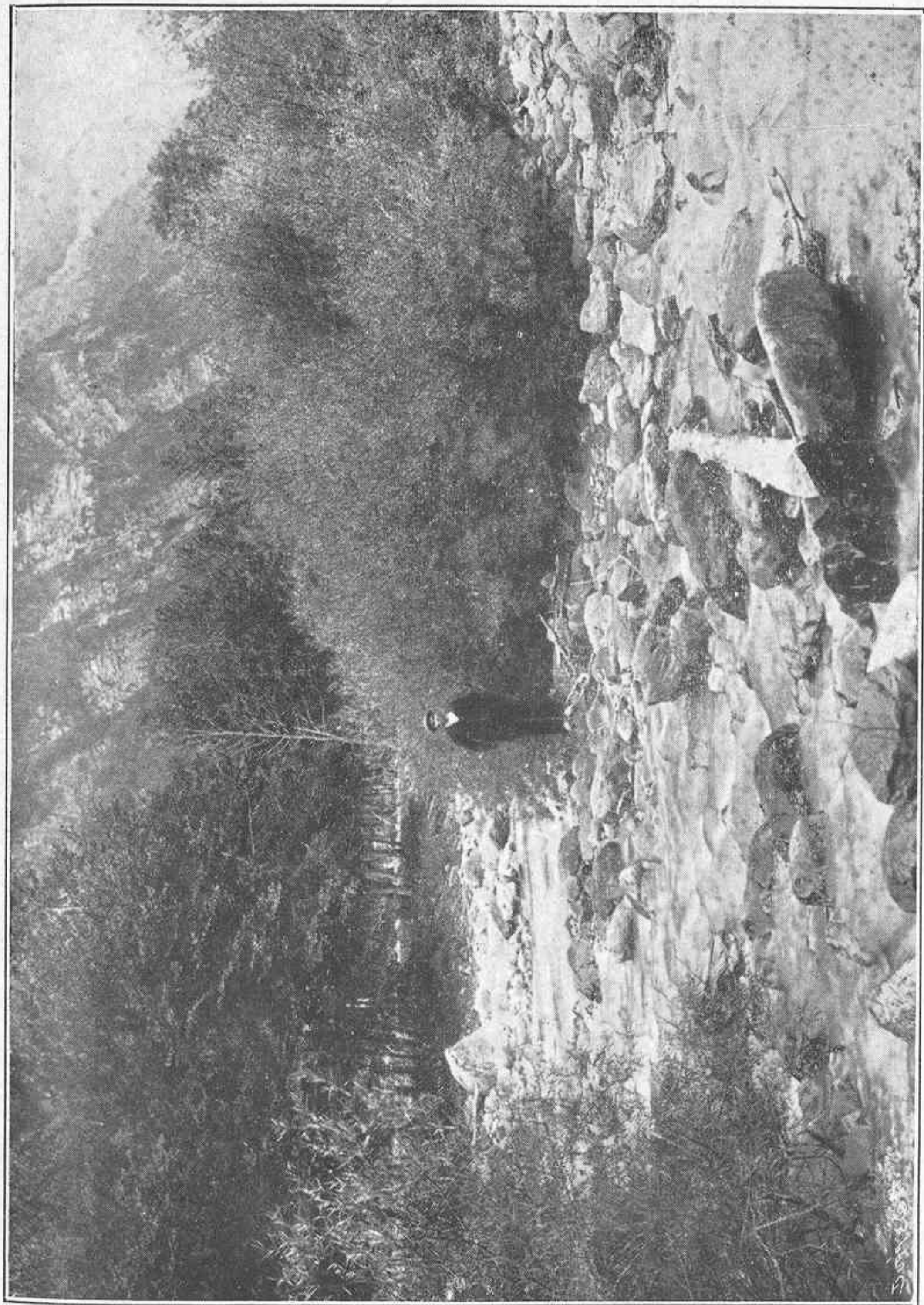
elina nuestro espíritu fatigado de la existencia terrenal, he soñado, reconcentrado en mí mismo, ante este palacio de la Naturaleza, cual si me encontrara en el seno de Dios!

Pasada la Lana de Cotatuero la senda se dirige al torrente, ya allí bastante cercano, perdiéndose en las aguas del vado, que es preciso atravesar si ha de volverse á la casa de Olivan por el camino de Soaso. En la orilla izquierda la parte de la vaguada es desconocida de los viajeros; allí se atraviesan terrenos casi llanos, encharcados por las aguas que en las crecidas los convierten en pantanos; coníferas jóvenes, hayas solemnes, bojés elegantes y sauces importunos crecen juntos despidiendo aromas ya conocidos en la montaña, con los cuales á veces se mezcla el de una especie del álamo, el *chopo triambol*. Salen al paso copas de árboles que se pudren en el suelo, restos de cortas abandonados por los leñadores, que es forzoso echar á un lado para seguir caminando. A poco la senda se estrecha y acaba por impedirle seguir adelante el río Ordesa, que lame las murallas escarpadas de Diazas. Incierto sería el encontrar un paso á lo largo de su cauce, y de existir alguno resultaría tan penoso el llegar hasta él que es preferible retroceder. Por todos lados se yergue la hierba para regalo de las vacas, que encuentran bajo su sombra y en un espacio aislado pasto y agua abundantes y tranquilidad para digerir y dormir, y por ello, cuando no se las divisa por la montaña ni se deja oír el sonido de sus cencerros, los pastores acuden á este rincón seguros de encontrarlas. De aquí el nombre de *Cubilar de las vacas* que lleva este cuartel del valle de Ordesa.

III

De un extremo á otro de la vaguada.

Al día siguiente de mi llegada me levanté con el alba, y tan pronto me vestí salí de la casa de Olivan. Contemplé en primer término la pradera cubierta de rocío y sucesivamente la peña de Gallinero, la punta de Otal, el Tozal



Confluencia de los ríos Cotatuero y Ordesa.

del Mallo, la Frocata y las murallas de Diazas ; Qué admirable conjunto! Este circuito merecería servir de cuadro á los hechos portentosos de los héroes cantados por Ariosto, ó por las viejas sagas escandinavas. En seguida, y bajo el cielo espléndido que el genio de la montaña nos ofrecía, sentí deseos de partir, de perderme en las profundidades del cañón incomparable, pasando allí el día entero, desde la aurora al crepúsculo vespertino, aun cuando me hubieran bastado cinco ó seis horas para ir hasta el circo de Soaso y regresar. Varias consideraciones refrenaron mis impetuosas inclinaciones. Cuando viajamos, rara vez somos dueños de nuestra voluntad; hay que contar siempre con los fondistas, con los guías y, sobre todo, con los compañeros de expedición, cuando los tenemos; unos jamás están listos con oportunidad, otros nunca tienen prisa. También hay que aguardar al almuerzo, un alpinista prudente no debe emprender la marcha con el estómago vacío. Eran las ocho cuando comenzamos á caminar y ya las sombras cubrían la pradera, más espesa cuanto más avanzábamos.

Después de doblar un cabo cubierto de malezas nos encontramos en la Lana del Estato; las dos posadas habían desaparecido de nuestra vista. Forma el lecho del río una masa de guijarros, y de todas partes, y bajo la luz del sol que ascendía lentamente, las murallas ofrecían aspectos animados, el bosque despertaba y las aguas tomaban reflejos inesperados. Un hito alto y estrecho con una cruz señalaba el límite del terreno público del valle de Broto, el de más acá pertenecía á Torla. Atravesamos la Lana del Pascuale, cubierta de musgo, apreciando los contornos del Tozal del Mallo, cada vez más extraños.

Observando que el sendero, hacia la izquierda, conducía al Cotatuero, nos apoyamos en un grupo de sauces, y azotadas las caras por el ramaje conseguimos llegar al río. Este torrente de Cotatuero se divide en tres brazos, que los mapas no indican, y puede atravesarse por las piedras más elevadas de su cauce. Tomé la altitud en su confluencia con el río Ordesa (1.323 metros). El desnivel de este afluente con

la terraza próxima á la casa de Oliven es de 35 metros. El circò de Cotatuero y la peña de Gallinero, más lejos, producían un efecto siempre sorprendente. El bosque era cada vez más intrincado, los tábanos atormentaban nuestros animales y murallas sombrías y casi desmoronadas salían á nuestro paso, prontas al parecer á deshacerse por completo.

En la Lana de Saratieto se alzaban hayas corpulentas; sus troncos poderosos se destacaban vigorosamente bajo sus verdes techumbres; uno de ellos, erizado de muñones, causaba lástima: los leñadores le habían arrancado todas sus ramas, tan sólo en su copa se percibía una con pocas hojas. Vino á mis labios el hermoso verso de Víctor de Laprade en su poesía *La muerte del roble*:

Je devine à géant! ce que tu dois souffrir.

Al acercarnos pudimos apreciar que ninguno de los troncos de estas hayas era de diámetro extraordinario; medido el de la mayor no pasaba su circunferencia de tres metros. Los bojes formaban verdaderos setos; nadie hubiera puesto en duda que estaban al cuidado de jardineros, que los atendían cual si estuvieran en una finca aristocrática, tanto más cuanto que á su vez las gramas se extendían á otro lado, iguales y como si crecieran en un parterre segado mecánicamente. Cerca de una linde, cuyos contornos se destacaban en un fondo de luz armoniosa, encontramos un pastorcillo que volvía á Soaso, con un cayado en la mano, un paraguas azul bajo el brazo y colgado al cuello el morral de piel de cabra.

Bajo la sombra de los árboles se llega al vado, que franquean cuantos viniendo de Goriz quieren ir prontamente á Torla por el camino de Turieto; continúan en éste los mismos árboles grandiosos, las mismas espesuras, los mismos troncos pudriéndose entre la tierra y los mismos fresales. Son finas y exquisitas las fresas de Ordesa; si nos entretenemos en cogerlas, nos olvidaremos de que el tiempo pasa, y aun cuando el guía nos recuerde que no conviene desperdiciarle. Y es que en esta maravillosa garganta no es

posible vagar como por cualquier otro paseo vulgar, donde nada hable al espíritu ni al corazón. A cada instante se impone el detenerse ó el distraerse á derecha ó á izquierda, el penetrar en el alma de las plantas, el impregnarse del bosque que nos atrae, que nos seduce, que nos embriaga, que nos entusiasma; el bosque, que fué el primer asilo de los hombres; el bosque, que nuestros antepasados honraban con un culto que nosotros hemos dejado extinguir, pero el cual se intenta restaurar, atraídos ya nuestros contemporáneos por la poesía de la vida arborescente y convencidos de su utilidad y de sus beneficios.

Pasado un arroyuelo, comienza á elevarse el sendero; las paredes del cañón, donde se abren algunas cornisas, forman barrancos casi verticales, se aproximan unas á otras y no pueden apreciarse en sus detalles. Camínase inmediatamente bajo los arcos que forman los árboles, atravesando la senda en espacios casi iguales, bajadas abiertas para el transporte de las leñas cortadas en la parte superior de la montaña. A la arboleda vieja y venerable sucede un soto constituido por millares de arbolillos, que tan pronto se separan, tan pronto se aproximan unos á otros. Por una brecha inesperada del terreno se ve el río en un recodo, parte de cuyos ribazos ha arrastrado la corriente, encontrándose las orillas reforzadas por entibaciones de madera que sostienen las márgenes. Al frente del espectador el torrente se despeña en una cascada de una altura de 10 metros; golpéanse sus aguas espumosas entre pedruscos y troncos muertos; á su lado se levanta un muro abrupto, y en un talud de barro y morenas se destacan lúgubrementemente rocas peladas. Los rayos del sol se filtran á través de la masa de los árboles: podriase decir que estamos en un desierto virgen aun donde sólo el rayo y el trueno tienen derecho á hacer sentir sus estragos y su estruendo. En la orilla opuesta acaba el cuartel del Cubilar de las vacas, cuyo nombre poco poético sirve también para designar la cascada.

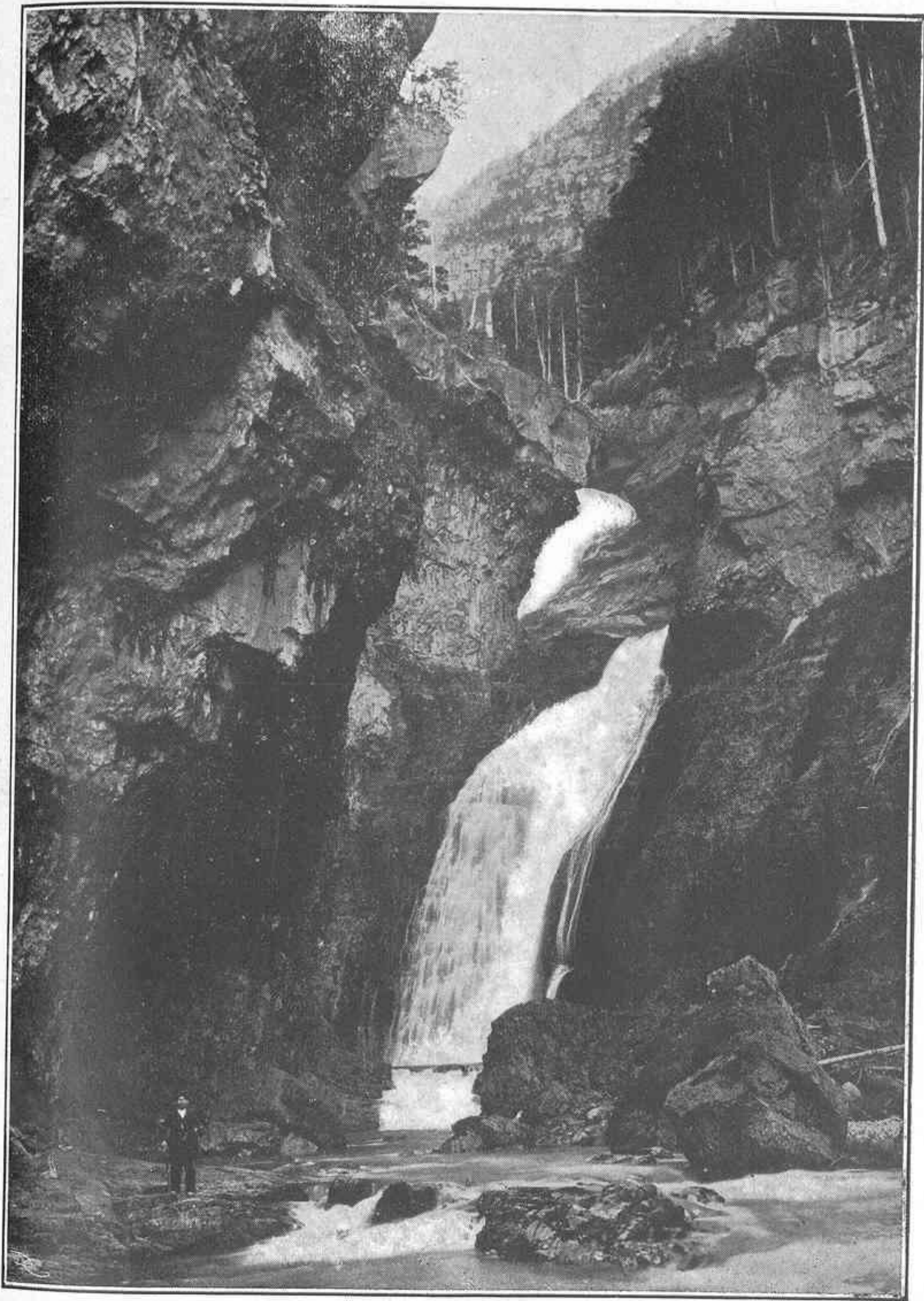
En el ángulo del codo que forma aquí el torrente desemboca un barranco en estado de disgregación completa:

se llama de «Las Ollas»; sirve de ruta ascendente al ganado durante el verano, por encontrar los carneros buenos pastos bajo las murallas de la Frocata, é inmediato á la desembocadura un resalte del terreno cierra el valle del Ordesa, que quedaría por completo infranqueable á no tener á su derecha el estrecho de Arazas, provisto de senderos de agria pendiente, por los cuales es indispensable trepar, faltos de arbolado que fué hace tiempo destruído por un incendio, y cuyo conjunto se denomina el «Chordonar del Estrecho», debido á los numerosos frambuesos que allí crecen (1).

El Chordonar del Estrecho es el paso más penoso de toda la vaguada de Ordesa; es preciso atravesarle en zig-zag, mas antes de conquistarle con el sudor de nuestra frente conviene abandonar el camino y lanzarnos á través de los matorrales hasta llegar al río que aun corre entre cascadas. Un salto es original, pero su contemplación no merece nos detengamos en el camino; vemos otro y reconocemos que los hay más interesantes. Continuemos la marcha por el bosque; desaparece toda señal de camino y sus encantos aumentan; hay que sortear, saltando por encima de ellos, los troncos espinosos, y después de vacilar salvando obstáculos se llega á dar con una salida que por tercera vez nos lleva al río Ordesa. Baña en este sitio un talud ruinoso é inunda una meseta rocosa, desde la cual, cuando las aguas están bajas, puede ser contemplada en toda su grandeza la famosa cascada de Arazas.

A pesar de la revuelta de sus aguas, que en este lugar triplican sus fuerzas erosivas, el río Ordesa no ha podido remover el fondo del cauce por el cual se precipita. De un lado al otro de la catarata se suceden escarpas superpuestas, coronadas de cornisas y de rocas saledizas, en las cuales arraigan pinos miserables, no más gruesos que cirios. La cascada del Estrecho de Arazas se cuenta entre las más interesantes de los Pirineos: la constituyen dos pisos, ele-

(1) El frambueso en algunas comarcas españolas, entre ellas la aragonesa, se denomina *Chordon*, ó más bien *Churdon*.—N. del T.



Cascada en el estrecho de Arazas.

vados sesgadamente y en retroceso el superior sobre el inferior; un saliente de la roca oculta las tres cuartas partes del primer escalón; el suelo del segundo se divide en dos partes, una dentada y la otra maciza, y las aguas le abandonan cayendo en una especie de caverna enorme y destechada. No hay temor de acercarse á esta maravilla, y precisamente en sus proximidades y bajo los enormes acantilados que la rodean es desde donde puede apreciarse el espectáculo en toda su belleza. El torrente ruge atronando los oídos; flota la espuma finísima, agitada por el viento constante, y dentro de su ambiente húmedo se experimenta la sensación de haber caído sepultado para siempre en el fondo de un abismo, palacio del diluvio, sin otra esperanza para volver al mundo que la contemplación en lo alto de un jirón de cielo inaccesible.

Consultado sucesivamente el barómetro en los dos extremos alto y bajo de la cascada del Estrecho de Arazas, acusa un desnivel de 75 metros.

Se encuentra en el camino de la parte superior del Chordonar un tronco de árbol cortado á un metro del suelo, pequeño apoyo que señalo á cuantos llegando de Goriz se deslicen por la senda más corta que conduce al fondo del Estrecho. Tan pronto se llega á terreno llano en este camino, una cornisa conduce al punto desde donde cae la cascada, la cual se descubre sólo parcialmente y á través de un enrejado de árboles secos, de corteza blanquecina, resplandeciendo la masa del agua como plata en fusión. Más lejos, en un claro del bosque y entre malezas y hierbas diversas, yacen ramas secas, virutas, cortezas, indicios todos de un reciente aserrío. El torrente se aproxima saltando, y después de haber recorrido un cauce accidentado que no le arrebatada nada de su alegría ni de su fuerza, se despeña. Puede seguirse con la mirada su rápida carrera desde una elevación que si se desmoronase causaría la muerte del curioso observador. Convertida en remolinos de espuma la corriente, más bien se desliza que cae hasta una plataforma donde termina el primer salto; allí se forma un remanso azulado,

en cuyo límite el río Ordesa se desploma definitivamente en sacudida violenta y acompañada de un estrépito infernal. Sirve de marco á la escena un trozo de roca, semejante al estribo de un arco de puente derruido, y ayudan á combatir el vértigo grandes árboles inclinados sobre el abismo, sirviendo de sostén á otros destruidos por las tempestades, entrelazados en varios grupos y orgullosos de colaborar en el drama romántico de que la acción de las aguas y de las calizas son los autores aplaudidos.

El día 14 de Agosto de 1891, en lo alto de esta catarata hice mi comida, de conservas recalentadas y de una pierna de carnero asada, extendida ésta sobre una piedra cuidadosamente lavada y supliendo á un plato más apropiado. Cuando se recuerdan estas horas de la existencia no se olvidan ya, por el contrario, halaga el que permanezcan en la memoria, que en ellas se han realizado, aunque sólo por momentos, aspiraciones infantiles, que todos alentamos cuando seducidos por lecturas novelescas, deseábamos imitar á Robinsón ó correr las maravillosas aventuras descritas en los *Cazadores de cabelleras* y en *La casa del desierto*. El atavismo de la vida salvaje del hombre primitivo conserva raíces en el fondo de nuestro ser.

Encaminemos ahora nuestros pasos al Monte Perdido, que nos aguarda allá, por cima del hemicielo de Soaso. Hay que andar y sacrificarse en un esfuerzo supremo, reanudando la ascensión interrumpida. El camino entra en un barranco de gran inclinación y en sentido transversal, escondido tras el resalte del Chordonar y donde el bosque aumenta en espesura; los árboles menos corpulentos que los que dejamos atrás parece que se elevan con mayor gallardía y desenvoltura, no guardan armonía entre sí, se espacian entre sus raíces zarzas que nacen de las quiebras de las rocas cubiertas de musgo, otros musgos más jóvenes y setas políporas se agarran á las cortezas, la vegetación ocupa el espacio é impide ver el cielo. Las sombras de las ramas vacilan, se pisa sobre un tapiz rojizo, y por doquiera se tiende la vista sólo se ven hayas en enjambre pintorescos,

entre el cual se percibe de vez en cuando la nota triste de algún pino.

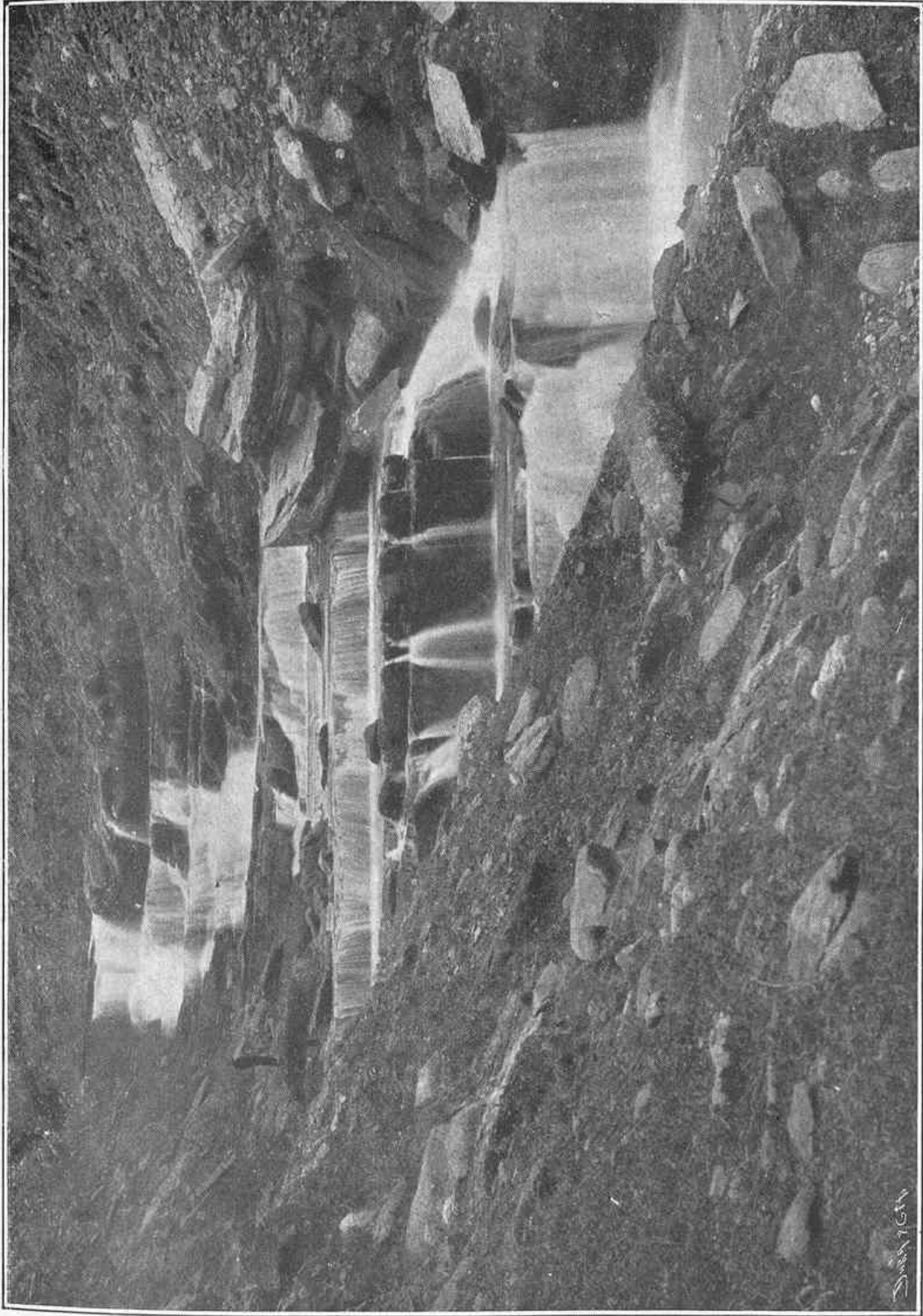
Yacen en tierra enormes troncos, cortados indudablemente con el designio de aprovecharlos, y abandonados sin embargo, sin haber sacado de ellos el hombre otro provecho que la gloria de cortarlos. ¿Para qué habían sido asesinadas estas pobres hayas indefensas, abandonadas en seguida, como cadáveres insepultos, en los lugares mismos en que durante siglos enteros habían crecido? Los árboles son, como nosotros, hijos de la tierra, y cada vez que caen sin motivo en la plenitud de su fuerza y de su belleza, la vieja Cibeles llora indignada, recordando que los ha alimentado con la savia milagrosa que prodiga indistintamente á cuanto sale de su seno. Nobles especies, que antes se alzaban ante la vista de los astros, y á cuyo alrededor volaban los espíritus de los aires y de los bosques, perecieron al contacto de un reptil impuro.

Subimos paso á paso, mientras el bosque se desenvuelve en arcos y columnatas inacabables. Las raíces nudosas forman verdaderos peldaños, y esta parte de la selva, trozo de un mundo desconocido, es cruzada por el Ordesa. Nadie hasta ahora ha intentado modificar su curso, encajonado entre sus ribazos pintorescos y en los cuales deben abundar los puntos de vista atractivos, cual lo anuncia el ruido de una cascada que comienza á ser percibido. Parece que la marcha bajo esta catedral de esmeralda ha de prolongarse indefinidamente; se cae bajo la influencia de un ensueño apacible perfumado por el aliento de las driadas. Experimenté, no obstante, á poco un cambio completo, una luz blanquecina se tamiza entre la hojarasca, aumenta paulatinamente y se sale del bosque, encantado y casi de improviso, para entrar en el cañón y bajo la opresión de sus murallas.

Desafiando los rayos de un sol tropical cortamos en diagonal por una pradería en cuesta, cubierta de marañas de cardos y flores, de donde huyen espantados unos caballejos con cinchas rojas, y tomamos como punto de mira, pasados unos jarales, la base de una roca angulosa. Pronto nos en-

construimos en un asilo majestuoso bajo la muralla, la cueva del Frachinal (1.664 metros de altitud); unas raigambres, conservadas por casualidad, recuerdan las antiguas hileras de fresnos, origen de esta denominación. Las rocas salientes de la gruta, cubiertas de arbustos, se extienden unos 30 metros y presentan oquedades, cuyo encuentro se bendice cordialmente en los días de lluvia ó de granizo por servir de refugio contra los elementos. Las malezas cubren los bordes del precipicio en que se oculta el río Ordesa; desde la casa de Olivan se ha venido subiendo unos 300 metros próximamente. Los aldeanos han estropeado la cueva que visitó encantado Ramond, á quien, lo mismo que á Carlos Packe sesenta años después, sirvió de habitación durante una noche. Por su situación apartada es extraño que este escondrijo, en los tiempos de la invasión musulmana, no tuviera interés para algún cenobita, como le tuvo la gruta de Sostrales, en la desembocadura del cañón de Añisclo, habitada por San Urbez unos años en la primera mitad del siglo VIII.

La vaguada cambia de aspecto; se desarrolla en pendientes extendidas, donde la vegetación arborescente comienza á marchitarse, elevadas sucesivamente con gallardía, formando baluartes ceñudos, cual la frente de Júpiter, padre de los dioses y de los hombres. Un camino abierto por el paso de los ganados baja al nivel del torrente. Antes hemos atravesado el barranco del Frachinal, cauce por donde descienden en las tempestades alegres cascadas. El nombre de Frachinal flota sobre el terreno comprendido entre este barranco y la cueva. Existe un segundo abrigo entre las rocas de la base de la Frocata; en él se cobijan anualmente los pastores de la montaña de Arazas, y en él probablemente habrá dormido Ramond con mayor frecuencia que en la cueva inferior, menos cómoda y sin defensa por muro alguno en su entrada contra los vientos del Norte. Lo que nos cuenta de su campamento, no precisa nada: «pasamos la noche bajo una roca tapizada de *genista lusitanica*, arbolillo poco común que cortamos para alumbrarnos y calentar-



El grado de Soaso.

1911

nos». Todos sabemos que aun en el mes de Agosto las noches son muy frías en el Monte Perdido.

La montaña de Arazas es una cuenca ovalada y melancólica, por la cual el río corre formando curvas y con gran lentitud, debido á la escasa inclinación de su lecho. Algunas piedras esparcidas limitan el césped. El aprovechamiento de estos prados pertenece exclusivamente al vecindario de Torla. En los flancos de la montaña se amontonan extrañas y lívidas mesetas en estratificaciones horizontales, que llegan hasta la cima de acantilados inexpugnables y cuyo conjunto forma la depresión del valle de Ordesa, tan arrogante y tan característica. En lo alto de las crestas y hacia la derecha se dibujan las siluetas de torres redondeadas y de flechas puntiagudas alternando con almenas; allí precisamente se abre la brecha de Arazas. Una especie de corredor permite llegar á este paso. Las frondas bajo las cuales tan placenteramente se soñaba han desaparecido, ya hay que luchar con los accidentes de un terreno áspero, cuya débil capa vegetal deja ver á cada paso las rocosas osamentas, desierto sinaítico donde reina un silencio de muerte y cuyas elevadas altitudes le han vestido de la triste librea que imponen á todas las regiones sometidas á sus leyes.

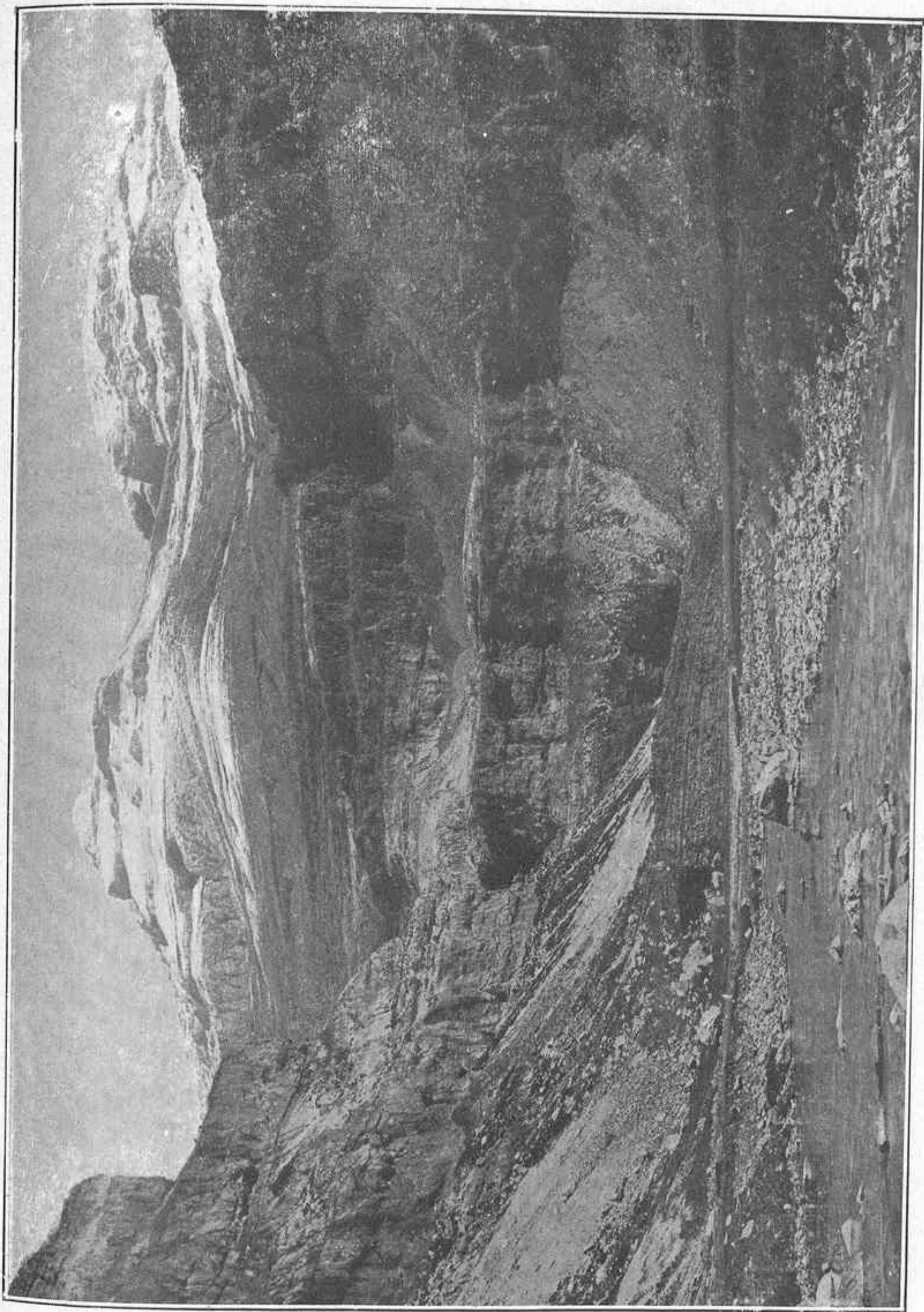
Una elevación angosta, el grado de Soaso, nos lleva á un plano superior de la cuenca de Arazas, la montaña de Soaso, cuyo nombre no figura aún ni en los mapas ni en los escritos que se ocupan de los Pirineos. Encuéntrase aquí el centro de la cueva en que la vaguada se desenvuelve, y este paso es franqueado por el río Ordesa en una forma encantadora. Con originalidad sorprendente baja de peldaño en peldaño una escalera tan lógica y perfectamente dispuesta que parece construída por manos humanas; bien cae el agua en hilos separados, bien en limpia lámina, y en las mesetas juguetea ofreciendo tonos diversos de zafiro. Más arriba, sobre robustos cimientos, se eleva un ancho pilón, humedecido por los remolinos de la cascada, que desde allí se despeña. El sendero que escala el grado de Soaso lo efectúa en curva, y en algunas vueltas, sucediendo lo mismo en las in-

mediaciones de la cueva del Frachinal, cortan el paso troncos de pinos, con el fin de que los ganados no pasen abusivamente de unos pastos á otros. Se suben aún algunos escalones y los pies tropiezan en enormes bloques allí colocados á manera de piedras sepulcrales, á cuyo final se desarrolla un hemicíclo, término del valle, y coronado por dos cimas nevadas: el Monte Perdido y el Soum de Ramond (1).

Al aparecer tan inesperadamente el circo de Soaso parece saltar de una caja de sorpresa. Por cima de él y bastante retirado domina el Monte Perdido, pico de aspecto cónico dividido en pisos, que son sus famosas «escalas», que se diferencia completamente del Soum de Ramond, cuya silueta semeja la del tricornio de un gendarme y delante del cual se encuentra la torre de Goriz (2). La situación menos elevada de esta torre no la priva de poder ser contemplada en toda su belleza, sobre todo cuando al amanecer su silueta se destaca en sombra bajo el Soum de Ramond iluminado por el sol. Brilla un fragmento del pico de Fou Blanca, mas desde el fondo de Soaso no llega el rayo visual á percibir el glaciar que se extiende entre las Dos Hermanas. La sierra de Custodia (cresta de la Caseta) une las murallas que van de la brecha de Goriz á la de Arazas. Cuanto más se avanza se encuentra la hierba más espesa y más suave; las brumas, que se concentran con tanta frecuencia en estos lugares, contribuyen á que las praderías conserven durante el estío un color agradable. Entre verdaderos macizos de hierbabuena surgen manantiales que obligan á dar rodeos en el camino; del lado de la Frocata se extiende una enorme cortina esmaltada de chorros argentinos; bajo esta muralla comienza una cornisa interminable, que sigue

(1) La palabra *soum*, empleada en el dialecto de Barèges, parece ser abreviación del vocablo francés *sommet*, cima.—*N. del T.*

(2) El nombre verdadero y aceptado por los habitantes del valle de Vio á este cuartel del Marboré es *Goriz*, siendo equivocada, por tanto, la forma *Gaulis* dada á este vocablo, tanto por el cambio indebido de la *r* en *l* como por no ser pronunciación española la del diptongo *au* por *o*; la torre de Goriz es conocida también como *El Morrón de Arrablo*. Recordemos que bastantes expresiones geográficas del Monte Perdido se desfiguran por los guías de Barèges, que dicen *Golis* por *Goriz*, *Salarous* por *Salarons*, *Mont-Arrouebo* por *Mondarruego*, etc.



Valle de Ordesa: circo de Soaso.

todas las sinuosidades del valle de Ordesa y de la garganta de Bujaruelo, y por la cual es posible llegar sin subidas hasta Pinarroy, en el barranco del Puerto; esta cornisa se denomina la Faja y corresponde con la Faja de Pelay, que permite igualmente recorrer de un extremo á otro el flanco de las murallas de Diazas.

El río Ordesa no abandona el circo de Soaso, parece seducido por los encantos de la vida pastoril, á la cual sirve de teatro la superficie inmóvil por donde pasa su corriente, agitada tan sólo por ligeras brisas. Por todos los lados donde las crecidas han destruído las orillas se acusa un subsuelo de «glera». En el fondo del anfiteatro se superponen dos murallas y sobre ellas conos de escombros, sin que lleguen á percibirse más de dos cimas, ya que para alcanzar á ver las Tres Sorores precisa atravesar el río, subir por un talud y apoyarse en las trincheras de la brecha de Goriz; entonces se descubre el cilindro, á la izquierda y cortado á pico, del lado del collado del Monte Perdido. Este espectáculo resulta maravilloso á poco que una tempestad haya dejado huellas de rocío en el sublime trío, acentuando hasta sus menores relieves.

¡Bajo cuántos aspectos variados he admirado los melancólicos esplendores del circo de Soaso! Le he visto manifestando apenas algunas señales de vida, como un espectro envuelto en lívido sudario; le he visto á través de millares de gotas de una lluvia cristalina; le he visto abrasado por la canícula; le he visto rodeado de vapores movedizos, humeando cual un cráter de volcán. Al igual que los grandes hemicírculos de la vertiente francesa, está tallado en plena montaña, en el mármol puro y soberano en que los Pirineos han querido eternizar su gloria. Faltan palabras para ensalzar el circo de Soaso cuando las nubes que le cubren sólo dejan percibir la cúspide del Monte Perdido, cuando la torre de Goriz se destaca aislada sobre el fondo blanquísimo de las nieblas; mas su magnificencia es indescriptible á la luz del sol levante y al día siguiente de una tempestad, cuyos relámpagos fulminantes han limpiado el ambiente. Posee

entonces el aire una transparencia que parece aproximar los objetos más lejanos; se diría pintado el cielo de nuevo; las nieves presentan una blancura incomparable y las rocas brillan cual si fueran de plata sobredorada. Todo armoniza en este mágico conjunto: las cascadas caen con aspecto diamantino; las fragosidades del terreno se difuman; atrae la luz, que no conocen los Alpes del Norte, hasta el extremo de que creemos estar en otro mundo; todo el Marboré, transportado é inmaterial, se eleva como un hosanna de gratitud que la Naturaleza eleva á su creador en medio de las pompas de la basílica terrestre.

Del lado donde se abre la brecha de Goriz, es decir al Este, la cuesta del circo de Soaso se deprime alrededor de un mogón solitario, flanqueado por dos cerros, del cual el de la derecha es reputado como de acceso difícil. Ignoro si los ganados de Fanlo van á Soaso por la brecha de Goriz ó por la de Arazas, lo que sé es que estos pastos están indivisos por mitad entre el pueblo de Torla y el valle de Vio y que en la estación conveniente llevan cada uno 300 ovejas, estimándose que la montaña de Soaso puede alimentar 600 cabezas. Las murallas del fondo del circo son practicable y de sus atajos se sirven los habitantes del país para ir hacia la brecha de Rolando, y aun muchos excursionistas los utilizan para bajar desde la cabaña de Goriz al valle de Ordesa.

En el ángulo izquierdo del circo de Soaso, y al pie de una eminencia del terreno que se reconoce sin esfuerzo, se ha arreglado muy hábilmente una majada bajo un enorme fragmento de roca. Esta guarida, cerrada por un muro de mediana altura y por cima del cual penetra la luz, nos proporcionó un servicio inolvidable cierto día que hubimos de secarnos de un aguacero que durante dos horas nos cayó encima. Delante de la majada se extendía un espacio ensuciado de estiércol, y junto á su entrada se acumulaban leñas traídas desde luego con gran trabajo desde los linderos del bosque cercano. El interior se hallaba cuidado con un esmero sorprendente. Sus moradores estaban ausentes; esto

no obstante entramos, y para calentar nuestros pies ateridos reavivamos el fuego, oculto bajo un montón de cenizas. Sobre un banco que parecía servir de cama de campaña había unas mantas y unas colchas cuidadosamente empaquetadas. Una marmita colgada de una clavija de madera estaba llena de sopas de leche, que sólo aguardaban ser puestas á la lumbre para ser comidas; la leche de cabras y el pan constituyen con el agua del río el alimento de los pastores aragoneses, que jamás comen carne. Tras unos sacos de paja había una ratonera, y no por imprevisión ciertamente; cuando regresamos dos días después vimos los cadáveres de dos roedores.

En medio de la montaña de Soaso he comprobado una altitud de 1.712 metros.

Quise ver, antes de dar por terminada la excursión, qué había más allá de la majada; en el reducto denominado Rincón de Soaso, desde donde cae el río Ordesa, buscamos un paso practicable para atravesar la corriente y subimos por entre céspedes cruzados de hileras de guijarros, y aunque los pedruscos aumentaban en número pudimos llegar á una altura desde la cual esparcimos la vista hacia el Sur y hasta el bosque, que se extendía en el acodamiento formado por el valle entre sus soberbios baluartes. Quedé encantado de la cascada de Soaso, que desde el plano del circo no aparece visible, y pude percibir al bajar desde Goriz que sus bellezas aumentan al acercarse á ella. Arrojado de murallas salvajes, abiertas por una hendidura tortuosa é inaccesible, el río Ordesa recoge su caudal, después le desparrama formando un abanico en una espaciosa gradería, que se transparenta cual si la cubriera una gasa movediza; sobre la corriente cruzan las cornejas graznando roncamente.

Los ganados que pastan en Arazas y en Soaso dejan estas praderas el 10 de Octubre, antevíspera de la fiesta de Torla.

Por la traducción,

MANUEL CONROTTE.

DESCRIPCION Y COSMOGRAFÍA DE ESPAÑA

POR

D. FERNANDO COLON

(MS. DE LA BIBLIOTECA COLOMBINA)

*(Continuación).**Ubeda.*

- 4705 e fasta *quesada* ay cinco leguas de tierra de cerros e valles tierras de pan e montes baxos e altos e a dos leguas primeras pasan a *guadalquebyr* rrio por puente corre a la mano derecha e fasta *caçorla* ay cinco leguas de tierra de cerros e valles e montes baxos e altos e tierras de pan e a dos leguas pasan a *guadalquebyr* por puente corre a la mano derecha e fasta *santisteban del puerto* ay cinco leguas e van por las *navas de Santisteban*
- 4706 *tisteban* tres leguas de cerros e montes baxos e altos e la primera en salyendo de Uba (sic) es cuesta abaxo e la otra legua adelante es como cuesta arriba e a la primera legua pasan a *guadalimar* rrio por vado en verano corre a la mano dizquierda.
- Ubeda e fasta *xodar* ay tres leguas las primeras dos leguas cuesta abaxo e lo otro algo cuesta arriba todo
- 4707 es tierra de labranças las dos leguas primeras e la postrera legua de *atochares* e a las dos leguas primeras pasan a *guadalquebyr* por puente corre a la mano derecha.

Ubeda.

- 4708 e fasta *bedmar* ay tres leguas por el mismo camyno que van a xodar e fasta *albanchez* ay tres e media e van por *bedmar* e fasta *ejuncina* ay quatro leguas todo de campiña e las dos leguas primeras cuesta abaxo e ally pasan a *guadalquebyr* por puente corre a la mano derecha e las dos leguas postreras rriberas de un Rio dicho *garciaz* queda el Rio a la mano dizquierda e a la mano dizquierda queda un castillo dicho *nynichez* a
- 4709 dos tiros de vallesta del camyno e a la mano dizquierda queda un castillo dicho *garciaz* a un tiro de vallesta del camyno e fasta el castyllo de *nynichez* ay tres leguas e fasta el castillo de *garciaz* ay tres leguas e media.
- Ubeda e fasta *torres* ay seis leguas de tierra doblada e de montes de enzinare e atochares las tres leguas postreras e a la mano dizquierda queda Ubeda a cinco le-
- 4710 guas del camino e fasta *jaen* ay siete leguas e van por *baeza* e fasta *villacarrillo* ay quatro leguas e van por la torre pero gil e fasta *aznatoral* ay cinco leguas e van por la torre pero gil e por villa carrillo.
- 4711 party de *Valdecarazete* para caravaña que ay una legua pequena de un valle abaxo e por entre cerros e de atochares e todo el vallejuelo es de tierra de pan e de cañamares e junto con caravaña pasan *taxuña Rio*. Caravaña es lugar de sesenta vecinos e esta rriberas de *taxuña* en un valle hondo como en solana e tiene buena Ribera de arboles e cañamares e es aldea de al-
- 4712 cala de *henares* e fasta *alcala de henares* ay cinco leguas e van por el *pozuelo de torres* e por *torres* e fasta el *pozuelo de torres* ay tres leguas de tierra doblada e en salyendo del lugar suben una cuesta arriba que
- 4713 terna un quarto de legua grande e fasta *valdecarazete* ay una legua de un valle arriba de cañamares e tierra de pan e por entre cerros e en salyendo de caravaña

pasan a taxuña por puente corre a la mano derecha e fasta orusco ay media legua rriberas arriba de taxuña que queda a la mano derecha e por la mano dizquierda grandes cerros e derrumbaderos del Rio.

Caravaña.

4714 e fasta mondejar ay dos leguas de cerros e valles e tierra de pan e van por orusco media legua e fasta trelmes ay una legua rriberas abaxo de taxuña que queda el Rio a la mano dizquierda e por la mano derecha grandes cerros e derrumbaderos del Rio e fasta *fuentidueña* ay tres leguas e van por valdecarazete e

4715 fasta *trelves* ay tres leguas de cerros e valles e la media legua primera es de cerros arriba e valles e atochares.

trelves es lugar de cien vecinos e esta en llano e es de almoguer e fasta *almoguer* ay una legua de tierra doblada e de tierras de pan e fasta çocos ay media legua

4716 de tierra doblada e de pan.

party de caravaña para el pozuelo de torres que ay tres leguas de tierra doblada e matorrales e tierra de pan salvo que en salyendo de caravaña suben una cuesta o valle arriba que terna un quarto de legua grande.

4717 el pozuelo de torres es lugar de ochenta vecinos e esta en llano como en vallejuelo e es aldea de alcalá de henares e fasta *alcalá de henares* ay dos leguas e van por torres e fasta *torres* ay una legua de tierra doblada e para abaxar al lugar abaxan una cuesta que terna cuatro tiros de ballesta e fasta el *campo* ay una legua de tierra doblada e tierra de pan e viñas e fasta bil-

4718 ches ay una legua grande de tierra doblada e tierra de pan e fasta el *villar* ay una legua de tierra doblada e tierra de pan.

el pozuelo de torres e fasta *valdeluecha* ay una legua de tierra doblada e de tierra de pan e fasta caravaña ay tres leguas de tierra doblada e el postrero quarto

4719 della es de cerros abaxos e fasta *Santorcaz* ay dos leguas e van por *corpa* e fasta *corpa* ay una legua de tierra doblada e de tierra de pan.

pozuelo de torres.

e fasta *Villalvilla* ay una legua de tierra doblada e de
4720 tierra de pan e algun monte.

party del *pozuelo de torres* para *torres* que ay una legua de tierra doblada e de tierra de labrança e todo el camyno por algunas partes ay olivares e para abaxar a *torres* baxamos una cuesta de un valle que terna dos tiros de vallesta.

4721 *torres* es lugar de ciento cinquenta vecinos e esta en llano en valle anchuroso e de tierra de labrança muy grandes e es aldea de *alcala* e fasta *alcala* de *henares* ay media legua de tierra doblada e de tierra de pan e para bajar a *alcala* cinco tiros de vallesta antes baxan
4721 una cuesta que terna tres tiros de vallesta e pasa a *henares* Rio por puente corre a la mano dizquierda e
(sic) fasta *vilches* ay media legua de tierra doblada e de tierra de pan e por la mano dizquierda queda siempre una cuesta de un valle.

4722

torres.

e fasta *Villalbilla* ay una legua de tierra doblada e cerros e viñas e fasta *El campo* ay una legua de tierra de *cerryllos* e tierras de pan e fasta *Santorcaz* ay dos leguas e van por *villalbilla* una legua e fasta el *pozuelo de torres* ay una legua de tierra doblada e de algunos olivares e en salyendo del lugar a dos tiros de vallesta primeros suben una cuesta que terna dos tiros
4723 de vallesta.

party de *torres* para *alcala* de *henares* que ay una legua de tierra doblada e algo como *cuestezuela* arriba salvo que antes que lleguemos a *alcala* con un quarto

- 4724 de legua abaxamos una cuesta agria que terna cuatro tiros de vallestá e en abaxando la cuesta pasan a henares Rio por puente que corre a la mano dizquierda. party de alcalá de henares para Villalvilla que ay una legua de tierra doblada e de tierra de pan salvo que a un myllo de alcalá suben unos barrancos arriba que terna un myllo de vallestá (sic) e al dicho myllo pasa el dicho Rio henares por puente corre a la mano derecha.
- 4725 deça es villa de quatrocientos vezinos e esta en un valle en una ladera e tiene fortaleza e es del duque de medina cely e es puerto de aragon e fasta medina cely ay siete leguas e van por almalueço e por montagudo e fasta almalueço hay quatro leguas de tierra llana e tierra de labrança e algund monte por algunas partes del camyno e fasta almaçari ay seis leguas e van por vililla quatro leguas e media de tierra de cerros e montes de enzináres e fasta *cyguela* ay media legua
- 4726 llana de una vega abaxo e fasta *calatayut* ay dos leguas e van por teça seis leguas e fasta teça ay seis leguas de tierra doblada e de tierra de pan. deça e fasta myñana ay una legua grande de tierra doblada e de tierra de pan e fasta *almazal* ay dos leguas e media van por *myñana* e fasta seron ay tres leguas de
- 4727 grandes cerros e valles e montes de enzináres e tierras algunas de pan e fasta *alcalá de henares* ay veinte y seis leguas e van por bordalva una legua e por montagudo
- 4728 una legua e por almaluez dos leguas e por medyna cely e por corbesin e por torralvilla e por quysosa e por çiguença e por vaydes e por buxal haro e por villanueva e por pardilla e por hita e por guadalaxara.
- 4729 Medina Cely es villa de trescientos sesenta vecinos e esta en un cerro Redondo e tiene una cerca e fortaleza e es cabeza de condado e es lugar muy frio de ynvierno e no se coxe vino e tiene grandes e buenas salynas e pasa un Rio por la parte de medio dia e esta a legua e media del mojon de aragon e fasta *lodares* ay

media legua un valle abaxo e en medio el camino suben una cuesta muy grande que se llama cuesta el cerro que terna un quarto de legua e todavia van Riberas abaxo del dicho Rio que queda syempre a la
 4730 mano derecha e fasta deça ay siete leguas e van por *lodares* e fasta *Callente* ay una legua de tierra de cerros e muchos barrancos e fasta horna ay dos leguas de sierras e cerros e algunos montes e fasta myño de cerros e valles e tierras de pan.

Medyna cely.

4731 e fasta *anbrona* ay una legua e media de tierra doblada mucho e de tierra de pan e en salyendo de medina baxan una cuesta que terna dos tiros de vallesta e tambien se abaxa a todo los sobredichos lugares.
 el villar es lugar de treinta vecinos e esta en una ladera e es aldea de alcalá de henares e fasta *alcalá de*
 4732 *henares* ay tres leguas e van por *valverde* e por *villalvilla* e fasta *valverde* ay una legua de tierra de vallejuelos e tierras de pan e fasta *caravaña* ay una legua llana salvo que en saliendo del lugar suben una cuesta que terna cuatro tiros de ballesta e para abaxar a caravaña baxan otra que terna un quarto de legua e
 4733 fasta e fasta (sic) *mondejar* ay una legua e media e van por *ambite* media legua de tierra doblada e de panes e fasta orusco ay media legua de tierra doblada e en saliendo del villar suben una cuesta que terna cuatro tiros de vallesta e es muy agra e de peñas e fasta el olmedo ay media legua un vallejuelo arriba e por entre cerros.

el villar.

4734 e fasta el pozuelo de torres (sic) de tierras de cerros e montes baxos e vallejuelos e fasta corpa hay una legua de tierra doblada e de viñas e de tierra de pan.

Villalvilla es lugar de noventa vecinos e es aldea de alcala de henares e esta entre cerros e un poco como en ladera salvo por la parte de alcala que es un valle llano e es lugar alegre e por la parte de alcala alcança hartas viñas e olivares e fasta alcala de henares ay una legua grande de tierra doblada e de algunos cabeços de cerros e antes que lleguen alcala con un quarto de legua baxan unas cuestas e barrancos que terna la tertia parte del dicho camino e cerca de alcala pasan a henares Rio por puente corre á la mano dizquierda e fasta peçuela ay dos leguas de tierra de cerros e tierra de labrança e en saliendo de villalvilla suben una cuesta que terna dos tiros de vallesta.

Villalvilla e fasta *pastrana* ay seis leguas e van por peçuela dos leguas e por lorança una legua e por hontova una legua e fasta *santorcaz* ay una legua de barrancos e de tierras de pan e fasta torres ay una legua de cerros e tierras de pan e viñas.

Villalvilla.

e fasta lueches ay dos leguas e van por torres una legua e fasta el *pozuelo de torres* ay una legua de tierra doblada en saliendo suben una cuesta que terna tres tiros de vallesta e fasta los *huezos* ay media legua de cuestas e cerros de atochares e fasta *almonaçar de çorita* ay ocho leguas e van por *peçuela* dos leguas e por fuente novilla una legua e por yebra e por çorita e fasta *corpa* ay media legua de cuestas e cerros e tierras de pan e fasta *el villar* ay dos leguas e van por valverde una legua de tierra doblada salvo que salido de villalvilla suben una cuesta que terna quatro tiros de ballesta.

Villalvilla e fasta huete ay once leguas e van por peçuela e por fuente novilla e por yebra e por çorita e por albalate e fasta *guadalajara* ay cuatro leguas e van por *santorcaz* una legua e fasta el *pozo de santorcaz* ay dos

4739 leguas e van por *santorcaz* e por *pioz* e fasta *mondejar* ay cuatro leguas de cerros e valles e montes baxos en saliendo suben una cuesta e a tres leguas e media pasan a *taxuña Rio* por puente corre a la mano izquierda.

Villalvilla.

4740 e fasta el campo ay dos leguas e van por *valverde* e por el *pozuelo de torres* e fasta *Madrid* ay siete leguas e van por los *huesos* media legua de *viñas* e por *balençuela* e por el *castillo de alcolea*.

4741 party de *villalvilla* para *peçuela* que ay dos leguas de tierras de *barrancos* e *valles* e *cuestas* e de *viñas* e *olivares* todo el camyno e por la mano derecha queda *corpa* a tres tiros de *vallesta del camino*.

peçuela es lugar de noventa vecinos e esta en una ladera e por la parte de *alcala de henares* esta en llano salvo por la parte de *valencia* que pasa *taxuña rrio*

4742 que pasa a media legua del lugar por *valle hondo* e es aldea de *alcala de henares* e fasta *alcala de henares* ay tres leguas e van por *villalvilla* e fasta *villalvilla* ay dos leguas de tierra de *valles de travieso* e *viñas* e algunos *olivares* e por la mano izquierda queda *corpa* a dos tiros de *vallesta del camyno*.

peçuela.

4743 e fasta *corpa* ay legua e media de tierra *doblada* e de *barrancos* e de *viñas* e *olivares* e fasta *fuelle novilla* ay dos leguas de tierra *doblada* e de *montes baxos* salvo que en saliendo de *peçuela* *baxamos* e *subimos* un valle que terna de *subyda* e *baxada* cuatro tiros de *vallesta* e a media legua primera pasan a *taxuña* por

4744 puente corre a la mano derecha e fasta *çorita de los canes* ay cinco leguas e van por *fuelle novilla* dos leguas e por *yebra* dos leguas.

peçuela e fasta guadalajara ay cuatro leguas e van por pioz media legua e por el pozo de guadalajara media legua e por la mano derecha queda chiloeches a dos tiros de ballesta e fasta *chiloeches* ay tres leguas e
 4745 van por pioz e por el pozo de guadalajara e fasta (sic) *pastrana* ay cuatro leguas e van por escariche dos leguas e por escopete una legua de tierra de vallejuelos e tierra doblada e de montes baxos e en saliendo del lugar baxan un valle y suben una syerra que terna de
 4746 subyda e abaxada media legua e media legua primera pasan a taxuña por puente corre a la mano derecha e fasta pioz ay media legua de tierra doblada e de viñas e olivares e tierras de pan e fasta e fasta (sic) *mondejar* ay dos leguas de tierras de valles e cerros e
 4747 montes baxos e algunos altos por medio el camino e a medyo camino pasan a taxuña rrio por vado en verano corre a la mano derecha e fasta el *villar* ay una legua e media e van por el olmedo que ay una legua de tierra de valles e cerros e tierras de pan e algunas viñas.

peçuela e fasta anbite ay una legua de tierra de valles e cerros e tierra de pan e fasta *tendilla* ay cuatro leguas e van por *lorança* una legua e por *aranqueque* una
 4748 legua e fasta *lorança* ay una legua de tierra de vallejuelos e tierras de pan e fasta *caravaña* e van anbite una legua e por (sic) e fasta torres ay tres leguas e van por valverde una legua muy grande e fasta urusco ay dos leguas.

(Continuará).
